

LUIS VALENCIA AVARIA

**MEMORIAS INTIMAS DE DON
PEDRO FELIX VICUÑA AGUIRRE**

(Tirada aparte del Boletín de la Academia Chilena de la Historia)

Santiago de Chile.
IMPRESA "EL ESFUERZO"
Eyzaguirre 1116-18

1943

LUIS VALENCIA AVARIA

**MEMORIAS INTIMAS DE DON
PEDRO FELIX VICUÑA AGUIRRE**

A los Senadores señores

FLORENCIO DURAN BERNALES, Presidente del Senado;
GUILLERMO AZOCAR ALVAREZ, Vicepresidente;
MIGUEL CRUCHAGA TOCORNAL;
CARLOS A. MARTINEZ MARTINEZ;
PEDRO OPAZO LETELIER;
RUDECINDO ORTEGA MASSON; y
FRANCISCO URREJOLA MENCHACA,
miembros de la Comisión de Policía
Interior y Reglamento de la H. Corporación, cuyo
acuerdo de 16 de julio permitió la publicación de estas
"Memorias".

Agosto de 1943.

(Tirada aparte del Boletín de la Academia Chilena de la Historia)



DON PÉDRO FELIX VICUÑA Y DOÑA CARMEN MACKENNA DE VICUÑA.

(Atención de don Eugenio Martínez Aránguiz).

MEMORIAS INTIMAS DE DON PEDRO FELIX VICUÑA AGUIRRE

Publicadas con prólogo y notas por

LUIS VALENCIA AVARIA

A la generosa amistad de Eugenio Martínez Aránguiz debemos la publicación de estos apuntes autobiográficos de su bisabuelo. Negados hasta hoy al conocimiento público y guardados con el calor afectuoso que gastan las familias en la conservación de estos recuerdos, hemos venido —casi con sacrilegio— a torcer la voluntad de su autor. Pedro Félix Vicuña escribió estas páginas para que quedaran entre los suyos —y sólo entre ellos— como su propio retrato y como una lección en que sumó todo lo mejor de su experiencia.

Pero vivió una época de macicez histórica y, por relaciones de familia y voluntad personal, hubo de actuar y moverse en el centro mismo del proceso que estaba generando —entre errores, aciertos y esperanzas— una nueva nación. La intimidad de su hogar, en todo tiempo, vióse invadida por los sucesos exteriores; la revolución de la independencia y los altibajos de la política le alcanzaron para quebrantar la paz que deseó ardientemente y que también, con el ardor de su doctrinarismo, evitó con tanto empeño. Por eso estas memorias íntimas no podían sustraerse a la avidez de los extraños y de ahí que Eugenio Martínez hizo bien al entregarlas.

En esta confesión —pues que es como tal—, Pedro Félix Vicuña, se muestra como herida abierta, palpitante a impulsos de la pasión ideal que le animó y sangrando el dolor de afanes no logrados. De este relato en que narra triunfos momentáneos, victorias que se trocan dolorosamente en derrotas y esfuerzos malgastados, salva íntegra y sana su fe enorme en un régimen libre y justo, en una democracia entrevista idealmente, hacia la que marcha a tropezones la humanidad.

O'Higgins, Freire, Prieto, Egaña, Portales, Bulnes y Rodríguez Aldea, todos los hombres de la revolución y de la mal llamada anarquía —que fué sólo proyección de la primera y medioevo de la República— aparecen aquí desnudamente entregados a la pluma de un pipiolo, que usa de ella como de un bisturi. Acaso la pasión política cargue la mano de este cirujano y hiera demasiado hondo; acaso sus juicios sufran la influencia del medio opositorista contemporáneo y trasuden el despecho de un bando arrollado por la fuerza avasalladora de la fronda aristocrática. En el hecho y en mérito de su sinceridad queda en pie una verdad indubitable: estas memorias no estaban llamadas a ver la luz pública y no buscó en ellas satisfacer al circo humano; fueron escritas para los suyos, a quienes no pudo pretender engañar porque habría sido engañarse a sí mismo.

Pedro Félix Vicuña fué un enamorado de la libertad y tuvo inquietud de horizontes abiertos, anchos, en que la justicia se diera acogedora y a raudales. Mirándolo más adentro y en un esfuerzo de síntesis, acaso se confunda su figura con la del hidalgo manchego en lo sincero de sus actos, en la bondad de sus ambiciones y en esa especie de loca idealidad que es común a todos los hombres sanos.

En 1870, puesta en tabla la reforma constitucional, discutíase si el Senado se generaría por elección directa o indirecta y el Senador Vicuña, partidario de la primera proposición, hubo de intervenir en el debate: "Los artículos 2.º, 3.º y 4.º de la Constitución declaran que la República es popular representativa y que la soberanía reside en la nación. Es este nuestro derecho público, la base de nuestras instituciones y el origen de toda autoridad. Los diferentes cuerpos que constituyen nuestro Gobierno no pueden separarse de esta regla invariable para formar una autoridad aristocrática que enfrente a los que directamente elige el pueblo, porque esto sería establecer un antagonismo entre el Senado y la Cámara de Diputados, llamados a formar un solo cuerpo que debe organizar las leyes y tener la más completa unidad en sus resoluciones".

Severa lección para quienes hoy, con renuncia de su propia doctrina y tradición, pretenden retrotraer las cosas a un orden reprobado. He aquí a un hombre que en el ocaso de su vida, casi al lado de la tumba, defiende con vigor los principios que informaron su juventud y que no desmintió jamás.

Falleció cuatro años más tarde, el 24 de mayo de 1874, en el cargo de Senador que merecía por segunda vez. Inmediatamente antes fué también Diputado en dos periodos (1864-1867 y 1867-1870); en el primero por La Serena, la cuna de su familia, y luego por Ovalle. Autor de un proyecto sobre reforma constitucional y de otros sobre creación del Banco del Estado y de un Tribunal de Minería, asuntos ambos que le preocupaban desde mucho tiempo como se advierte en el curso de estas memorias. La ley sobre abolición de la prisión por deudas fué iniciada en una Moción suya.

En el Congreso de 1829 había sido también Diputado en representación de Quillota.

Los sinsabores de la política, la persecución y el destierro, ya le eran conocidos. En 1845 proclamó la candidatura a Presidente de la República de un hombre que consideraba casi el símbolo de sus principios y a quien estaba ligado por relaciones de familia y

un afecto entusiasta: el Capitán General don Ramón Freire. Fue un audaz opositor a Bulnes y desde la prensa fustigó incansablemente al Gobierno. Acabó expatriado y con el calificativo de constituir un peligro para el régimen.

En el Perú, animada su pluma por ese constante afán suyo de gritar y hacerse oír y entender, publicó sendos artículos y folletos en su defensa. Vuelto a Chile y con el mismo entusiasta ardor de sus años mozos, se enroló en las filas revolucionarias y acompañó al General José María de la Cruz como Secretario General de su campaña. Fue el alma y principal instigador de la revolución del 51. Interinamente desempeñó el cargo de Intendente de Concepción e hizo de aquella capital el foco de la insurrección. Perdidas en Loncomilla las esperanzas liberales, Vicuña fué a encerrarse en su hacienda de Purutún, a gozar de una calma que su carácter no pudo respetar. Esta su inquietud permanente se manifestó en 1852 en una obra de tendencias filosóficas que dió a lo imprenta, "El Porvenir del Hombre", y luego hubo de expresarse también en un sinnúmero de atrevidas experiencias en la explotación agrícola y minera. Así, hasta que en 1864 se reincorporó a la política activa.

Tal es, en rasgos breves, la época de su vida que no comprende esta autobiografía. Escrita ella en doce días escasos y sin revisar, constituye sin embargo una valiosa fuente para el estudio del período más apasionante de nuestra historia. Hoy en día se siente la necesidad de rectificar esta historia de Chile, de verificar ciertos hechos y derribar mitos que entorpecen la serena apreciación de ellos. Para la tarea de encauzar en sus verdaderas líneas nuestra tradición histórica y asignar a los hombres y a sus actos el papel y el sentido que les es propio, se necesita del material que con toda sinceridad nos proporciona aquí Pedro Félix Vicuña.

Al dar a la publicidad estas memorias no lo hemos hecho en su texto completo. Suprimimos las partes en que el autor recuerda asuntos privados, que poco interés tienen para el lector corriente, y sólo conservamos en este aspecto el relato de su infancia, porque es rico en entretenidas anotaciones sobre la vida de un niño de familia acomodada en el ambiente colonial.

Hay, sin embargo, en esas páginas, algunas semblanzas y notas que no debemos silenciar. La una se refiere al General don Juan Mackenna O'Reilly, padre de la esposa del señor Vicuña y que casó con una de sus tías, a quien conoció en su infancia: "Era, dice, de una bondad y de un carácter el más noble y amable, y era también "vehemente". De don Joaquín Trucíos se expresa así: "Uno de los mejores hombres que he conocido y a quien tenía el mayor afecto por la bondad innata de su alma y su constante dulzura y afabilidad". De su hermano don Ignacio Vicuña, que a la fecha en que escribió ya había fallecido, dice: "Fue el joven más completo de su tiempo. Ninguno era más hermoso, de más finas y elegantes maneras, amable, alegre, generoso, de un trato ameno, de un entendimiento claro, fácil en sus amistades. Su retrato en el mismo lienzo que el mío explica con sólo mirarlo estas prendas de su alma y también manifiesta sus gracias exteriores y las perfecciones con que la naturaleza lo había adornado. Yo di la idea de este cuadro al célebre Monvoissin, que él puso un año en concluir y siempre me ha dicho que cree es su mejor obra".

I

A modo de prólogo. — Razón de los retratos. — Recuerdos que sirven de lecciones. — Igualdad de las generaciones ante la vida. — Los que se van y los que se quedan. — La virtud de los mayores es el mejor ejemplo.

Todas las familias han cuidado siempre mucho de traspasar a su más remota posteridad los retratos de sus antepasados. La pintura, gracias a estas inspiraciones de nuestro amor propio o quizás de nuestra naturaleza, ha obtenido una protección que la ha llevado hasta un grado de perfectibilidad. En los siglos en que las riquezas y el poder eran la herencia de una clase privilegiada, tal debía ser el influjo de la pintura; pero, realizada una revolución moral en todos los pueblos civilizados, la pintura de nuestras afecciones, de nuestro carácter y que revele a nuestros hijos nuestra alma, es lo que debemos dejarles. En nuestras virtudes y en nuestros errores hallarán lecciones más dignas y elocuentes que en aquellos retratos que las modas desfiguran, que el tiempo destruye y que en una o dos generaciones desaparecen. Conducido por esta idea, lo que procuro es trazar a mis hijos el cuadro verdadero de lo que soy y he sido. Así, en unos recuerdos en que quizás tenga una parte la vanidad, les dejaré un documento que pueden consultar en las diversas situaciones de su vida. Nada hay de interesante hasta el presente en mi vida, pero bastantes vicisitudes forman en ella un contraste en que mi alma no es como la del común de los hombres. La lucha del honor, de los deberes y de las desgracias siempre encierran un verdadero interés, y presentan escenas que es digno consultar en las diferentes situaciones en que la suerte pueda colocarnos. Mis hijos hallarán en estos recuerdos una reunión de acontecimientos en que, sin salir de los comunes sucesos de la vida, podrán gustar aquel dulce consuelo que hallamos en la narración de iguales ejemplos en que unas mismas desgracias o un mismo destino, a otros colocaron en igual situación. Una librería de esta clase en el seno de las familias sería un repertorio de experiencia con que una generación ayudaría a la otra, y la más remota posteridad encontraría siempre, por este medio, cómo formar un núcleo de amor e íntimas relaciones, que en la vida son nuestra aspiración y el objeto de nuestros deseos y amor propio.

No tengo perfecciones que describir, pero agradezco a la bondad de Dios la dote que me ha cabido en la distribución de la inmensa variedad de pasiones y virtudes que son la herencia del hombre. Quizá el principal bien que la Providencia pueda haberme he-

I

A modo de prólogo. — Razón de los retratos. — Recuerdos que sirven de lecciones. — Igualdad de las generaciones ante la vida. — Los que se van y los que se quedan. — La virtud de los mayores es el mejor ejemplo.

Todas las familias han cuidado siempre mucho de traspasar a su más remota posteridad los retratos de sus antepasados. La pintura, gracias a estas inspiraciones de nuestro amor propio o quizás de nuestra naturaleza, ha obtenido una protección que la ha llevado hasta un grado de perfectibilidad. En los siglos en que las riquezas y el poder eran la herencia de una clase privilegiada, tal debía ser el influjo de la pintura; pero, realizada una revolución moral en todos los pueblos civilizados, la pintura de nuestras afeciones, de nuestro carácter y que revele a nuestros hijos nuestra alma, es lo que debemos dejarles. En nuestras virtudes y en nuestros errores hallarán lecciones más dignas y elocuentes que en aquellos retratos que las modas desfiguran, que el tiempo destruye y que en una o dos generaciones desaparecen. Conducido por esta idea, lo que procuro es trazar a mis hijos el cuadro verdadero de lo que soy y he sido. Así, en unos recuerdos en que quizás tenga una parte la vanidad, les dejaré un documento que pueden consultar en las diversas situaciones de su vida. Nada hay de interesante hasta el presente en mi vida, pero bastantes vicisitudes forman en ella un contraste en que mi alma no es como la del común de los hombres. La lucha del honor, de los deberes y de las desgracias siempre encierran un verdadero interés, y presentan escenas que es digno consultar en las diferentes situaciones en que la suerte pueda colocarnos. Mis hijos hallarán en estos recuerdos una reunión de acontecimientos en que, sin salir de los comunes sucesos de la vida, podrán gustar aquel dulce consuelo que hallamos en la narración de iguales ejemplos en que unas mismas desgracias o un mismo destino, a otros colocaron en igual situación. Una librería de esta clase en el seno de las familias sería un repertorio de experiencia con que una generación ayudaría a la otra, y la más remota posteridad encontraría siempre, por este medio, cómo formar un núcleo de amor e íntimas relaciones, que en la vida son nuestra aspiración y el objeto de nuestros deseos y amor propio.

No tengo perfecciones que describir, pero agradezco a la bondad de Dios la dote que me ha cabido en la distribución de la inmensa variedad de pasiones y virtudes que son la herencia del hombre. Quizá el principal bien que la Providencia pueda haberme he-

cho es el que hubiera nacido en el seno de una familia cuyos ejemplos de virtud son las principales lecciones que me han dirigido en el resto de mi vida, ejemplos que inspiran esas dulces habitudes que forman nuestro carácter y nuestro corazón.

II

El escenario humano en 1805. — Primeros años de Pedro Félix Vicuña. — Una abuela como son todas. — El niño: rey y tirano. — Cuentos fantásticos. — Los fantasmas, las apariciones, los judíos y la Inquisición. — Dos sirvientes desesperadas. — Noches de terror. — Caramelos a la luz de una vela. — Muertos que vienen a visitarnos. — Efectos permanentes de tales narraciones. — La calma y el contento:

Nací el 21 de febrero de 1805, época en que el despotismo de los gobiernos de Europa consumaba la reacción contra las ideas que la revolución francesa había puesto en escena. Bonaparte, después de sus victorias, elevaba un trono que por su parte ayudaba a la realización de las monarquías envejecidas de Europa. Pero aquella gran revolución que había conmovido la Europa, debía pasar a América y cuando no fuera la invasión de la España, la libertad establecida en el norte de nuestro continente había de despertar entre nosotros los gérmenes de nuestra independencia y regeneración. Debía yo ser testigo de las más grandes revoluciones que el género humano hubiera emprendido y consumado y, sin duda, una época tan señalada por la variedad de sus acontecimientos es la que yo mismo hubiera elegido para nacer y vivir si Dios lo hubiera puesto a mi voluntad.

De mis primeros años tengo los recuerdos más dulces. Mi abuela, que gozaba una gran consideración en el tiempo colonial por sus riquezas y sus títulos, fué mi madrina de bautismo y en su casa yo abrí los ojos. Desde que nací, me llevó a su lado con mi nodriza y, cerca de dos ancianas que contaban más de setenta años cada una, fui a disputar la ternura y los halagos de que otra vez disfrutó mi madre. La vida se abrió para mí demasiado risueña; mis caprichos eran para toda la familia la ley suprema, y yo imperaba antes de tener cinco años sobre cuanto me rodeaba. No tenía más deberes ni más ocupaciones que acompañar de noche a mi abuela a alguna distribución de Iglesia y venir después a recibir los elogios de mi piedad, de mis agudezas y de cuanto inventaba aquel amor de una señora que más vivía en el cielo que en la tierra. Mis relaciones con mi madre, mi padre y mis hermanos, que sólo vivían a 50 pasos, eran frecuentes, pasando a su

lado mucha parte del día, pero no sinceras ni afectuosas. Mi orgullo, mi espíritu dominante y una independencia que eran el resultado de la influencia que ejercía en la familia de mi abuela, eran más que notorias en la familia de mi padre y todos coligados procuraban quitarme ese aire de dominación y esa voluntariedad con que sostenía mis más ligeros caprichos. Mis afecciones, naturalmente, se concentraban en una señora que me amaba con una especie de idolatría. Al trazar estos renglones, ¡cómo vienen a la memoria aquellos días! ¡Qué de encantos y consuelo no me inspira su solo recuerdo! Yo vivía y crecía sin una sola idea que pudiera atormentarme y lisonjeado con cuanto un niño podría desear.

Conforme aumentaba en edad, mi voluntad se hacía más dominante, por el efecto mismo de la facilidad que hallaba en el amor de mis abuelos maternos que consentían hasta en mis más ligeros caprichos. Toda la familia estaba a mis órdenes y a cinco años de edad los sirvientes no están muy dispuestos a obedecer impunemente los mandatos de un pequeño déspota. Dos sirvientes, que tenían la confianza de mi abuela, estaban consagradas especialmente a mi servicio, y cuando salía, me quedaba con ellas y exigía me contasen cuentos como los de mil y una noches, que entre los colonos de aquel tiempo eran muy variados y no sin atractivos. Los cuentos de apariciones de los que habían muerto, de fantasmas; sus reuniones en el silencio de la noche, sus relaciones con los vivos y sus penas y sufrimientos vinieron muy pronto a mezclarse con aquellos cuentos graciosos y de pura imaginación, apropiados a la inteligencia y gusto de un niño. Una revolución se hizo desde luego en mi carácter. Antes decidido, caprichoso y lleno de valor, caí en el abatimiento de una imaginación débil y herida, que por todo ve aquellos seres fantásticos. Lejos de huir de aquellas espantosas narraciones que tanto me atormentaban, apenas venía la noche las solicitaba con encarecimiento. Por mi situación y por el miedo que manifestaba, conocieron ellas el cambio que estos cuentos habían obrado en mí. Dócil, abatido y siempre pensando en las horrorosas escenas de que mi cabeza estaba poseída, yo era para ellas un buen muchacho y para mantenerme en este estado redoblaban sus cuentos y en la oscuridad de la noche me hacían fantasmas con caprichosos vestidos que yo veía con terror y espanto. Mi abuela, señora de muy buen sentido, era la confidente de mi situación. Ella me negaba la frecuencia de estas apariciones, pero me decía que Dios las permitía algunas veces; decía que no creyera aquellas historias, todas ellas fabulosas, pero asegurándome su posibilidad era lo suficiente para sentir aquellas fuertes impresiones que de día en día tomaban sobre mí un imperio más

decidido. Algunas veces me acordaba de aquellos apacibles días en que toda una familia parecía consagrada a mí y volvía a aparecer dominante y altivo, pero las dos sirvientes, con un solo cuento lleno de terribles escenas, volvían a dominarme. A aquella tierna edad, el sueño empezó a faltarme, recordando a las pocas horas de haberme acostado y por todo, mi herida imaginación veía venir sobrenaturales apariciones de diablos, conciliábulos de Judíos y la Inquisición condenándolos a hogueras. A pesar que dormía cerca de mi abuela y al lado de dos sirvientes, su sueño me dejaba en un aislamiento y soledad muy terrible en aquellos momentos; empezaba a sudar, me cubría la cabeza con la ropa para no ver aquellos espantosos objetos y la metía debajo de las almohadas hasta sofocarme. Cuando ya más no podía, fingía una tos que despertara a mi abuela; ésta llamaba las sirvientes y mandaba a la una a hacerme caramelos en la llama de la vela con un pedazo de azúcar para suavizarme el pecho y la otra a calentar agua y servirme una taza. ¡Qué contento para mí verme rodeado de seres vivientes en aquellas horas de terror! Se calmaban mis angustias, volvía al sueño y tranquilo dormía hasta venir el día y la luz, que alejaba los espectros de que yo estaba lleno. No había ya una noche en que la tos no me repitiera y mi abuela ordenaba al instante el mismo remedio. Paréceme estoy viendo las dos sirvientes, levantándose medio vestidas, llenándome de mil maldiciones. La una, que era más joven, salía a calentar agua; la otra, con un pedazo de azúcar deritiéndolo en la vela, cabeceaba, dominada por el sueño, haciéndome amenazas. Al día siguiente, en la noche, acomodaban sus cuentos para vengarse de mí, me hacían fantasmas, me decían que ellas tenían el poder de evocar los muertos y que si despertaba en la noche y las incomodaba, me rodearían de todos aquellos seres. Mi sueño era entonces más corto, mi terror mucho mayor y la tos más atronadora, para salir del espantoso silencio que el sueño de los demás me ofrecía. Mi abuela llegó a conocer la causa de aquella tos, me dijo que las apariciones sólo eran de los justos, a quienes Dios permitía volver a la vida por cortos momentos y en muy limitados casos; que todas las historias de las sirvientes eran puras invenciones. Ellas también conocieron que sin quererlo me vengaba yo del terror que me infundían, cesaron los cuentos funestos y otros agradables suavizaron con imágenes risueñas la triste y dolorosa impresión que aquéllos me habían causado.

La calma había vuelto, los juegos de la niñez, la escuela de primeras letras, las relaciones más íntimas con mis hermanos, y los cariños de mi abuela llenaban todo mi tiempo. Podría llamarme

feliz sin las terribles impresiones que aquellas dos buenas mujeres habían causado en mí con sus funestos cuentos. Yo llegué a persuadirme, después de haber mucho dudado, que lo que me impresionaba era una fábula; pero las imágenes que recibimos a cierta edad quedan indelebles y son muy superiores a todos los esfuerzos del conocimiento y de la razón. Ya tengo más de 40 años y jamás me encuentro en una casa solo y en la oscuridad de la noche, sin que se me representen aquellos terrores debilitados, sin duda, pero nunca olvidados y sin algún efecto. Nunca las familias tomarán las suficientes precauciones para alejar de aquella tierna edad estas fábulas que dejan sus trazas más o menos funestas para toda nuestra vida y deciden quizás del carácter con que nos presentamos a la vida.

Crecía rodeado de halagos, algunas veces acompañaba a mis abuelos a sus haciendas, donde el campo robustecía mi constitución, que por sí misma era fuerte, y otras en la escuela, donde me seguían los regalos de mi abuela, hallaba en los compañeros de mi niñez todo el contento que se ambiciona en aquella edad.

III

La revolución. — El motín de Figueroa. — La ciudad en silencio. — Un padre que va a su deber y la esposa que le retiene. — El abuelo realista. — Martínez de Rozas.

La revolución vino a turbar tan placenteros días y en pueblos nuevos, que acababan de entrar en la carrera política, no podía ser de otro modo. Recuerdo, a pesar de mis tiernos años en aquella época, la primera revolución con que el Coronel Figueroa (1) quiso

(1) El teniente coronel don Tomás de Figueroa, comandante del batallón de infantes de Concepción, encabezó el levantamiento militar contra la Junta de Gobierno del 1.º de abril de 1811, día en que debió realizarse en Santiago la elección de diputados al primer Congreso.

La insurrección fué iniciada por la tropa del cuerpo "Dragones de la Frontera", que desconoció a sus jefes y formó a las órdenes de Figueroa. El batallón de Granaderos, recientemente creado, fué encargado por la Junta de sofocar el motín.

Contrariamente a lo que se desprende del relato que anotamos, la Real Audiencia no tenía inmediata atinencia en el hecho, aunque la actitud que había asumido ante las autoridades patriotas la hiciera aparecer como instigadora. Informada ese día por el mismo Figueroa del objeto de su movimiento, parece que le recomendó actuara con la mayor prudencia y evitando todo derramamiento de sangre.

Producida la dispersión de los sublevados a las primeras descargas de los Granaderos, reforzados con dos piezas de artillería, la Junta dispuso que otras

reaccionar la revolución que en 1810 se había hecho. El Tribunal de la Audiencia Real fué el que impulsó aquel movimiento y en la plaza de la capital fué el primer choque sangriento que comprometió la revolución. El Coronel Figueroa fué vencido, y esa misma noche fusilado, sin que los verdaderos autores de aquel movimiento tuvieran nada más que sufrir. En la edad en que yo me hallaba, no se reciben sino ciertas impresiones materiales que el miedo hace eternas. Yo recuerdo sólo de haber visto llegar a mi padre lleno de aquel temor en que siempre aparecen grandes esperanzas. Decía a mi madre que los españoles no conseguirían su objeto; que venía del cuartel, donde los patriotas habían estado organizando sus fuerzas y hacía el elogio del valor que reinaba en la tropa. La ciudad estaba solitaria, las casas cerradas y mi madre había tomado la llave de la puerta de la calle para impedir que mi padre saliera. A cierta hora, tomó dos pistolas y su sombrero y queriendo salir, se trabó en la puerta la más tierna contienda entre mi padre, furioso, y mi madre, llorosa y llena de ternura, queriendo retenerlo. Salió al fin y quedando la puerta abierta, me fuí a casa de mi abuelo donde se representaba una distinta escena. El patio estaba lleno de caballos y multitud de oficiales estaban de uniforme, entre ellos mi abuelo, que tenía 78 años y era Coronel del regimiento de la Princesa, y mi tío, que era Teniente Coronel. Allí dominaba el miedo y el terror, y luego se oyó la descarga en la plaza, que vino a aumentar la ansiedad. Mi abuelo era marqués y Coronel de ejército, y estaba en todos los planes de la contra-revolución. No había más que una ventana abierta y al pasar una partida de tropa, reconoció mi tío don Joaquín Aguirre, a don Juan Rozas, que venía a la cabeza y le preguntó qué había resultado.

—Los sarracenos han sido escarmentados, contestó Rozas (*).

Estas palabras duplicaron el terror y la ansiedad de todos los oficiales, que principiaron a quitarse las casacas e irse a pie.

.....

fuerzas suyas ocuparan distintos lugares de la ciudad en previsión de nuevos disturbios. No se encargó esta misión al regimiento de la Princesa, cuyo comandante, el Marqués de Montepío (abuelo materno del autor de estas memorias) aparece aquí como comprometido en la conspiración.

Gran número de civiles acudió también a apoyar a la Junta, armados de sables y pistolas.

Martínez de Rozas, que desplegó gran actividad, dirigió la captura de Figueroa, que quedó en la cárcel y engrillado a mediodía. A las cuatro de la mañana siguiente fué fusilado.

(*) Don Juan Martínez de Rozas, Presidente de la Junta de Gobierno,

IV

Trayectoria de la revolución. — Los hermanos Carrera. — Revolución de 15 de noviembre de 1811. — Oposición al nuevo Gobierno. — Demagogía carrerina. — Una conspiración abortada. — Los Vicuña y los Mackenna al destierro. — Destino de una familia enamorada de la libertad.

La revolución, como era de esperar, en un país que rompía sus cadenas, sin conocimientos ni hábitos políticos, tomó otra dirección que la que habían calculado sus autores. Don José Miguel Carrera y sus dos hermanos derribaron, por un movimiento militar, la Junta que los patriotas habían establecido como autoridad ejecutiva del Estado (2). Todas las familias que habían tomado una parte activa en la revolución, se declararon contrarias al nuevo gobierno, y la mía principalmente. El medio que los descontentos creyeron más expedito para derribarlo, fué hacer contra ellos una igual revolución, pues los Carrera, no encontrando apoyo en la clase ilustrada y rica, procuraron atraerse el pueblo y relajaron todos los hábitos y costumbres que formaban de la América Española una aristocracia dominante. Una conspiración a punto de estallar, pero sin rencorosas pasiones y sin más objeto que quitar el poder a los tres hermanos, fué descubierta, y complicado mi padre y el General Mackenna. Sin duda, ellos eran sabedores, e indirectamente habrían protegido el movimiento, pero después de un juicio formal, nada se les pudo probar, y no obstante fueron desterrados a una hacienda de mi abuelo, 40 leguas al norte de la capital. Mi madre siguió a mi padre y todos sus hijos principiaron la larga peregrinación, que durante 40 años habían de sufrir por su patriotismo y amor a la libertad.

V

La invasión de Pareja. — Un error táctico. — El General Mackenna se hace necesario. — Francisco Ramón Vicuña a cargo de la fábrica de armas.

Una vida apacible pasábamos en el destierro y mi padre y su amigo, el General Mackenna, ocupaban sus ocios calculando los resultados de la revolución de América, conversación eterna que yo oía sin comprender, pero que bastante recuerdo.

(2) Manifiestamente el autor se refiere a la Junta que se formó con Martínez de Rozas, José Miguel Carrera y Gaspar Marín, y que integró como suplente don Bernardo O'Higgins, el 15 de noviembre de 1811. La Junta derrocada era formada por Rosales, Martínez de Rozas, Calvo Encalada, Mackenna y Marín, y había contribuído a instaurarla el propio José Miguel Carrera, el 4 de setiembre anterior.

Sobrevino la expedición que el Virrey del Perú mandó organizar al General Pareja en Chiloé, la que desembarcó en San Vicente, sin que las fuerzas que tuviera el intendente Benavente (3), pusieran el menor obstáculo al desembarco de unos reclutas que, aunque en número de 2,700, pudieron ser batidos por cerca de mil hombres que pudieron oponérseles (4). Una capitulación les dió libre entrada (5) y mediante ella pudieron organizar sus fuerzas. El General Mackenna, que estaba en el destierro (6), como el único militar práctico en la guerra, fué llamado por los Carrera como Cuartel Maestro General, para dirigir las operaciones del Ejército que se iba a oponer a Pareja. Esto abrió a mi padre el camino de volver también a la capital, donde hizo el importante servicio de establecer una fábrica de armas (7) en que compuso todo el armamento con que podía contar el naciente Estado de Chile.

VI

Los métodos pedagógicos de la Colonia. — La escuela del Cabildo. — Sublevación del 23 de julio de 1814. — Prisión y destierro de Francisco Ramón Vicuña. — Afortunada gestión de la esposa. — La última despedida del General Mackenna.

La educación en aquella época era limitada a los primeros rudimentos y el sistema de enseñanza tan cruel como imperfecto. Entré a la escuela del Cabildo, regentada por un lego mercedario caprichoso e ignorante, donde el terror era el resorte principal de la enseñanza. Aprendí allí a leer y a escribir y, estando ya expedido para entrar al latín, sobrevino nueva revolución de los Carre-

(3) Don Pedro José Benavente, coronel, Gobernador Intendente de Concepción.

(4) El desembarco de Pareja se efectuó el 26 de marzo de 1813, con la mayor impunidad, pues las fuerzas patriotas no hicieron ninguna resistencia seria. Un esfuerzo bien concertado y audaz habría bastado para destruir a los invasores.

(5) Aunque el vecindario de Concepción, en Cabildo Abierto, se negó a rendirse, la defección de las tropas obligó al Intendente Benavente a aceptar la capitulación, como un medio de obtener mejores condiciones, entre las que se incluyó el reconocimiento por los vencedores de las mismas autoridades que entregaban la ciudad y que quedaron sirviendo sus empleos.

(6) El General Mackenna llegó a Santiago, llamado por la Junta de Gobierno, a mediados de abril.

(7) En una breve biografía de su padre, publicada cuatro años antes de escribir estas memorias, el autor refiere lo mismo que cuenta en este párrafo (Recuerdos biográficos del Dr. D. Francisco Ramón Vicuña, por Pedro Félix Vicuña. Santiago, 1849).

ra que, habiendo sido desposeídos de la autoridad militar por la misma Junta Gubernativa a quienes ellos habían confiado el Poder Ejecutivo, hicieron una conspiración que los puso otra vez a la cabeza del Gobierno (8). Mi padre fué preso al siguiente día y poco después decretado su destierro a las provincias argentinas. Mi madre, a fuerza de suplicar y de empeños, consiguió con el Secretario General de Gobierno, que era don Carlos Rodríguez, su pariente lejano, el que mi padre fuese destinado a La Ligua y me hallaba yo presente cuando el mismo Rodríguez fué al Palacio del Obispo, que era la prisión de Estado, a darle esta buena noticia a mi madre. Estando presente, mi padre le dió las gracias, pero Rodríguez le dijo: "Nada tiene Ud. que agradecerme, porque nada he hecho por Ud., sino por su esposa". Salimos al destierro y el General Mackenna se despidió de mi padre (9) con el presentimiento que no le volvería a ver más. Mi padre se adelantó algunos días y nosotros salimos a Colina, hacienda de don Martín Larrain, donde quedamos como un mes.

VII

El batallón de Auxiliadores de Buenos Aires. — Una imposición de Carrera que Las Heras rechazó. — Los auxiliares vuelven a su patria y alojan en la hacienda de Larrain. — Alegría de los que sufren.

Había en el Ejército de Chile un batallón de auxiliares de Buenos Aires y efectuada la revolución por los Carrera, no quiso tomar parte y se retiró a las órdenes de su comandante don Juan Gregorio Las Heras a Mendoza (10). El batallón se alojó en la hacienda de Larrain. Hubo esa noche bastante música militar y se divertieron cuanto les era posible, a pesar del presentimiento de que los españoles iban a triunfar en medio de la anarquía que dividía a los republicanos. En los momentos críticos, los hombres procuran aturdirse ellos mismos, cuando no pueden influir ni trabajar por evitar las desgracias que los amenazan: Yo recuerdo que en aquella noche se había reunido allí gran número de republicanos que, después de

(8) Sublevación del 23 de julio de 1814.

(9) El General Mackenna fué desterrado a Mendoza, con goce de sueldo.

(10) Carrera quiso obtener de Las Heras que con su pequeña fuerza montara guardia en el Palacio de Gobierno, y no obteniéndolo, le ordenó retirarse a Los Andes, a esperar la apertura de la cordillera para volver a Mendoza. Las Heras salió de Santiago el 24 de agosto, días antes del encuentro que libraron Carrera y don Bernardo O'Higgins.

haber discutido los intereses públicos del modo más triste, pasaron la noche en medio de alegres brindis y de una bulliciosa música.

VIII

Los Vicuña a La Ligua. — La opinión que el General Mackenna tenía de los Carrera. — La calidad del General Mackenna. — Presentimientos del desastre. — Dos realistas acogidos por un patriota.

Al día siguiente de esta escena salimos con mi madre para La Ligua, donde, después de cuatro días de viaje, llegamos sin novedad y tuvimos el gusto de abrazar a mi padre que nos esperaba en Catapilco, hacienda de mi abuelo. A pesar de hallarnos en el destierro, mi padre hacía fervientes votos al cielo porque sus enemigos obtuvieran una espléndida victoria contra las fuerzas españolas que se acercaban a la capital. Unas veces, lleno de entusiasmo, creía que la República triunfaría; otras, recordaba las sinistras palabras del General Mackenna, que al separarse le dijo:

—No tengas duda que los Carrera pierden al país.

La alta idea que tenía mi padre de los conocimientos militares de Mackenna y más que todo, la falta que en aquellos momentos hacía en el Ejército, era, a sus ojos, el signo más seguro de un próximo desastre. Me acuerdo aún de las largas vigiliias en que pasaba esperando este triste desenlace y de sus melancólicas conversaciones con mi madre sobre la futura suerte de su familia, por la necesidad de separarse de ella para salvarse de los compromisos contraídos en la revolución. Cuando ya se aproximaba el momento de una batalla que decidiera sobre la suerte de la patria, se apareció en Catapilco un señor González, español, con su capellán, que huían de Valparaíso de las amenazas que hacían los Carrera a los partidarios del rey. Mi padre, por humanidad, los acogió, dándoles todos los auxilios que su posición exigía y antes de mucho tiempo pudieron corresponder sus buenos oficios.

IX

“¡Viva el Rey! ¡Viva el General Osorio!”. — Mendiburu. Francisco Antonio Pérez y Joaquín Larraín huyen de la reacción. — Un Obispo engañado que engañó a sus amigos. — La deuda que se paga. — La guerrilla de Balbontín. — Amistad que la guerra no mata. — El asilo del molino. — El padre se separa de su familia. — Reminiscencias bíblicas.

A mediados de octubre, un día que aun no amanecía, la ventana de la pieza en que dormía mi padre, recibía furiosos golpes acompañados de entusiasmados gritos de “¡Viva el Rey, viva el ge-

neral Osorio!". Yo estaba en la siguiente pieza y mi padre me mandó abrir la puerta y pude percibir sus exclamaciones de desesperación, y un instante después tenía en sus manos la carta en que avisaban a González la derrota de los republicanos y que el general Osorio había ya ocupado la capital. Cuánto era el abatimiento de mi padre, era el alborozo y alegría de los españoles, quienes le ofrecieron sus servicios y su apoyo, y ese mismo día se volvieron a Valparaíso. Dos días después llegaron a Catapilco don Joaquín Larraín, don Francisco Antonio Pérez (11), que había estado a la cabeza del gobierno, y don Antonio Mendiburú, todos tan demasiado comprometidos en la revolución. El atropellamiento y desorden que hubo en el paso de las cordilleras de los Andes, determinó a estos tres patriotas a encaminarse a Illapel, pero tuvieron avisos al llegar, que una guerrilla ocupaba aquel paso a nombre del rey y retrocedieron hasta Catapilco, donde tuvieron con mi padre una animada conferencia. Después de haber descansado allí la noche, tomaron al siguiente día el camino de Valparaíso, halagados con una carta que le escribió a Larraín el señor Rodríguez (12), que poco después fué obispo de Santiago, en que después de hacerle el elogio de las pacíficas intenciones de Osorio, le daba en ella un salvo-conducto para regresar a la capital. Mi padre no creía en nada ni tampoco pudo acompañarlo dejando abandonada a su familia, lo que lo libértó de caer aquel mismo día en manos de una guerrilla que capitaneaba un hacendado vecino, don Pedro Balbontín. Pero, al fin, vencido mi padre por las reiteradas ofertas de González, que se hallaba de secretario del Gobernador Villegas en Valparaíso, se decidió a tentar la suerte, y salió con toda la familia para aquel punto. A las seis leguas de camino apercibimos la guerrilla de Balbontín, como de doscientos hombres; mi padre se puso pálido, pero no se desconcertó. Hizo parar toda la familia y se adelantó solo, a hablar con Balbontín, que había sido su condiscípulo. Este, al reconocerlo, lo recibió con los brazos abiertos y vino poco después a ponerse a las órdenes de mi madre, ofreciéndole escoltarla hasta Valparaíso con todas sus fuerzas. No sabía mi padre qué pensar, viéndose ro-

(11) Fué miembro de dos Juntas de Gobierno: 1.ª al 13 de abril y 13 de abril al 9 de octubre de 1813.

(12) El Obispo don José Santiago Rodríguez Zorrilla, que fué consagrado en la Catedral de Santiago por el Obispo Villodres, el 29 de junio de 1816. Gobernaba la diócesis desde octubre de 1814 y gozaba de gran reputación como hombre muy letrado.

Al iniciarse la administración de Osorio, fué uno de sus consejeros más apasionados en representarle la conveniencia de adoptar medidas enérgicas para cortar de raíz los gérmenes revolucionarios.

deado de tropas; unas veces se creía preso, otras fiaba en las demostraciones amistosas de Balbontín, quien al fin nos condujo a su hacienda de Quinteros y obsequió por una noche a toda la familia muy cortésmente. Al día siguiente se ofreció a pasarnos el río de Quillota y se puso en movimiento con su guerrilla, lo que hacía continuar a mi padre en sus vacilaciones. Pero puestos a la otra ribera, se dieron un abrazo con mi padre, y se volvió con su gente dejándonos en completa posesión de nuestra libertad. Al llegar mi padre a Valparaíso, supo la estricta prisión de sus tíos Larráin y Pérez y su compañero Mendiburu, y que se aprontaba un buque para llevarlos con otros distinguidos patriotas a la isla de Juan Fernández. González, no obstante, obtuvo para mi padre un pasaporte para la capital, pero, a la mitad del camino tuvo noticia segura que en Santiago le esperaba una prisión y de allí encaminarlo a Juan Fernández. Estábamos vecinos a una hacienda propiedad de un pariente de mi madre, don Manuel José Prado, y mi padre fué a verlo para que nos ocultara mientras se proporcionaba los recursos que necesitaba y le permitieran tomar una resolución. En unos molinos que se internaban en una quebrada fué nuestro alojamiento y en una sola pieza vivió nuestra numerosa familia hasta que recibimos las noticias que mi padre reclamaba de algunos amigos españoles que siempre había conservado. Cuando desaparecieron todas sus esperanzas sobre su suerte, se dispuso nuestro viaje. Mi hermano materno, don José Luis Aycinena, que entonces tenía 18 años, fué encargado de la familia. Mi padre nos acompañó hasta avistar en Pudahuel las torres de la capital, allí se paró y lleno de lágrimas recitó en verso algunas profecías, en las que sólo recuerdo se mezclaba el nombre de Jerusalem, y abrazándonos uno por uno, se despidió para no vernos en mucho tiempo, habiendo resuelto ocultarse, no siéndole ya fácil emigrar.

X

A estudiar latín. — La escuela de Mujica. — Un maestro patriota en plena Reconquista. — Profesor de sus condiscípulos. — Quinto Curcio. — El "perco".

No hacía un año que estaba en la escuela cuando mi padre, que se comunicaba con mi madre, determinó que yo y mi hermano Ignacio estudiáramos el latín con el mejor profesor que había en la capital. Mi maestro, que se llamaba don Benito Mujica, a más de ser un excelente gramático, tenía otros talentos distinguidos y era, además, un distinguido patriota; nos recibió con las muestras del

mayor interés y leyó lleno de emoción una carta que le llevamos de mi padre. En dos años era yo un regular gramático y obtuve varios premios que entonces eran para los niños de un inestimable valor. Bajo mi dirección tenía algunos condiscipulos que, más atrasados que yo, necesitaban de una persona que les allanase todas las dificultades a que el maestro sólo se prestaba en ciertas horas. Un día les dicté un trozo en español para transcribirlo en latín; Mujica me llamó y me preguntó de dónde lo había copiado. Al principio vacilé, porque creí que iba a enojarse, pero recordando que yo no estaba obligado a producir más, le dije que era producción mía y que no recordaba si en Quinto Curso había traducido alguna cosa parecida. Me dijo entonces que mi composición estaba muy buena, muy arreglada a la clase que había dictado, y llamando a los que tenía a mi dirección, les pidió sus traslaciones al latín; vió mis correcciones y me dió lo que entonces se llamaba un "Parco", por el que muchas faltas mías me serian en adelante dispensadas. Estos parcos eran por una, dos, cuatro y hasta para siempre el perdón del castigo, y tuve, no tanto por esto como por el honor que se me confería, el mayor contento.

XI

Recuerdos de la Reconquista. — Razón de ser de las ideas revolucionarias de un niño. — Un ¡Viva la Patria! exigido por un Talavera a un doméstico de los Vicuña. — Incidentes de su huida. — La ejecución de Traslaviña, Salinas y Hernández. — El dolor de don Benlo Mujica. — ¡Venganza!

El recuerdo más afflictivo que me queda de mi niñez es la ejecución atroz que se hizo en la plaza principal de tres patriotas dignos de una mejor suerte. Aunque los niños no reciban fuertes impresiones políticas, yo había nacido en la revolución y mi simpatía por todos los que a ella pertenecían, si no eran el efecto de la reflexión, lo eran de la habitud, a lo que se añadía la decadencia de mi familia, la persecución de mi padre y el horror que inspiraban las violencias de aquella tropa sin disciplina, que regentaba un país conquistado.

Un día, un sargento español quiso obligar al sirviente que teníamos en casa, en una taberna donde se hallaba, a que dijera: "¡Viva la patria!". El doméstico se negó, porque aquellas palabras le habrían costado la vida, pero el sargento se obstinó, sacó la espada y el otro tuvo que huir, y como lo seguía de cerca, lo vió entrar a casa y aun a su cuarto. Encima de su cama dormía uno de

sus amigos y en su terror se metió debajo de ella y el sargento, enfurecido con vino que había tomado, dió tan cruel sablazo al que estaba durmiendo, que le cortó tres dedos de la mano. El infeliz saltó de la cama y al recibir el segundo golpe fué reconocido, y el sargento entró a la casa, como un loco en busca del sirviente. Mi madre, a la vista de aquel furioso con espada desnuda, huyó a la calle, como también toda mi familia. Yo estaba entonces con una fiebre, mi cuarto estaba con poca luz, mi debilidad era suma y no pude moverme. Entró allí el sargento, lo recorrió sin verme y estaba aún en la puerta cuando entró el teniente García Haro, del cuerpo de Talaveras, y lo tomó del brazo, como un amigo, a pesar de ser oficial del mismo regimiento.

Pero, volviendo a las víctimas que tanta impresión me hicieron, que se llamaban Traslaviña, Regalado Mesa y Salinas, no tuvieron otro crimen para ser ahorcados que el tener correspondencia con el General San Martín (13), y un sobrino de Traslaviña, demasiado joven para sufrir la pena, permaneció amarrado a la misma horca, lo que le trastornó el juicio. Ese día, entré al cuarto de Mujica a avisarle que ya me retiraba y lo encontré anegado en lágrimas y un hermoso perro lo acariciaba como para consolarlo: "Vaya Ud., me dijo Mujica, pero no vaya a presenciar ese bárbaro espectáculo". Yo salí con esta resolución, pero los otros condiscípulos me arrastraron y cuando llegamos, el sacrificio estaba consumado, pero aquella escena de horror me quitó el sueño por muchos días ni tampoco podía comer y mi odio al gobierno español hechó raíces profundas en mi corazón. El terror se despierta a la vista de la crueldad, pero ésta excita otras pasiones que son más funestas a los tiranos; toda alma generosa se siente inflamada para resistir y vengar la víctima que toca sus simpatías.

(13) Dos vecinos de Aconcagua, don José Antonio Salinas y don Juan José Traslaviña, que mantenían correspondencia con San Martín y Portus, preparaban ardorosamente la formación de una guerrilla con qué suscitar dificultades al Gobierno realista y secundar los planes patriotas, pero fueron sorprendidos en su conspiración y condenados a la horca. Traslaviña, Salinas y un cómplice, don Pedro Regalado Hernández, fueron ajusticiados el 5 de diciembre de 1816. Un joven de diecisiete años, que involuntariamente había servido de delator, don Ventura Lagunas, fué indultado por Marcó del Pont en el momento de salir al cadalso y conmutada su pena a diez años de relegación en Juan Fernández. Otro de los conspiradores don Ramón Aristegui, logró escapar.

La ejecución causó profundo horror en todos los que supieron de ella. La pena de horca había sido suprimida y sólo se usaba el fusilamiento. Contábase que el verdugo hubo de adiestrarse ahorcando carneros.

XII

Casa, comida y dinero para los Talaveras, como contribución impuesta a los patriotas. — Los chilotes del ejército realista. — Don Joaquín Aguirre, el "santo en la Corte". — Los Vicuña arriendan a Marcó del Pont. — Francisco Ramón Vicuña se oculta entre los suyos. — Disfrazado de pintor burla al Edecán de la Presidencia. — La muerte del abuelo.

Vivíamos en la capital y por contribución mi madre pagaba una guardia diaria de 12 hombres y un sargento, que vivían también en la casa y se les daba de comer, pasando 4 reales a cada soldado todos los días en dinero y un peso al sargento. La primera guardia fué del regimiento de Talaveras, que pusieron la familia en consternación; pero, por medio de un tío, hermano de mi madre (14), que había abrazado la causa de España y que representaba cerca de Marcó un papel distinguido, logró mi madre cambiar esta guardia por otra de chilotes, gente inmejorable que más que fastidiosos huéspedes eran los domésticos de la familia. Más tarde, por el empeño de nuestro tío, logró mi madre libertarse de esta contribución y el mismo Marcó arrendó nuestra casa para el Oidor Pereira que se esperaba de España y era su íntimo amigo. Nos retiramos a una casa de campo que teníamos en la Cañadilla, donde había una viña y arboleda que nos ponía a cubierto de la miseria, pudiendo obtener de ella, con una pequeña aplicación e industria hasta dos mil pesos. Mi padre hacía unos tres meses que cansado de huir se ocultó en su propia casa; mientras la casa se aseaba y componía, él se hizo pintor y en circunstancias que se hallaba con sus pinceles, sin que nadie lo apercibiera, entró al interior de la casa el primer edecán de Marcó. Mi padre, al momento de verlo, se creyó perdido; quiso hablarle algo y no pudo. Por fortuna, el edecán le dijo con tono áspero que era un flojo, que la casa debía ya estar concluida, que se diera prisa a concluir la pintura y volviéndose a mi madre, que se presentó en aquellos momentos, le dijo:

—Señora, mude Ud. este pintor que es tan flojo como chambón.

Mi madre convino y le asignó al Presidente un día fijo para que recibiera la casa.

Mi madre tuvo el dolor de perder en aquellos días a su padre (15) y yo la aflicción de ver a mi abuela, que había sido tan ge-

(14) Don Joaquín Aguirre Boza.

(15) Don José Santos Aguirre, Marqués de Montepío, título que heredó su hijo don Joaquín.

nerosa, quedarse sola en una casa en que por 60 años había sido la señora. Si no tuvo la misma fortuna de qué disponer, su corazón y su bondad cuan inagotables, yo continué siendo para ella un objeto de ternura, me amaba más que a sus hijos y no podía hallarse sin mí. Sólo en la noche me iba a la quinta donde vivía la familia, pero el día lo dividía entre la aula y aquella abuela que tanto amé, cuya memoria siempre me es tan tierna.

XIII

Denunciado el escondite de Francisco Ramón Vicuña. — El hijo obligado a guiar a los perseguidores de su padre. — Salvación providencial. — Amenaza de represalia. — Una dama patriota promete amar al Rey. — Nuevamente oculto.

Una noche que recuerdo haber sido una de las más tranquilas que hubiéramos pasado y en que mi padre descubría a mi madre sus esperanzas y le pintaba un porvenir más risueño, a los pocos momentos de entregarnos al sueño, despertamos sobresaltados por furiosos golpes en la puerta de calle, a los que siguió una descarga de fusilería. Mi padre, al primer ruido, huyó; la puerta del cuarto de mi madre fué al instante asaltada, las sirvientas no querían acercarse de temor a las balas, y mi madre me ordenó abrirla y tomando antes una vela, abrí sin sobresalto. Los sables y las pistolas de seis hombres y el capitán me fueron asestadas y cincuenta hombres más rodeaban la casa y los patios exteriores. El capitán entró con los seis hombres, que cada uno llevaba dos pistolas amartilladas, me ordenó alumbrar toda la casa, lo que yo hice sin trepidar. Llegamos a un patio interior, cuya muralla estaba recién concluida y que debía servir de huerto, y entonces era la costumbre poner a las murallas una banda de espino que servía para resguardarla de la lluvia y que nadie impunemente podía traspasar. Había en el patio algunos hoyos de que se había sacado tierra y en uno de ellos se sepultó desnudo mi padre, y se tapó con las ramas de espino que allí se habían reunido para hacer la banda. Llegué yo hasta el pie del hoyo; mi padre veía todo y creía que a él también lo veían, pero por fortuna, uno de los soldados le dijo al capitán que se conocían los rastros por donde había saltado la muralla, que más bien que alta era baja. Se fueron a inspeccionar el punto por donde había huído y un otro dijo que aseguraba que mi padre había ya saltado veinticinco paredes como aquella. Volvió el capitán donde mi madre, que no se había movido de la cama, procuró agasajarlo ofreciéndole vinos, licores, y

el oficial le decía que tenía la orden de no irse sin él. Cuando vieron todo camino infructuoso, tomaron al sirviente que había sido un esclavo en la familia, pero que jamás se había separado de ella por el amor que nos tenía, a pesar de ser ya libre; dijeron a mi madre que lo llevaban para fusilarlo por haberles negado al entrar que mi padre estuviera en casa, cuando el mayordomo lo había confesado. Mi madre sostuvo que mi padre había dormido en casa de su hermano don Joaquín Aguirre y preguntado el capitán si era el marqués Aguirre, pareció un poco calmado y consintió en dejar al criado para que llevara en la calesa a mi madre al pueblo, y al irse, se admiró que mi madre no pensara como el hermano y le aconsejó que amara al rey tanto como él, lo que mi madre prometió, en aquellos momentos, quizás muy de veras. Mi padre apareció una hora después, casi helado de frío y todo clavado; nadie sabía dónde se hallaba y en vano lo buscábamos en la viña.

Mi madre, para guardar sus muebles, había tomado en la quinta del frente unas piezas que el señor Bezanilla le prestó; allí se ocultó mi padre sin que nadie supiera nada por cerca de dos meses y sólo tarde de la noche iba mi madre a llevarle agua y los víveres que debían servirle para el siguiente día.

XIV

Mendoza envía la libertad. — Chacabuco. — Las primeras noticias. — El júbilo y las locas visiones de Francisco Ramón Vicuña. — El desbande realista. — El saqueo de Santiago. — Obsequios a los vencedores. — La tertulia en casa de los Vicuña. — La captura de San Bruno.

El movimiento de algunas tropas al paso de las cordilleras en Aconcagua y algunas noticias que circulaban entre los patriotas, muy misteriosamente, anunciaban la próxima evacuación del ejército que en Mendoza había organizado el general San Martín. Una tarde, como a las tres, estaba yo con mi madre, y un vecino que se llamaba don José Romo, la llamó separadamente y le dijo que acababa de llegar un soldado con una mano partida al bodegón de la quinta, que había contado que los realistas habían sufrido una derrota completa, que había escapado en un caballo que encontró perdido y que no había esperanza alguna, pues el que no hubiere muerto, estaría prisionero. Mi madre perdió todo temor, fué a romper las rejas sombrías en que mi padre había estado tanto tiempo, atravesó con él la calle y más loco que cuerdo, me llevó al interior de la quinta, donde él y yo trepamos al más alto peral y de ahí ya veía las cargas que los patriotas hacían a los

españoles y oía los cañonazos y descargas de fusilería y, por todo, la victoria de los republicanos (16).

Yo, que no sabía lo que pasaba por él, ni percibía ni oía nada, era mentecato, y llegué a persuadirme que se había vuelto loco, pues el campo de batalla distaba doce leguas. En esta agitación pasó hasta las once de la noche, en que salió de la capital un refuerzo de tres mil hombres (17), que podría muy bien contener las victoriosas armas de San Martín. Pero ellos conocían el estado de la opinión y la idea de las traiciones y de un levantamiento general influía más en su conducta y deliberaciones que las fuerzas que se les oponían. Antes de dos horas, aquella división volvió en el más completo desorden, desbandándose todos los cuerpos que la componían.

Mi padre, al siguiente día, vistió su antiguo uniforme militar para recibir a muchos de sus amigos que venían en el ejército y, al mismo tiempo, para imponer a la muchedumbre que, no teniendo ni autoridad ni fuerza que la contuviera, principió a saquear las casas de los españoles más comprometidos y todas las oficinas públicas. Hasta el día 14 de febrero (18) no entraron a la capital las primeras columnas del ejército. Mi padre las detuvo para regalarles y obsequiarles con grandes cestas de frutas que había hecho tomar. Muchos oficiales, antiguos amigos de mi padre, quedaron allí gran parte del día, contándose mutuamente sus aventuras y desgracias. En ese mismo día, vi a San Bruno en medio de un cuadro de tropas, montado en un burro, atado de los brazos,

(16) El mismo episodio relata en la biografía de su padre: "Al que escribe estos recuerdos, le convidó a subir a un empinado árbol y a pesar de que el campo de batalla distaba doce leguas, él creía oír las descargas y en su delirio veía los movimientos de las tropas; aplaudía por momentos, lamentaba la pérdida de los valientes que nos daban libertad y concluyó por enojarse con el que escribe, porque nada veía ni oía, diciéndole que por su edad en nada se fijaba". (Recuerdos biográficos del Dr. D. Francisco Ramón Vicuña. Santiago, 1849).

(17) En realidad, el movimiento de tropas que se realizó a la una de la mañana obedecía a la retirada a Valparaíso, acuerdo que se adoptó en la Junta de Guerra antes de la medianoche.

Horas antes y cuando aun no se conocían las proporciones de la derrota, los realistas creyeron que un refuerzo de 1.200 hombres podría decidir la victoria a su favor. Este refuerzo, a las órdenes de Barañao, llegó sólo hasta el portezuelo de Colina y allí recibió orden de volver a Santiago. Eran las cinco de la tarde.

(18) El 13 de febrero, poco después de mediodía, entró a la capital un destacamento de 200 Granaderos a Caballo, a cargo del comandante don Marino Necochea, para resguardar el orden. Al día siguiente entró el grueso del ejército.

con sus insignias de cuero y un sombrero irrisorio. Era pequeño de estatura y grueso; su mirada, antes que tímida, era despreciativa de aquella muchedumbre que lo pedía para saciar sus rencores y, sin duda alguna, era un valiente, sean cuales fueren sus crueldades. Yo participaba del loco entusiasmo que veía en toda mi familia por aquella victoria, pero aquellos ultrajes, tocando mi sensibilidad, me causaron una verdadera pena.

XV

O'Higgins, Director Supremo. — Joaquín Larraín y Francisco Antonio Pérez le acompañan como consejeros. — Influencia argentina. — La Logia. — Los Vicuña a la oposición.

Todo cambió para nosotros con la victoria de Chacabuco; abatida nuestra familia por los españoles por sus compromisos con la revolución de independencia, naturalmente debía surgir (19). El general O'Higgins, nombrado Supremo Director de la República, tuvo por consejeros al canónigo don Joaquín Larraín y a don Francisco Antonio Pérez. Mientras el general O'Higgins manifestó una conducta noble y republicana, estos dos chilenos le fueron inseparables, pero las máximas y principios políticos que habían estado en boga en las provincias argentinas, pasaron con el ejército a Chile, y los medios misteriosos y crueles empezaron a sobreponearse a los consejos de la moderación. Una lenta separación hizo toda nuestra familia del gobierno, tan luego como percibió estas tendencias en que se percibía más que las cualidades del general O'Higgins, el funesto influjo del general San Martín.

XVI

Cancha Rayada. — Preparativos de huida. — La recluta para la defensa. — A peñascazo limpio: la guerra de los muchachos. — Efectos de una pedrada certera. — La influencia de Quinto Curcio y de Alejandro el Grande. — La escuela del Convento de Santo Domingo. — El R. P. Félix Compos. — La filosofía tomista. — Reapertura del Instituto Nacional. — Don Joaquín Egaña, profesor de filosofía.

No había pasado más que un año de la victoria de Chacabuco cuando llegó la noticia que el más hermoso ejército que tuviera la

(19) Don Francisco Ramón Vicuña fué encargado por O'Higgins de organizar las autoridades del norte del país, y vuelto a Santiago fué nombrado municipal. (Recuerdos biográficos del Dr. D. Francisco Ramón Vicuña, Santiago, 1849).

América, había sido derrotado por un asalto en Cancha Rayada. Mi padre, que se hallaba comprometido en negocios de comercio, procuró arreglarse con toda prontitud, puso a mi madre y mis hermanas en el monasterio de las monjas Agustinas, y a mí y demás hermanos nos mandó a su quinta con dos sirvientes y al cuidado del mayordomo. Antes de irme, veía con envidia que a todos se les obligaba a tomar las armas. Yo me presentaba a los que reclutaban o llevaban a los milicianos a sus cuarteles, sabiendo que indistintamente conducían a cuantos podían llevar las armas, pero me desechaban con sólo mirarme, lo que en extremo me mortificaba. En aquellos días, el gobierno, para estimular un espíritu guerrero, permitía furiosas guerras a pedradas entre los muchachos, quedando siempre muchos estropeados y algunos muertos; yo estaba alistado en una división y siempre con la cabeza llena de Alejandro y sus capitanes, me mostré, no diré con valor, sino con heroicidad, debiendo perecer más de cuatro veces y perdiendo en una de estas batallas un diente por una pedrada recibida en la cabeza por traición. El golpe, a pesar de mi grueso sombrero, me arrojó de cara y sin sentido al suelo y en una piedra me rompí el diente y me despedacé la cara, lo que puso en gran consternación a mi madre y la familia. Un mes quedé en la cama y creía morirme, pues ocultaba el golpe recibido en la cabeza y sólo me curaban las heridas exteriores. Mi hermano Ignacio me traía algunas botellas de aguardiente, con que me empapaba la cabeza y así pude mejorarme. Los niños se inflaman con el heroísmo guerrero y Quinto Curcio, que había traducido y sabía casi de memoria, me inspiraba un gran valor y un entusiasmo con que quizás yo no he nacido. Mi sensibilidad natural y mi carácter me alejan de las tumultuosas escenas de la guerra, pero la débil imaginación de un niño se toca fácilmente con todo lo que parece grande y heroico, y estas lecturas peligrosas pueden modificar al extremo las inclinaciones con que hemos nacido.

Me hallaba yo entonces estudiando filosofía en el convento de Santo Domingo y tenía por maestro al padre Félix Campos, joven aún, de buen talento, pero imbuído de las viejas doctrinas de los claustros. Santo Tomás de Aquino era el divino doctor que, tanto en filosofía como en teología, y aun en física, se estudiaba y respetaba como un oráculo. Yo tomé aversión a la sutileza de la lógica que se nos enseñaba, y abusando de la bondad del maestro, y del estado en que se hallaban nuestras familias, con las vicisitudes de la revolución, nada estudiaba y sólo me ocupaba de travesuras y guerras de piedra que para mí eran mi mayor encanto. Sobre vino la victoria de Maipú y el gobierno, que tenía en mira un es-

tablecimiento público de educación, abrió muy luego el Instituto Nacional (20).

Mi padre, que había estudiado filosofía, quiso examinarme y también a mi hermano Ignacio y vió que en cerca de un año no habíamos avanzado nada y sí perdido mucho del latín que tan bien habíamos aprendido. Nos puso, desde luego, en el Instituto Nacional, donde don Joaquín Egaña iba a dictar filosofía. Este nuevo profesor, sin duda alguna, tenía gran talento, pero era perezoso y le faltaba cultivo, que en aquella época no era muy fácil adquirir. Hablaba muy bien, quizá en un estilo más elevado que el que convenía a muchachos que por la primera vez ensayaban su inteligencia en cuestiones abstractas, a que los sistemas bárbaros de enseñanza daban aún más oscuridad (21). Esto sucedía poco después de la batalla de Maipú, en que las fuerzas republicanas tuvieron el más completo triunfo contra los españoles.

XVII

Maipú. — Hacia el campo de batalla. — El requisamiento de cabalgaduras. — Una escapada oportuna. — Inconciencia juvenil. — El alborozo popular. — La misión militar de Francisco Ramón Vicuña. — Castigo de una travesura. — Salvas a pistoletazos.

A los 17 días de la derrota de Cancha Rayada, a tres leguas de la capital, tuvo efecto esta espléndida victoria que quizá decidió de la suerte de toda la América. A los primeros anuncios de la victoria, a pesar que oía las descargas de infantería y un sostenido fuego de cañón, yo ensillé la mula que servía a la calesa de mi madre y me dirigí al campo de batalla. En los arrabales de la ciudad había alguna tropa quitando caballos. Habían tomado a un pobre que se resistía a entregar el suyo, y uno que pasaba, intercedió por él, diciéndoles:

—“Mejor es la mula en que viene ese muchacho”.

El soldado soltó su presa y cuando creyó tomarme a mí, puse espuelas a la mula, que corría como un caballo y no le fué posible alcanzarla. Volví a la quinta, pasé allí la noche y al amanecer me

(20) En diciembre de 1817, la Junta Suprema Delegada nombró una Comisión encargada de preparar la reapertura del Instituto Nacional, pero la noticia de la inminente invasión de Osorio paralizó sus actividades. El 12 de noviembre del año siguiente la acordó el Senado y se realizó con gran solemnidad el 18 de julio de 1819. El cargo de Rector fué confiado al canónigo don José Manuel Verdugo.

(21) El método pedagógico empleado era la enseñanza de memoria y la discusión de tesis, en filosofía.

dirigí a pie al campo de batalla. Lo único que encontré fué un bastón con estoque y mucha pólvora, cargué con cuanto pude y me divertía en ver hacer salvas a los soldados que volvían desbandados, cruzándose por mi cabeza centenares de balas sin que yo tuviera miedo. Don Manuel Porras, que así se llamaba un dependiente de mi padre, me halló en aquel laberinto y me tomó de un brazo, poniéndome a las ancas de su caballo y así me llevó a mi padre. Encontré a toda la ciudad en el mayor desorden, todo el pueblo estaba armado y con municiones, y celebraba la victoria disparando sus armas. Encontré a mi madre en casa, mi padre acababa de llegar del regimiento, y aunque no estuvo en la batalla como su primo don Tomás Vicuña, guardaba el puente de Pilque con un destacamento de milicias, con la orden de cortarlo si el enemigo quería pasar el Maipo por aquel punto, dando aviso oportuno si acaso por allí aparecía alguna fuerza enemiga. Porras contó a mi padre cómo me había encontrado; me encerraron en un patio interior, porque temían fuera a exponerme a nuevos peligros y, con el placer, las visitas y el haberse ido a comer a casa de mi abuela, se olvidaron de mí hasta la noche. Lo pasé muy divertido todo este tiempo, con más de cien cartuchos de fusil con bala, que oculté en mi cuerpo, con los que cargué otras tantas veces las pistolas de mi padre y hacía mis salvas por la victoria de Maipú, sin que una sola vez en cada tiro pudiera sujetar la pistola en la mano por la fuerte explosión de los cartuchos de fusil. Mi padre, al concluir el día, me fué a abrir la puerta, me dijo que por un olvido me habían dejado tanto tiempo; nos abrazaba a todos, aun lleno de entusiasmo, recordando, sin duda, las tristes impresiones que el día anterior lo atormentaban.

XVIII

El dominio del mar para afianzar la victoria. — La expedición de Cádiz. — La "Trinidad" llega al Río de la Plata y denuncia los planes españoles. — El milagro de la primera escuadra nacional. — Francisco Ramón Vicuña adquiere la "Dolores" y comercia de contrabando en las costas peruanas. — Mejora la fortuna de la familia.

La expedición al Perú fué el pensamiento dominante de todos los patriotas. La creación de una marina era el primer paso que debía darse y nadie creyó librar a la América sin dominar el Pacífico e insurreccionar aquel país, cuyas riquezas inagotables servían para sostener la guerra en Chile, Provincias Argentinas y aun en los Estados que después formaron la República de Colombia. Una expedición de España con un refuerzo considerable de infantería iba a

aparecer en el Pacífico, sin que los americanos tuvieran noticia alguna (22); pero insurreccionado en el Atlántico un buque, se dirigió a Buenos Aires, reveló la escala que haría la expedición en Talcahuano, el plan de señales, y el rico convoy que acompañaba a la fragata "María Isabel", de 44 cañones. En Valparaíso, como por encanto, se organizó una expedición. Un navío, una fragata y dos buques menores tomaron aquella hermosa fragata española, y un convoy de muchos buques mercantes ricamente cargados (23). Mi padre hizo varias compras en remates públicos y una fragata española, la "Dolores", a la que puso el malhadado nombre de su cuñado el general Mackenna. Mi padre, a la sombra de la armada chilena que dominaba en el Pacífico, hizo algunas expediciones en las costas del Perú, donde, a pesar de la guerra, vendía a precios muy altos y por contrabando las producciones de nuestra agricultura.

Mi abuelo (24) en este tiempo murió y mi padre compró a sus hermanos la principal propiedad que dejaba, en 84,000 pesos, separándose de todos los negocios. Creció la fortuna de mi padre entonces rápidamente, no por su contracción y trabajo, sino por su arreglo y economía, llevando una vida holgada, sin que jamás hubiera en mi familia ni fausto ni lujo.

XIX

Acontecimientos que el autor relata. — El error de O'Higgins. — La farsa de la Gran Convención. — El triunvirato americano.

Durante esta época, que he dejado correr sin interrupción, para formar una idea de las afecciones que tanto influyen en nuestros destinos, bastantes sucesos políticos unos a otros se sucedieron. Como esta memoria es puramente personal, los recorreré en cuanto tengan alguna relación con mis opiniones o alguna influencia en mi vida.

El Director O'Higgins, seducido por su fortuna y por su poder, creyó fijar la revolución de independencia dando a su autoridad el falso brillo de una popularidad que el mismo anulaba, designando las personas que debían componer una Gran Convención que diera

(22) En realidad, las noticias de la expedición se recibieron un mes antes de que fondeara en el Río de la Plata el transporte insurreccionado y su presencia sólo vino a confirmar y sirvió para conocer mejor los planes del enemigo.

(23) La fragata "Reina María Isabel" fué capturada el 28 de octubre y catorce días más tarde lo fué la "Dolores", siguiendo luego las otras.

(24) Don Francisco de Vicuña Hidalgo.

una Constitución y lo afirmase en el gobierno. La nación no estaba corrompida y aquella farsa, que después hemos visto repetirse 23 años seguidos (25), derribó aquel jefe. Ya Pueyrredón en Buenos Aires y San Martín en el Perú, habían abandonado la autoridad militar con que habían elevado su poder, humillando los pueblos que les confiaron sus destinos. Sólo O'Higgins quedaba de aquel famoso triunvirato que soñó plantear un imperio trayendo un príncipe europeo (26).

XX

La revolución. — La administración O'Higgins: una reacción contra los principios en cuyo nombre se luchó por la independencia. — La revolución en el norte. — Francisco Ramón Vicuña salva de caer preso. — La influencia suya en los sucesos de La Ligua. — Freire es aconsejado por Vicuña a desconocer la Junta de Santiago. — El Congreso de Plenipotenciarios.

La revolución que en el sur hizo el general Freire, terminó aquella administración en que se mezclaron tantas glorias y opresión y donde, en medio de las exclamaciones de la libertad y derechos de los pueblos, se alzaba un trono a la prostitución con que debían reaccionarse todos los grandes principios de nuestra revolución.

El general Calderón obtuvo para mí un pasaporte y al momento me fui a reunir a mi familia. La división, que las provincias del norte mandaban a las órdenes de don Miguel Yrarrázabal (27), estaba ya cerca de la hacienda de mi padre. Muy luego se supo allí mi llegada y mi padre recibió una comunicación en que se me pedía una detallada noticia del estado en que se hallaba la capital y lo que se sabía del sur. Yo comuniqué cuanto sabía y creo que mis noticias no fueron infructuosas. Mi padre había escapado de

(25) Se refiere a las prácticas eleccionarias establecidas desde 1830 y cuya reforma fué tan largo tiempo deseada por los liberales.

(26) Aunque O'Higgins tuvo un momento de debilidad, recapacitó rápidamente y su actitud futura le honra altamente: rechazó de plano los proyectos monárquicos de San Martín.

(27) El 20 de diciembre se reunió el Cabildo de La Serena para conocer de unas comunicaciones de la Asamblea de Concepción, y acordó plegarse al movimiento revolucionario y nombrar también una Asamblea Provincial: don Joaquín Vicuña Larrain, hermano de don Francisco Ramón, representó en ella a Illapel. En este lugar se formó una fuerza de voluntarios que, a las órdenes del mayorazgo don Miguel Iracrazaval, avanzó hacia Santiago, pero llegó sólo hasta Quillota, donde tuvo conocimiento de la abdicación de O'Higgins.

una prisión, que en manos de O'Higgins, era temible, gracias a un escuadrón de caballería que mandaba el comandante Boyle, el que se levantó entregando a su jefe (28), en cuyos papeles estaba aquella orden. Parece que O'Higgins se había apercibido que por la influencia de mi padre había huido el gobernador militar de La Ligua, llevándose algunas armas.

La revolución estalló en Santiago y pocos días después llegó el general Freire a Valparaíso y mandó llamar a mi padre. Yo fui a acompañarlo y según entiendo, allí se arregló la resistencia que este jefe hizo a la Junta que nombró la capital. Mi padre volvió a la hacienda, y el general Freire se encaminó con 2 mil hombres a Santiago, y no quiso entrar al pueblo hasta que aquella autoridad no se desnudó de una autoridad nacional que se había arrogado. Un Congreso de Plenipotenciarios de las tres provincias en que entonces Chile estaba dividido, revistió al general Freire de la suprema autoridad y así terminaron aquellas cuestiones que la supremacía de la capital quería sostener contra la generalidad de los principios republicanos proclamados en la revolución y aceptados generalmente.

XXI

La Constitución de 1823. — Don Juan Egaña. — Francisco Ramón Vicuña al Ministerio. — La correspondencia atrasada del Ministerio de Relaciones Exteriores. — Freire elogia el trabajo de Pedro Félix Vicuña. — El Ministro ofrece la Subsecretaría a su hijo y éste la rechaza. — El pago de sus servicios. — Autorretrato.

Un Congreso constituyente debió organizar una Constitución para la República en el siguiente año. Un hombre se había granjeado una reputación de sabiduría (29) que arrastró a la mayoría de aquel Congreso a aceptar una Constitución (30), mezcla heterogénea de teorías bizarras, de instituciones modernas y de las que en Grecia y Roma gobernaron a pueblos bien distintos de los nuestros en costumbres, religión y moral. Aquel fárrago de utopías políticas pereció al momento de nacer, por su confusión y porque el

(28) El escuadrón de Boyle fué enviado a detener la columna de Irarrázaval, pero se insurreccionó la tropa en el sitio denominado Cuesta de las Vacas, un poco al sur de Illapel.

(29) Don Juan Egaña.

(30) Constitución de 1823. En julio, agosto y setiembre del año siguiente, y por una serie de decretos que incidían en ramos constitucionales, esa Constitución fué tácitamente derogada.

pueblo no podía ni aún comprenderlo. El gobierno y el pueblo, uniformes en sentimientos, despedazaron aquel grosero ensayo de un hombre excéntrico, sin luces y sin más talentos que los de su profesión de abogado. Entre nosotros, la gravedad en las maneras, un tono dogmático y sentencioso y alguna facilidad para expresarse, constituía un sabio. Bien caro ha pagado Chile estas reputaciones en que el pedantismo y la ignorancia caminaban a la par.

Poco después, mi padre fué llamado al Ministerio de Hacienda, donde estuvo muy corto tiempo, habiendo pasado al del Interior y de Relaciones Exteriores (31). El Sub-Secretario del Exterior había salido de aquel empleo y una numerosa correspondencia de los gobiernos de Europa se hallaba allí amontonada sin contestación, y sin que el gobierno aun supiera su contenido. Mi padre me dijo la tradujera y que me entretuviera en esto, mientras tomaba algún negocio a mi cargo. Desde luego me ocupé de este trabajo y el Director, después de terminar su despacho, se iba a conversar conmigo y a leer mis traducciones. Me hacía grandes elogios de mi trabajo, me decía que tenía un estilo muy claro y mucha facilidad, al ver lo que avanzaba en la traducción. Esta conversación era diaria y conocí que aquel jefe había formado un buen concepto de mí, hasta tener alguna parte en sus afecciones, como muy luego me lo manifestó con sus deseos de elevarme.

Mi padre me llamó un día y me dijo: "Ya tienes un buen destino y con buena renta; el Director me ha dicho que te nombre Subsecretario de Relaciones Exteriores con 1,800 pesos de asignación y esto es tanto mejor cuanto que yo no he tenido la menor parte". Mi padre estaba contento y yo, con aquel inesperado suceso que tanto cambiaba mi existencia, me quedé pensativo. El seguía haciéndome la pintura de mi porvenir, ocupando con tanta juventud tan importante destino. Pero en pocos momentos mi resolución estaba tomada. Le dije a mi padre que me sentía con un carácter tan independiente, que creía no había nacido para empleado, que mientras él fuera Ministro todo andaría bien, pero que cualquier otro que ocupase su empleo, querría imponerme sus opiniones y yo tendría que abandonar el puesto; que todos creerían que

(31) Don Francisco Ramón Vicuña desempeñó el Ministerio de Gobierno y Relaciones, a cargo del despacho de Marina, desde el 22 de febrero al 18 de junio de 1825.

El 6 de mayo, Freire delegó accidentalmente en él el mando del Estado.

Sobre que haya desempeñado la cartera de Hacienda no encontramos referencia alguna en el "Manual del Senado", que contiene la nómina más completa de los miembros del Poder Ejecutivo de Chile.

mi nombramiento era obra suya y no del Director; que le diera las gracias por la distinción y honor que me hacía, y que mi resolución era aprender a trabajar para vivir independiente. Mi padre insistió y argumentó largo conmigo, pero fui inflexible, aunque lo ví casi enojado. El Director no consintió que mi trabajo fuese infructuoso, y concluida la traducción, mandó que por el Ministerio de Hacienda se me entregaran 18 onzas, que agradecí más que el más alto puesto.

Los que en las contiendas políticas, que después me han agitado, han visto mi firmeza, y mis enemigos políticos, que han querido pintar mi patriotismo como ambición, si leyeran estos pocos renglones, me verían retratado. Pocos días después estaba yo en un almacén, aprendiendo como el último dependiente los rudimentos del comercio, al que me pensaba consagrar.

XXII

Carácter de estas memorias. — Un conflicto de trascendencia nacional que relata uno de sus actores. — El nuevo Ministerio. — El reglamento de carga y descarga de buques. — Una broma, origen inmediato del conflicto. — Falsa citación a Cabildo abierto. — Comentarios del hombre de la calle.

La cronología de los sucesos políticos no puede andar bien en éstas casi improvisadas memorias, en que dejo correr la pluma para estampar los recuerdos que se me agolpan. Esta, como ya lo he dicho, es una memoria de familia, y las afecciones en que mi alma ha hallado su expansión y sus contentos deben en ella ocupar un lugar preferente.

Había olvidado contar un suceso de que fui testigo y aun parte, si tal puede llamarse el ser sabedor de los resortes que lo prepararon. El Director Freire, vacilando entre todos los partidos y queriendo contentarlos, a la vez, había llamado a don Rafael Correa al Ministerio de Hacienda y a don Juan de Dios Vial del Río al del Interior (32). Difícilmente podían haber en Chile dos hombres más impopulares y de menos aptitudes para llenar aquellos empleos. Correa, en Valparaíso, preparó con sus decretos una conmoción (33).

(32) Desempeñaron estos cargos desde el 18 de junio al 9 de octubre de 1825.

(33) Las relaciones entre el Ejecutivo y el Congreso eran tirantes, y los sucesos de Valparaíso determinaron la ruptura.

Con fecha 8 de julio, el Ministro Correa decretó el desarme de la Escuadra, lo que dejaba cesantes a las tripulaciones. El Gobernador Zenteno re-

Los botes y las lanchas que facilitaban el comercio y ocupaban tantos hombres, se hicieron un privilegio del gobierno, que, para evitar el contrabando, privó a los particulares de su uso. Los entorpecimientos que esto atrajo sobre el comercio, son indecibles a la vista del movimiento que éste había adquirido y de las necesidades de un pueblo laborioso consagrado a este giro. El gobierno no podía atender a tanta demanda de embarcaciones menores ni facilitarlas por el mismo flete que los individuos. A esto se añadieron en la Aduana y Resguardo, mil trabas reglamentarias que paralizaron todo movimiento mercantil. Los pescadores eran también privados de pescar en la noche, hora la más a propósito para su profesión y su número era entonces bastante crecido para aumentar el de descontentos.

Me hallaba una noche tomando té con algunas personas que habían promovido esta conversación y uno dijo que era fácil con-

presentó la inconveniencia de esta medida y, algunos días después, envió a Santiago a unos prisioneros españoles que no podía mantener. Correa reprobó duramente este envío y condenó a Zenteno a pagar los costos de la conducción. El Gobernador renunció, pero su renuncia no le fué admitida.

Los acontecimientos se precipitaron por un nuevo decreto de 19 de agosto que, con el pretexto de impedir el contrabando, entregó a las embarcaciones menores de propiedad fiscal la tarea de carga y descarga de buques, prohibiéndola a los particulares. Un mes más tarde, al ponerse en práctica este decreto, se produjo un violento descontento en Valparaíso.

El 30 de setiembre, reunido el pueblo con el Cabildo, acordó desconocer todo decreto del Ministro Correa, pedir la derogación inmediata del último y obtener también la construcción de un muelle, la supresión del impuesto de patentes, la creación de un Tribunal del Consulado, la libre fabricación de cigarros que impedía el Estanco y la separación de cuatro empleados de las oficinas de hacienda en el puerto. Uno de los municipales, don José Luis Aycinema, fué encargado para representar estas peticiones al Director Supremo.

Estos sucesos irritaron profundamente a Freire. Aceptó la anterior renuncia de Zenteno y mandó en su reemplazo al Coronel don José Manuel Borgoño, quien se detuvo en Casablanca al conocer que el Cabildo y el pueblo de Valparaíso se negaban a admitirlo.

Entretanto, Aycinema había recurrido al Congreso y éste, viendo en el suceso una coyuntura favorable para derrocar a Freire, ordenó al Gobierno suspender toda medida, devolver las tropas que se enviaban y pronunciarse si en adelante obedecería o no los acuerdos del Parlamento.

El Director se negó a jurar reconocimiento al Congreso, expresando que aquella Asamblea no tenía el carácter de representación nacional indispensable para hacer exigencias de tal naturaleza, pues sólo era una Asamblea provincial. Freire salió de Santiago a recoger las tropas del sur, para afirmar su autoridad, y el Congreso lo declaró suspendido de sus funciones (7 de octubre de 1825).

Tal como se refiere en las memorias que anotamos, el Director Supremo volvió a Santiago al día siguiente y disolvió la Asamblea.

mover el pueblo para entablar un reclamo al gobierno, y otro se ofreció a poner en las esquinas un convite para el día siguiente a nombre del Procurador de Ciudad. Yo, entre personas de más edad, era modesto y éste ha sido siempre el secreto con que me he hecho amar de cuantos me han conocido; no daba mi opinión sino cuando me consultaban y no disputaba después de haberla dado. En esta vez oí cuanto se hablaba, gustaba de la idea y me reía, como los demás, del entusiasmo del que se ofrecía a poner los carteles. Nos separamos poco después y no volví a acordarme de lo que allí se había hablado.

Al siguiente día íbamos con mi hermano al escritorio y en la plaza de San Agustín, en medio de un grupo como de 400 hombres, estaba un señor Reyes, Procurador de Ciudad (34), protestando que los carteles que los reunían no eran suyos, y haciéndolos a todos testigos de cuanto decía, y les rogaba que se separasen. Yo dije a mi hermano que había estado en la tertulia de la noche anterior: "Este es el efecto de los carteles, acerquémonos a ver en qué para esta escena". Por mientras, crecía aquella reunión, unos a otros se preguntaban el objeto, cada uno respondía según sus intereses y deseos. Unos decían que era preciso despedazar el Estanco, institución de nueva creación, que ha sido a Chile bien funesta; otros, que para quitar las odiosas trabas de los reglamentos, y la multitud no veía más que la libertad de sus botes, lanchas y canoas.

XXIII

La muchedumbre pide la presencia del Cabildo. — Pedro Félix Vicuña sirve de Secretario. — El Gobernador Zenteno apoya al pueblo. — Sanción del acta. — Zenteno facilita tropa para la publicación de las resoluciones. — La bahía de Valparaíso y el júbilo de la población. — Carácter de Freire y de su política.

Cuando ya hubo más de mil hombres reunidos, uno alzó la voz (35) y dijo que era preciso hacer algo y que viniere el Cabildo a presidirlos. En el mismo convento de los Agustinos estaba la Sala del Cabildo y comisiones del pueblo fueron a traer a sus miembros, que no tardaron en llegar. Cuando éste se vió con una autoridad a su cabeza, sus peticiones y demandas, unas con otras se confundían; cada uno hablaba en su sentido y no le faltaban aplausos. Yo estaba cerca de la Mesa del Cabildo y el que lo presidía me llamó y

(34) Don Gregorio Reyes, municipal y procurador de la ciudad.

(35) Hablaron en esta ocasión, representando al pueblo ante el Cabildo, los vecinos don Ramón Sepúlveda y don Andrés Videla.

me dijo les hiciera de secretario, lo que acepté, calculando que podía servir. La confusión había llegado a su colmo, hasta que se propuso que el pueblo nombrara dos representantes que se entendieran con el Cabildo, lo que fué aceptado y mi hermano Aycinena y don Andrés Videla fueron encargados. Ellos hicieron la apariencia de consultar al pueblo y entraban a pedir al Cabildo lo que creían más conveniente. Yo iba redactando lo que mejor me parecía y como en aquellos instantes supe por mi hermano que el general Zenteno apoyaba privadamente aquel movimiento, la acta que firmé, aunque respetuosa al gobierno, obraba sin consultar su voluntad. El Cabildo me la hizo leer y mil aplausos la sancionaron.

Se ofició al Gobernador Zenteno pidiéndole tropa para publicar por bando las resoluciones del pueblo y luego se presentó la brigada de artillería de gran uniforme. Yo no había olvidado el atraernos la tropa en el acta con una gratificación que pudiera lisonjearla.

El general Zenteno hacía un papel doble (36): escribía al gobierno contra los revolucionarios y alentaba a éstos con su protección. Entre tanto, la bahía estaba cubierta de botes y lanchas empavesadas de vistosas banderas; las músicas recorrían las calles y el pueblo victorioso gozaba de su poder, sin calcular lo que podría sobrevenir. En la noche, hubo una iluminación general; las canoas y botes ostentaban su libertad, también iluminadas, moviéndose apaciblemente en aquella noche serena y de placer. Un gran farol, en que se había improvisado un ridículo retrato de Correa, recorría con la música las calles de Valparaíso en medio de una algazara y de mil vivas a la libertad. Sin duda que el general Freire no podía ser el blanco de aquella odiosidad, pero expiaba esa versatilidad con que buscando los partidos recorría a los hombres y a las ideas, solicitando más su reposo que el bien de la República. Tolerante, amigo sincero de la libertad, en medio de sus vacilaciones, se entregaba a los partidarios del despotismo y hasta a sus propios enemigos, para apartarlos de la conspiración constante en que se hallaban contra su gobierno. De la licencia nos conducía al despotismo, paso a paso; era licencia aquella anarquía e incertidumbre que quitaba a su gobierno el apoyo de un principio o de una idea.

(36) No hubo tal doblez por parte de Zenteno. La nota que pasó al Gobierno para comunicar estos sucesos acusa la manifiesta complacencia suya por lo que sucedía.

XXIV

Freire se niega a recibir al enviado del pueblo porteño. — La Asamblea de Santiago lo acoge y apoya todas las demandas. — Los designios revolucionarios. — Los jefes militares reconocen la autoridad de la Asamblea. — Deposition de Freire. — Aycinena escribe al Director depuesto que vuelva a asumir su cargo. — Debilidad del coronel Sánchez. — Nuevo Ministerio y disolución de la Asamblea.

Mi hermano, según los acuerdos, partió a la capital a representar al pueblo de Valparaíso y arreglar con el gobierno los cambios que de hecho se habían consumado. El general Freire, que había ya mandado contra Valparaíso un escuadrón de caballería, no quiso recibir a mi hermano, quien se dirigió entonces a una representación de la provincia de Santiago, que se titulaba Congreso Nacional, aunque ni Coquimbo y Concepción hubiesen mandado sus diputados, que eran las otras dos provincias que constituían la República. Mi hermano halló una acogida favorable, siendo los hombres influyentes de aquel cuerpo los más decididos partidarios del general O'Higgins, que procuraban dar a aquella revolución un giro que pusiera término a la incesante conspiración en que siempre habían estado para restablecer a su antiguo jefe.

Aquella Asamblea llamó a los jefes militares de la capital y les hizo reconocer su autoridad, y como el Director Freire vió ya una abierta revolución contra él y no se creyó con deberes hacia aquella parcial representación de sólo una provincia, siendo él una autoridad nacional, la lucha quedó declarada. Los partidarios del General O'Higgins no se intimidaron y aprovechándose de la vacilación en que se hallaban los ánimos, el Congreso depuso al Director Freire y nombró al Coronel Sánchez, que en aquellos momentos tenía un regimiento de 1,200 hombres, que volvían recientemente de sus campañas en el Perú. El General Freire, con una escolta de 100 soldados de caballería, se encaminó al sur y todo parecía ya concluido y el triunfo de la revolución definitivo.

Mi hermano había sido amigo del General Freire y le prestó 40 mil pesos en Concepción durante su revolución. El General O'Higgins, por el contrario, era para él un tirano y, estando casado con una señorita Carrera, cuya familia había sido la víctima de sus más crueles persecuciones, un enemigo. Cuando vió el desenlace de la revolución, escribió al General Freire, que sólo se hallaba cuatro leguas distante de la capital, diciéndole que volviera, que la mayor parte de los cuerpos militares estaban por él, y que en Valparaíso él arreglaría todo. El Batallón N.º 8, la artillería y el regimiento de

Cazadores a Caballo compondrían una fuerza de 700 hombres, y el General Freire, contando con la opinión, volvió a hacer frente al Coronel Sánchez, que tenía doble fuerza.

En la noche, el Coronel Viel, de los Cazadores, había sido ganado por los amigos de O'Higgins, de quien era decidido partidario, pero débil y vacilante se retiró a su casa, sin decidirse a nada. El General Freire se presentó y el Comandante Gutike obedeció sus órdenes, saliendo con el regimiento. La artillería y el número 8 se le reunieron en la antigua maestranza y con estos cuerpos se dirigieron a la Plaza de Armas, tomó posesión de su Palacio y mandó llamar al Coronel Sánchez, que se presentó momentos después. El Director lo mandó arrestado, nombró en seguida un nuevo Ministerio de don Joaquín Campino, Gandarillas y Novoa (37), que llevaron al gobierno sus fuertes convicciones y tomaron presos a los que más habían sobresalido en aquella revolución, que pareció consumada y que la debilidad de Sánchez perdió en pocos minutos.

XXV

Valparaíso se apresta a la defensa. — Medidas desordenadas. — La fuerza enviada contra Valparaíso vuelve a Santiago. — El desenlace. — Zenteno busca refugio en el pabellón británico. — Situación económica del ex-Gobernador. — Aycinena es recibido triunfalmente.

Mientras en Santiago se desarrollaban todos estos sucesos, Valparaíso se preparaba a la defensa, que se había confiado al Comandante Fontel, antiguo francés que había tomado parte en nuestra revolución de independencia. El desorden era grande, a pesar del entusiasmo y de tantos elementos. Corrían los cañones por las calles, se armaban lanchas en la bahía, se reunían tropas; pero yo no dudo que el escuadrón de caballería hubiera triunfado en aquella confusión que en todo reinaba. El General Zenteno conservó su indecisa posición, sin declararse jamás abiertamente por la revolución, lo que privaba a Valparaíso de una autoridad central que lo organizase para resistir.

La noticia de las tempestades que se levantaban en Santiago contra el general Freire, hizo contramarchar la tropa y la calma

(37) El nuevo Ministerio fué el siguiente (9 de octubre de 1825 a 8 de marzo de 1826):

Gobierno y Relaciones, don Joaquín Campino.

Guerra y Marina, don José María Novoa.

Hacienda, don Diego José Benavente, reemplazado diez días después por don Manuel José Gandarillas.

volvió a reinar. Pero tras estos sucesos lisonjeros, vino la noticia del desenlace definitivo; y mi hermano me escribió una carta satisfactoria, en que Valparaíso aparecía triunfante y anulados todos los reglamentos de Correa. El General Zenteno se asiló en un buque de guerra inglés (38) y me mandó llamar para que le diera por mi hermano \$ 700 que se le debían de sus sueldos, dando una libranza contra la comisaría (39). Yo consulté a mi hermano, quien me dió la orden y yo mismo le llevé el dinero. Poco después zarpó a las costas del Perú voluntariamente, a donde también se dirigían desterrados los principales caudillos que habían impulsado aquel movimiento. Mi hermano volvió como en triunfo de la capital. Los vecinos de Valparaíso salieron a recibirle como su libertador, desde que desaparecieron las trabas del comercio (40), que volvió a su antigua libertad y a su marcha progresiva que sólo podían detener la ignorancia de nuestros verdaderos intereses y el espíritu fiscal de algunos rancios empleados.

XXVI

"El Telégrafo Mercantil y Político". — Valparaíso necesitaba un periódico. — Pedro Félix Vicuña vuelve a Santiago. — Prior del Consulado. — Se pretende anular su elección. — El Gobierno da su fallo. — La importancia del Tribunal del Consulado. — Deficiente y caótica legislación comercial.

Me es preciso volver atrás para hablar de mi traslado a Santiago y seguir el hilo de los sucesos que me pertenecen. Una imprenta que fuí el primero en establecer en Valparaíso (41) y donde hacía mis ensayos de escritor, la cerré antes de irme a Santiago, por no poderla atender, pero con la idea firme de no privar

(38) La fragata "Briton", que estaba por zarpar al Perú.

(39) La situación económica de Zenteno era *extremadamente* difícil, como lo prueban las varias comunicaciones suyas en que lo hace presente al Senado, y que se conservan en el Archivo de esta Corporación.

(40) El reglamento de carga y descarga de buques fué derogado en todas sus partes por decreto del Ministro Gandarillas, de fecha 25 de octubre.

(41) "El Telégrafo Mercantil y Político", periódico que se publicó dos veces por semana, cuyo primer número apareció el 3 de octubre de 1826 y que fué redactado por don Pedro Félix Vicuña. Constaba de dos páginas y alcanzó a 89 números (Imprenta Comercio, Valparaíso).

La Imprenta del Comercio era propiedad del señor Vicuña. En abril de 1827 cambió de dueños.

Creemos conveniente anotar aquí que en todo el curso de estas memorias no se hace mención de "El Mercurio", cuya fundación ha sido atribuida tam-

a aquel pueblo de un establecimiento que sus progresos y riqueza reclamaban. A mi salida era Sub-delegado, empleo que me hizo conocer cuanto aborrecía las contiendas judiciales y que había hecho muy bien en no ser abogado. Mi ambición era saber que cuantos allí me conocían, sentían mi separación y me reconvenían por abandonarlos. Sin duda, que otra habría sido nuestra suerte, al menos respecto de intereses; pero cuando pienso en los estímulos que mi alma necesitaba, cuando a la voz de la justicia, del honor, de la patria y de la humanidad, latía mi corazón con fuerza inexplicable, todo está bueno, me digo a mí mismo. Las grandes verdades y los grandes principios necesitan de víctimas que las hagan aparecer irrealizables. Yo me he dado ya el impulso y no me sería honroso detenerme.

Apenas había llegado, el comercio de la capital, que constituía casi el de toda la República en aquella época, me eligió prior del Consulado. Junto con la elección, supe que se levantaba una oposición de los que se quedaban y salían, para que no se me diese este cargo. Tenía yo entonces poco más de 22 años y como este empleo había sido siempre desempeñado por hombres graves y viejos, a título de que yo no tenía 25 años, intentaron anular la elección. Yo los habría sacado, sin duda, de embarazos, renunciando a un destino judicial, por el que sentía tanta repugnancia, pero la resistencia que me hacían y la vergüenza que sentían de verse sustituidos por un joven, me retrajo de este pensamiento. La cuestión se llevó al gobierno para que la resolviera y declaró éste que siendo yo casado, era por la ley mayor de edad, única condición que exigía la Ordenanza de Comercio o la Cédula de Erección de aquel Tribunal. Mis socios fueron, don Joaquín Gandarillas, sujeto respetable y justiciero, como primer Cónsul, y don Manuel Rengifo, que después fué Ministro de Hacienda, como segundo.

Cumplí siempre con pureza que pecaba de escrupulosa los deberes del cargo que acepté y más de una vez, penetrado de la verdad, desprecié las leyes que me ponía a la vista el Asesor del Tribunal y juzgué con solo mi conciencia. Les decía siempre que

bien a don Pedro Félix Vicuña y cuyo primer número se publicó el 12 de setiembre de 1827.

En uno de los párrafos suprimidos por las razones que anotamos en el prólogo, el señor Vicuña nos dice que se trasladó a Santiago a los 15 meses de celebrado su matrimonio (13 de setiembre de 1826), esto es, en noviembre o diciembre de 1827.

aquel Tribunal tenía una ley que dejaba a la conciencia un campo extenso y guardaba el derecho para aquellas intrincadas cuestiones que necesitan un arreglo.

“Verdad sabida y buena fe guardada” era el principio o ley de que podían deducirse estas aplicaciones que daban al Tribunal de Comercio la importancia de un Jurado. Desde entonces penetré el caos de nuestra legislación y más cuando llegué a ver citada por dos partes contrarias una misma ley como favorable a ambas (42). Mis contiendas con el Asesor, siempre pegado al derecho, me ilustraron más que todo y llegué a persuadirme que la legislación no existía sino en la fórmula y que los jueces eran árbitros irresponsables con facultad de hacer lo que quisiesen. En el curso posterior de mi vida no he hecho más que corroborar todo cuanto entonces deduje de lo que se presentaba a mi vista.

XXVII

El “Escuadrón del Orden” y el “Batallón de la Constitución”. — La revolución de Urriola. — Urriola barla a Borgoño. — Los revolucionarios triunfan. — La ambición de la aristocracia. — Urriola es traicionado por su gente. — Pedro Félix Vicuña en la acción. — Escribe a su padre pidiendo refuerzos. — La farsa sangrienta.

Poco tiempo después fui electo, por los propios soldados, oficial de un cuerpo de caballería que se llamó “Del Orden” (43). La revolución que hizo don Pedro Urriola en San Fernando, dió origen a la formación de éste y de otro de infantería, que se llamó

(42) Por Real Cédula de 26 de febrero de 1795 se creó en Santiago el Tribunal del Consulado y se entró a aplicar en Chile las disposiciones de la “Ordenanza de la Ilustre Universidad y Casa de Contratación de la M. N. y M. L. Villa de Bilbao”, que rigieron hasta la promulgación del Código de Comercio en 1865, pero modificadas por diversas leyes dictadas por la República, entre las que se cuenta, como más importantes, un decreto de la Junta de Gobierno, en 21 de febrero de 1811, ordenando la libertad de comercio entre puertos habilitados chilenos y todos los del mundo que no pertenecieren a potencias enemigas, y el Reglamento de libre comercio de 1813.

(43) Las continuas agitaciones revolucionarias y el temor del comercio de la capital a ser objeto de un saqueo, movieron al Gobierno a crear dos cuerpos de guardias nacionales. El primero, llamado “Escuadrón del Orden” (creado por decreto de 7 de agosto de 1828), formado exclusivamente por comerciantes, eligió como su comandante a don Diego Antonio Barros. Por decreto de 5 de setiembre se mandó formar el segundo, al que se denominó “Batallón de la Constitución”. Sólo el primero prestó servicios efectivos.

"De la Constitución". La revolución a que me refiero, fué un acontecimiento ruidoso en que no dejé de servir, ya dando oportuno aviso a Valparaíso, ya evitando una conmoción calculada siniestramente. Urriola había levantado el regimiento veterano de Dragones a Caballo y al batallón Maipo de Infantería (44), un todo como de 800 hombres. El General Borgoño, con 300 hombres (45), fué mandado a sofocar el movimiento; pero, en lugar de engolfarse en escaramuzas y contestaciones en una provincia aislada, Urriola lo dejó a su retaguardia y se encaminó a Santiago, de donde había sido impulsada la revolución. La capital contaba con dos compañías de artillería con cuatro piezas, un escuadrón de Coraceros y cerca de mil milicianos de infantería (46). Con esta fuerza, el General Pinto se propuso combatir a Urriola y salió a recibirlo. Mandó intimar rendición a la fuerza insurreccionada y cuando hubo pasado el término fijado, ordenó hacer fuego a su artillería. Muy luego se empeñó un combate (47), en que, derrotados los Coraceros y envueltas las milicias por su falta de disciplina, Urriola quedó victorioso, dominando el campo sangriento, donde quedaron cien víctimas cruelmente sacrificadas a la ambición de esa aristocracia que, anonadada por su incapacidad, conspiraba sin cesar para elevarse.

Urriola ocupó el pueblo esa misma tarde (48) y los autores de aquel desastre, espantados de su propia obra, lo abandonaron pérfidamente. Reunidos en la noche, deliberaron si aceptarían aquel movimiento y como la opinión les era contraria (49), mandaron levantarse contra Urriola a sus propias fuerzas, que entregándose al día siguiente al Gobierno, terminaron la farsa de un Supremo In-

(44) El batallón N.º 6 "Maipo", de guarnición en San Fernando, se insurreccionó el 28 de junio. El regimiento de Dragones, de guarnición en Curicó, venía de este lugar a incrementar las fuerzas que el Gobierno enviaba al mando del general Borgoño, pero en el camino se plegó a los revolucionarios.

(45) Urriola juntó en Pelequén, antes de resolver su arriesgado movimiento sobre Santiago, una fuerza superior a 600 hombres. Borgoño, al salir de Rancagua para San Fernando, contaba con 580.

(46) Barros Arana asigna a las fuerzas de Pinto sólo 400 hombres de la guardia nacional y 100 Coraceros de la Escolta Presidencial.

(47) El encuentro se realizó el 18 de julio de 1828 en la chacra de Ochagavía. La relación que trae Barros Arana difiere notablemente de ésta.

(48) Urriola ocupó con sus tropas el cuartel de la Maestranza hasta el día 20, en que se movió sobre la Plaza de Armas, donde se resolvió la entrega de los revolucionarios.

(49) Las manifestaciones populares, en su gran mayoría de la clase acomodada, fueron efectivamente contrarias a Urriola.

terventor que Urriola había hecho nombrando a don José Miguel Infante (50).

Yo estuve en la acción y por una casualidad no fui envuelto en la derrota, habiendo tomado una calle que me llevó al lado de las tropas victoriosas que avanzaban contra las que el General Pinto había llevado. Llovía en aquellos momentos y en aquel desorden ni yo mismo sabía de qué lado estaba. Largo rato estuve creyendo que Urriola iba derrotado, hasta que un soldado disperso llegó donde mí y me contó que Pinto y todos los jefes estaban muertos. En su aturdimiento había realizado una proeza, abriéndose paso a sable entre las tropas de Urriola, a cuya espalda estaba yo. Volví mi caballo y por el mismo camino me fui al pueblo, encontrando al General Pinto en la Cañada con algunos jefes. Miré mi reloj y calculando podría alcanzar el correo, escribí a Valparaíso a mi padre, que era Presidente del Congreso (51), de donde salieron mil hombres para reunirse a las tropas que tenía el General Borgoño.

En el desenlace de esta revolución estuve siempre al lado del General Pinto. El, sin duda, sabía la farsa preparada con el Mayor Vidaurre (52), para que todo terminase; pero yo, sin saber nada, trabajaba en sostener el entusiasmo y resistir a aquellas fuerzas, sino con las armas, con una voluntad firme y resuelta. Todo al fin volvió a la calma.

XXVIII

Faltando a la cronología. — La revolución de Campino. — Las provincias aceptan el sistema federal. — Campino presiona al jefe de armas. — Influencia de los estanqueros. — El coronel Campino entra a caballo en la Sala del Congreso. — El parlamentario de Campino ante Freire. — Vicuña se niega a imprimir las proclamas de Freire. — Lo que no pudo la fuerza, lo puede el oro. — Un escrito que turbó a los estanqueros. — Don José Ignacio Izquierdo.

He dicho que estas memorias se componen de los recuerdos que me vienen, sin fijarme mucho en la cronología. Había olvidado un suceso anterior, pero no por eso dejaré de anotarlo aquí.

(50) En un bando dado por Urriola el 20 de julio, se nombraba a Infante como Supremo Interventor de la República, "con las facultades que son inherentes al Presidente del Estado".

(51) Desde el 26 de mayo era Presidente del Congreso Constituyente don Manuel Novoa, y no don Francisco Ramón Vicuña.

(52) El Sargento Mayor don José Antonio Vidaurre era segundo jefe del batallón "Maipo".

Hablo de la revolución que en Santiago hizo el Coronel Campino (53).

Un Congreso Constituyente consultó a las provincias sobre la forma de gobierno que querían y el federal, en la forma que existe en los Estados Unidos (54), fué aceptado. Se trabajaba en la Constitución que debía establecerlo, cuando el Coronel Campino, haciendo firmar a la fuerza al General Calderón, jefe de armas, una orden que ponía a su disposición el batallón N.º 7, proclamó Presidente al General Pinto, entonces Intendente de Coquimbo, y a él como Vicepresidente. Esta revolución traía su origen de la influencia que una facción de negociantes, llamados Estanqueros, tenía sobre el Vicepresidente Eyzaguirre, que gobernaba por renuncia del General Blanco. La artillería y un escuadrón de caballería tomaron parte en ella, y no fué posible hacer la menor oposición, pues estos tres cuerpos componían toda la guarnición de la capital. El Vicepresidente fué depuesto y los principales caudillos de la facción del Estanco conducidos a una prisión.

El Congreso vió un atentado en aquella revolución y algunos partidarios del Estanco hablaron en lenguaje que debía producir un suceso funesto. El Coronel Campino entró a caballo en la Sala de Sesiones para disolverlo y, no siendo obedecido, hizo entrar al Comandante Latapiat con una compañía de infantería. A la voz de fuego que éste dió, no quedó uno solo que no buscase su salvación en la huida. Pero antes, el Congreso había dado plenos poderes al General Freire, nombrándolo Presidente, y como Vicepresidente al General Pinto.

El General Freire intentó calmar pacíficamente aquel movimiento pero el parlamentario que mandó el Coronel Campino, el Coronel Guzmán, era hombre tempestuoso que terminó la conferencia antes de iniciarla. Algunas escaramuzas de fuerzas capitaneadas por el Coronel francés Roulet, al servicio del Perú, hicieron concebir al General Freire que todo trabajo y empeño era inútil, y se retiró a Aconcagua para organizar una división. Mandó sus proclamas a Valparaíso, que me llevó su hermano don Rafael, para hacerlas imprimir. Yo no tenía la menor parte en la revolución, ni tampoco mi familia, y personalmente la desaprobaba. En un triunfo del General Freire, dirigido entonces por don Diego Bena-

(53) Motín militar del 25 de enero de 1827.

(54) Don Francisco Ramón Vicuña fué uno de los más ardientes partidarios del régimen federal y miembro de la Comisión de Legislación que formó el proyecto de Constitución en 1826, sobre la base de la Constitución mejicana de 1824.

vente, que le acompañaba en su retirada, veía yo la elevación de aquella facción ominosa, origen de todas las desgracias que han sobrevenido a la República. Sin trepidar, dije a don Rafael Freire que tales proclamas no se imprimirían en una imprenta mía. El protestó y me amenazó; pero yo fui inflexible.

Lo que no pudo la fuerza, lo pudo el oro. El batallón N.º 7 fué seducido y con él fueron tomados los jefes de la revolución y entregados a sus enemigos. Estos pedían horribles venganzas, pero el General Freire se opuso. En medio de esta gritería, yo turbé con una publicación —muy célebre entonces— su satisfacción y placer, y los cánticos por su reciente victoria se convirtieron en furiosos contra el autor de aquellos pocos renglones en que descubrí sus miras, sus innobles venganzas y lo funesto de la influencia que de nuevo gozaban. Se presentaron al Jurado, pero mi acento aturdió a los jueces, que no se atrevieron a reunirse, pues, siendo ellos de la facción, ofrecí decir de cada uno lo que de todos había dicho en general. Yo escribía bajo el anónimo y don José Ignacio Izquierdo era quien me llevaba la larga lista de sus latrocinios públicos, de sus vicios, de sus perfidias y crímenes. Mucho habría de exagerado, pero yo estaba dispuesto a defenderme con valentía, reaccionando así contra el poder que el reciente triunfo sobre Campino les había dado.

XXIX

El escrito desaparece. — Quienes eran los estanqueros. — Cómo combatían a sus contrarios. — La corrupción se anunciaba en ellos. — Don Diego Portales. — Un comerciante de inflexible dureza. — Un conspirador atrevido. — El coronel Campino. — A los brazos de quienes fueron sus enemigos.

Esto me salvó de entrar en una cuestión personal. Mi escrito, titulado "Algunas observaciones sobre la revolución del Coronel Campino" (55), fué gran parte acaparado por la facción y el resto recogido con increíble paciencia, hasta no dejar uno. Muchas diligencias he hecho después para hallar un ejemplar, pero todas han sido inútiles. Aquel corto escrito fué un rayo que cayó sobre ellos. Es verdad que aquella facción era compuesta de los que sobresalían por su orgullo y ambición, y que sin ninguna idea gran-

(55) Esta publicación no la registra don Ramón Briceño en "Estadística Bibliográfica de la Literatura chilena".

de y generosa sólo buscaban en su elevación las negociaciones con el Estado, su interés personal y cuanto podía aumentar su importancia y riqueza, ostentando el más desdeñoso desprecio por las ideas y principios políticos que miraban sólo como resortes de los partidos. Del mismo modo, a los que les combatían, a los que descubrían sus tendencias siniestras, les hacían una impudosa guerra en que el ridículo y el insulto se prodigaban a manos llenas y con los más sombríos colores. Hombres que habían pertenecido a las ideas de libertad y habían trabajado por popularizarlas, cansados de las escenas de la revolución, de la que no habían recogido los frutos que esperaban, y desesperanzados de ser los caudillos de la política, desertaban en busca de la ganancia y del interés. Era la corrupción que ya empezaba sus estragos. Las almas débiles se cansan en la mitad de la carrera, señal de que jamás las impulsó un noble y grandioso pensamiento, y concluyen queriendo dominar o prostituyéndose servilmente si otro más fuerte les tiende una mano protectora. Tales eran Benavente, Gandarillas (Portales) (56) y otros que sirvieron de núcleo a la prostitución que ha humillado a la República.

Don Diego Portales se hizo el alma de aquella facción y su móvil no fué más que la venganza contra los que le habían arrebatado el Estanco; pero llegado a cierto punto, la ambición ensanchó el círculo de sus pretensiones y la dictadura fué el punto de sus miras. Entonces era sólo un comerciante conocido por la inflexible dureza con que quiso plantear la venta más impopular, valiéndose de la fuerza pública que vilmente se puso en sus manos con este objeto. En aquel tiempo era un conspirador atrevido y el que reaccionó a Campino, e intentando aprovecharse de esta victoria, su impopularidad no le permitió avanzar sino débiles pasos, pero que lo acercaban al objeto de sus miras. Así terminó esta revolución para seguir en otra forma y en una dirección opuesta. El Coronel Campino, fiado en la impopularidad de los que combatía, creyó seguro su triunfo. El no representaba tampoco una idea ni tenía otras afeciones que la de la muchedumbre inconstante, de que se había hecho el tribuno y que lo abandonó cuando le vió perdido. Marchábamos a una revolución definitiva, en que la libertad debía establecer su imperio o debían reaccionarse todos sus grandes principios. A los que tan ciegamente habían combatido contra nuestra independencia y a la ignorancia y preocupaciones que veían en los errores colo-

(56) En el borrador original de estas memorias el nombre de Portales está borrado con una raya.

niales su propia importancia, se añadían todas reputaciones rezagadas que no pudiendo dominar por falta de virtudes, iban a buscar un puesto degradado entre los mismos enemigos que otra vez habían combatido y vencido, y que en su desesperante nulidad los recibieron con los brazos abiertos.

XXX

El año 1829 para Pedro Félix Vicuña. — Comisión para la organización de un Banco. — José Antonio Rodríguez disparatea. — El buen sentido de Ruiz Tagle. — José Joaquín de Mora, el teorizante. — Barnard, el práctico. — Una ciencia cabalística.

Volviendo a tomar el hilo de mi narración, el año de 1829 fué una época verdaderamente lisonjera para un joven de mi edad. Nombrado por el Gobierno miembro de la Comisión que debía organizar un Banco, me vi enrolado con los hombres que sobresalían por sus luces y por su posición. La Comisión se reunía en casa de don Francisco Ruiz Tagle, Ministro de Hacienda, que la presidía. Sus miembros eran don José Joaquín Mora, don José Antonio Rodríguez Aldea, don Felipe Santiago Solar, don Juan Diego Barnard y yo. Había yo estudiado Economía Política, pero del sistema de Bancos no sabía ni los primeros rudimentos. Tenía, al menos, esta convicción y guardaba silencio, procurando aprender en las discusiones que habría. Rodríguez, que había sido Ministro de Hacienda, creyó de su honor el entrar en la materia, abriendo el debate, y habló sendos disparates sobre los Bancos, disparates que hasta yo comprendía. Ruiz Tagle tuvo el buen sentido de aplaudir y uniformarse con cuanto Mora hablaba sobre el crédito, sin comprender, por supuesto, una sola palabra. Barnard tenía algunos conocimientos prácticos, como Mora los tenía muy adelantados en teoría. Las discusiones se paralizaron sin que yo hubiese penetrado aquella cabalística ciencia, tan sencilla en sí misma, tan complicada en el idioma de los banqueros que sólo viven de la oscuridad que fomentan.

XXXI

Clausura del Congreso Constituyente. — Pedro Félix Vicuña diputado por Quillota. — Motin del 6 de junio de 1829. — La revolución se anuncia. — El ánimo del Vicepresidente. — La superchería de la esposa para evitar peligros al marido. — Un informe que salvó a la infantería gobiernista. — Crueldad de los captores.

Cuatro pueblos me eligieron su representante para la primera legislatura constitucional (57), y acepté la del pueblo de Vicuña, que llevaba el nombre de un tío mío que lo fundó. El Congreso Constituyente cerró sus sesiones con un espléndido banquete (58), que le dió el Presidente Pinto, quien, después de brindar con el Presidente de la Corte Suprema, que hacía de Vicepresidente de la Mesa, se dirigió a mí para brindar por segunda vez. Todos los magnates que allí se habían reunido, se miraron las caras al verme preferido, cuando ellos se creían con tantos títulos.

Don Pedro Urriola hizo en aquellos días una nueva revolución (59), levantando los Coraceros, en circunstancias que sólo habían en Santiago 250 hombres del batallón N.º 7 y dos compañías de artillería. Hubo sus descargas en la plaza y el Coronel Rondizzoni rechazó la caballería con sólo la pérdida de dos o tres hombres y algunos heridos. La caballería, vuelta a su cuartel de San Pablo, empezó a reforzarse con la milicia cívica que, olvidada de su descabro en Maipú por el mismo Urriola, pertenecía ya a la revolución, impulsada por la conspiración permanente de los Estanqueros que, reforzados con la aristocracia propietaria que miraba a reunir su riqueza con el poder, había hecho también la adquisición de un nuevo partido, que unos llamaban Popular y otros Federal, por las opiniones de Infante, su jefe ostensible.

La revolución había dado ya gigantescos pasos y cualquiera, en aquellos repetidos movimientos, podría ver que una dislocación completa debía sobrevenir.

(57) Fué diputado por Quillota al Congreso Nacional. Sus poderes le fueron aprobados en la sesión 2.ª preparatoria, de 3 de agosto de 1829. Miembro de las Comisiones de Hacienda y de Comercio.

(58) El Congreso Constituyente clausuró sus sesiones el 31 de enero de 1829. El 11 de febrero fué ofrecido el banquete a que se refiere el texto y en él, el Vicepresidente de la República, general don Francisco Antonio Pinto, brindó con estas palabras: "Por la sincera amistad de todos los chilenos".

Pedro Félix Vicuña fué también diputado por Quillota a este Congreso, pero en calidad de suplente. Sus poderes fueron aprobados en la sesión 3.ª preparatoria, de 2 de junio de 1828.

(59) Motin militar del 6 de junio de 1829.

Como era mi deber, me presenté a caballo y de uniforme en la plaza, donde supe se reunía mi cuerpo (60). Mi comandante era don Diego Barros y en su semblante pude luego leer que era uno de los ocultos promotores de aquel motín. Yo hacía de ayudante y cuando se recibió la orden de ir a atacar el cuartel de San Pablo, hice dar cartuchos a todos los que llevaban armas. Estuve en el Palacio con el General Pinto, que estaba con espuelas y sentado en un sofá, teniendo a su lado dos pistolas. Le dije que creía que todo concluiría luego, lo que no parecía creer ni a la verdad yo tampoco, desde que supe que gran número de milicianos se agregaban a los amotinados.

Al salir me esperaba mi sirviente para decirme que Carmen estaba muy enferma. Me encontré así en un conflicto entre el honor y mi amor. Creí poder atender a ambos, monté en mi brioso caballo pedí permiso por un momento al jefe de la plaza, que era el Coronel Elizalde, y volé a casa de mi madre, donde se me dijo estaba Carmen. La puerta estaba cerrada, pero a mi voz se abrió un postigo por donde entré a caballo. Mi madre era la portera y al entrar cerró de nuevo la puerta. Fui a ver a Carmen y la encontré riéndose de la superchería que con mi madre habían inventado. Pedí la llave a mi madre, haciéndole ver mi fuerte compromiso, y como se resistiera, tomé una enorme piedra con las dos manos y empecé a romper la chapa, que poco habría resistido. Mi padre se reía, sin tomar parte, pues hubiera sentido me deshonrase, y mi madre, viendo mi resolución, me entregó al fin la llave. En diez minutos estuve de vuelta en la plaza, contados desde que sali de ella. Al pasar por la calle que atraviesa la de casa, vi a la caballería de Urriola que marchaba en dirección al río y di parte de ello al jefe de armas, que nos había puesto a retaguardia de la infantería. Le hice la reflexión de que nuestro cuerpo era muy heterogéneo, que gran parte pertenecía a los revolucionarios y que, atacando Urriola la retaguardia, caeríamos nosotros sobre nuestra infantería y la despedazaríamos. Mudó entonces de resolución y dejó la caballería en la plaza. Sin embargo, yo fui al ataque, que duró poco, pues la mayor parte de los que defendían el cuartel estaban ebrios. Hube de interponerme para evitar la crueldad con que algunos de los nuestros trataban a los prisioneros, reconviniéndolos fuertemente. Esta vez no corrí peligro alguno; cualquier otro se hubiera vanagloriado con solo haberse presentado. Creo que sólo murió un soldado

(60) El "Escuadrón del Orden" se preparó a cumplir su función de evitar todo intento de saqueo.

del N.º 7 y que hubo cuatro heridos, siendo que la torre de San Pablo era un baluarte que debió costar mucha sangre.

XXXII

Sentencias del Consejo de Guerra. — La pena del coronel Campino. — Matanza de infelices seducidos. — Un veterano de la independencia que peleó sin saber por qué. — Una condena a muerte satisfecha en una rifa. — La defensa de Gutiérrez. — Sentencia de la Corte Marcial. — Conflicto de competencia. — Conmovedora escena en la Corte Suprema. — Orden de suspender la ejecución que un jefe se niega a acatar. — El condenado en marcha hacia el banquillo. — Se suspende el fusilamiento. — Triunfa la Corte Marcial. — El máspreciado galardón de unos afanes.

Al día siguiente fueron fusilados cinco Coraceros y se enjuició a otros con el mismo objeto (61). El Coronel Campino, que el Gobierno sabía que era el jefe de la revolución y que amestado con los mismos que poco ha había perseguido de muerte, fué desterrado a Copiapó con goce de sueldo. Aquellas matanzas de infelices sin opinión, arrastrados por la seducción y el engaño, me exaltaron. Me ofrecí a mi hermana para defender a un hijo de su nodriza y acepté también la defensa de don Silverio Gutiérrez y de un antiguo veterano de la independencia que, al sonido de las balas, fué a ponerse en las filas de peligro sin saber por qué peleaba. Todos tres fueron condenados a muerte y mandados a poner en capilla. El sargento Martínez se había tomado la guardia del cuartel de la Moneda; Gutiérrez había armado una guerrilla de 50 hombres y había despedazado las puertas de la Intendencia; el otro no tenía más crimen que el recuerdo de su antiguo brío y el deseo de probar si había o no decaído.

A las dos de la tarde del día anterior al fijado para el fusilamiento, por una representación que hice, logré vencer al Auditor de Guerra, quien opinó entonces porque los dos primeros rifasen la vida y el otro fuese a un destierro de diez años, en lo que el Gobierno convino. Fuí llamado a presenciar este horrible juego y me

(61) El 12 de junio, el Consejo de Guerra condenó a muerte a un sargento y un cabo del Cuerpo de Inválidos y a tres soldados de Coraceros todos los cuales fueron fusilados al día siguiente.

En una segunda reunión, el 22 del mismo mes, el Consejo de Guerra condenó a muerte a otro soldado y a prisión más o menos larga a varios otros. La primera sentencia fué impugnada por el defensor del reo, don Santiago Gandarillas.

En su tercera reunión acordó el Consejo la pena de muerte para el sargento Manuel Martínez y el paisano Silverio Gutiérrez.

resistí, por más que el mayor de plaza lo exigió, llegando hasta amenazarme. Perdió Gutiérrez y se le revistió de una mortaja para ser fusilado a las 7 de la mañana del día siguiente.

Yo no me aturdí con aquella escena. Había pedido apelación a la Corte Marcial y aunque se me dijo que los delitos de motín no la tenían, me fuí derecho a la Corte, no dudando que don José Miguel Infante me apoyaría. Apelé de hecho y pedí la suspensión de la ejecución, todo verbalmente, porque el tiempo no me permitía más. La Corte admitió mi apelación (62) y mandó pedir los autos. Como yo sabía la respuesta que había de recibir, pedí que la Corte permaneciera reunida hasta que llegase la contestación del Mayor General, quien se negó a enviarlos. Solicité entonces que ante la Corte Suprema se entablase la correspondiente competencia y se me dió el oficio que la interponía. La noche se aproximaba cuando me presenté al Presidente de la Corte Suprema pidiéndole la reunión del Tribunal a aquella misma hora y al instante dió las órdenes.

A las 9 de la noche ya estaba reunido el Tribunal, que lo componían Vial del Río, Argomedo, Novoa y don Carlos Correa. Yo había hecho venir a la mujer de Gutiérrez con cuatro hijas grandes que tenía. Cuando llegó el momento de resolver, eran ya las once de la noche, y les dije entrasen y pidieran la vida de su padre. El salón era espacioso y ardían dos tristes velas de sebo que comunicaban a aquella dolorosa escena el más lúgubre aspecto. Madre e hijas se arrodillaron a los pies de los jueces, anegadas en lágrimas y en medio de sus sollozos y plegarias apenas se entendía que pedían la vida de su padre. Argomedo lloraba como ellas; Correa estaba fuera de sí de conmovido; Novoa silencioso e **inmóvil**, y Vial del Río, sin mirarlas, les decía: "Salgan Uds., señoras". ¿Cómo estaría yo, presenciando aquel patético cuadro, más fácil de concebir que de pintar?

Salió la sentencia en empate y no hallando a aquella hora otro recurso que tocar, cuando el desgraciado debía ser fusilado luego, entré al Tribunal y dije que la vida de un hombre debía ser

(62) La sentencia de la Corte Marcial, publicada en "El Valdiviano Federal", por don José Miguel Infante y expedida el 18 de julio, condenó a cuatro años de relegación en Copiapó a Martínez y a Gutiérrez.

La Corte Marcial se formaba por la Corte de Apelaciones que, para constituirse como tal, agregaba dos vocales escogidos entre jefes militares. En esta ocasión esos jefes fueron los coroneles don José Bernardo Cáceres y don Manuel Antonio Recabarren.

tan sagrada como la conservación de la sociedad entera y que pedía se reintegrara el Tribunal en aquel mismo instante. Nuevo acuerdo y nueva resolución que salió conforme a mi deseo. El juez suplente era don Pedro González Alamos, que yo fui a traer en una calesa de uno de los propios jueces. Estaba durmiendo y resistía levantarse por sus años, pero le pinté el caso con coloridos tan terribles, que al fin, de miedo, convino en ir. Preparado ya por mí en el camino, apenas llegó resolvió favorablemente la competencia, ordenando al Tribunal la suspensión de la ejecución.

El Coronel Obejero hacia de Ministro de la Guerra interino (63). Lo busqué en su casa y después de inútiles diligencias, su sirviente me dijo donde lo podía hallar. Eran las dos de la mañana y a pesar del hielo, que coagulaba hasta el aliento, yo tenía fiebre, porque soy ardoroso en la ejecución de mis designios y mucho más cuando la vida de un hombre dependía de mis esfuerzos. Obejero me dijo que no podía resolver sin acuerdo del Presidente. Me acompañó al Palacio y cuando le informamos de lo que nos traía, se impacientó en extremo y después de mil lamentos a su suerte, le dijo:

—¡Haga Ud. lo que quiera!

—Señor, contestó Obejero, necesito una resolución suya bien explícita.

—Pues bien, dijo entonces el Presidente, oficie Ud. al Mayor General que suspenda la ejecución.

A las tres de la mañana estaba yo golpeando a la puerta de éste. Su criado me dijo que estaba en casa, pero cuando fué a avisarle mi visita, se negó, haciéndole decir que en aquella noche aun no se había recogido. Bajé entonces del caballo y como me cerraran la puerta, empecé a darle fuertes golpes con una piedra, hasta que sentí gran bullicio en el patio. Al día siguiente supe que el Coronel Elizalde, armado de sus pistolas, se disponía a castigar mi exigencia, pero que su esposa y una de sus hijas lo contenían. No estaba yo menos irritado que él y la fiebre me devoraba. Don José Romero, antiguo Mayor de los Infantes de la Patria, que se ha consagrado a asistir a los desvalidos en las prisiones, me acompañó toda aquella noche, y mientras yo fui a casa a tomar alguna cosa que mitigase mi dolor, lo dejé de guardián de aquel hombre duro.

(63) El coronel don Tomás Obejero, español de nacimiento, era Subsecretario u Oficial Mayor del Ministerio de la Guerra y desempeñaba accidentalmente el cargo de Ministro por enfermedad del titular, el general Borgoño.

Media hora después estaba ya en mi puesto. Vino el día y las cajas de los cuarteles tocaban ya marcha al lugar de la ejecución. Don Nicolás Martínez, que era amigo de Elizalde, fué a golpear la puerta de su cuarto luego que se abrió la casa, y conociendo su voz se levantó a abrirle. Al momento le puse el pliego en sus manos y se enfureció. Hubo un altercado sostenido y palabras fuertes de una y otra parte. Creyó vengarse de mí, diciéndome:

—Luego verá Ud. al fusilado.

—Tal crimen no quedará impune, le repuse, y verá Ud. que hay justicia en la tierra y que yo la haré respetar.

Puse a los circunstantes por testigos de haber entregado el pliego y me fuí. Gutiérrez tenía un hermano que había sido mi maestro de primeras letras y que llegó despavorido a avisarme que la muerte era inevitable, que los Hermanos de la Caridad habían ya llegado a la cárcel y que el piquete que debía tirarle también estaba allí. Fui al Palacio y no pude hablar con el Presidente que, influido por Elizalde, pretendía volver sobre sus pasos. Pero había de por medio dos tribunales superiores y un Consejo de Ministros fué llamado para resolver la cuestión. Volvió entretanto su pobre hermano, casi exámine, para decirme que ya se lo llevaban. Con el Mayor Coó, Edecán del Presidente, le mandé decir lo que pasaba y que protestaba solemnemente por la violencia que se hacía. Entretanto, volé a la cárcel y vi a aquel pobre hombre, revestido de un hábito mortuorio, rodeado de sacerdotes, la cara livida y sudorosa, su voz apagada moría en sus labios, su mirada era torva y espantada. El oficial que lo conducía apoyado en su espada, lloraba. ¿Es ésta la ilustración de las modernas sociedades? ¿Dónde están los derechos del hombre para quitar la vida a sus semejantes? ¿Han podido éstos disponer de su existencia en esas convenciones sociales de donde brotan tantos horrores y usos tan bárbaros? ¡Ah! Yo los colocara ante aquella escena de dolor y muerte y ante aquel aparato, y si no eran tigres, llorarían sobre los defectos de nuestra sociabilidad.

Llegó el Mayor Coó y me comunicó la orden de suspensión hasta las tres de la tarde, pero con reserva para no producir una crisis violenta en aquel desgraciado. Ya lo habían sacado al primer patio y el funesto carro lo aguardaba. La muchedumbre, ansiosa, esperaba recorrer la vista sobre aquella triste víctima, cuando acercándome no hallé otra cosa que decirle que de si había comido y me contestó que sí, que además había bebido un poco de vino.

—¿Sabe Ud., añadí, que tengo mis lejanas esperanzas...?

Su mirada penetrante creyó leer en el fondo de mi alma y como me vió triste, dijo:

—¡No es posible!

Insistí y tomando un tono más firme, le protesté que aquellas esperanzas eran casi seguras. Sus ojos, entre espantados y risueños, se me fijaron y me recorrían con vivacidad, como queriendo arrancarme mi secreto. Pedí entonces al mayor de plaza que comunicara la orden a Gutiérrez, lo que causó universal aclamación y alegría. Yo creí ya salvada aquella víctima y sintiéndome desfallecer, pues no había comido en dos días, me fui a casa a dormir. Mi sueño fué un delirio y a las tres estaba ya cerca de aquel desgraciado, consolándole con la noticia de que la Corte Marcial había triunfado y que su vida estaba segura.

Pocos acontecimientos han dejado en mí tan fuertes y tan dulces impresiones. Lo recordaré siempre, porque el galardón de mis afanes fué la vida de un hombre y la vida de un hombre es para mí el rescate ante Dios de otras muchas faltas que pueda yo cometer.

Mi apelación envolvió a 36 infelices más, condenados a deportación por diez años. Muchos fueron libres y otros quedaron con penas insignificantes. Al entrar a la cárcel, se leía mi nombre, por la mano de un pintor, que resaltaba en medio de las demostraciones de gratitud en aquellas melancólicas murallas. Recibí los más sinceros y tiernos abrazos de aquellos infelices, que poco después, estando mi padre en el Gobierno, quedaron definitivamente libres, gracias a mis solicitudes.

XXXIII

El General Francisco Antonio Pinto. — Sus errores y su debilidad. — La Constitución de 1828. — Los propósitos de todos. — Francisco Ramón Vicuña a la primera Magistratura. — Don Francisco Ruiz Tagle. — Los o'higinistas. — El partido liberal. — Don Joaquín Vicuña Larrain. — La realidad de los liberales. — Carácter de Francisco Ramón Vicuña.

El General Pinto se había engolfado en un piélagos de errores, en que más parte tenía su debilidad que sus convicciones y razón. Había herido al General Freire con procedimientos poco dignos, por ostentar independencia y borrar los deberes de gratitud que debían unirlo. Realizaba apoteósicas honras nacionales a los tres hermanos Carrera y daba el mando del ejército a don Joaquín Prieto, criatura e instrumento del General O'Higgins. Recomenda-

ba en las provincias como candidato a don Francisco Ruiz Tagle y sabía que era dirigido por Gandarillas, Benavente y todos sus enemigos. Daba todos los empleos a los que conspiraban contra él y éstos dominaban en la Hacienda, los Tribunales y aun en el mando de las provincias. Concedía a sus enemigos cuanto solicitaban en negociaciones y gracias que dependían del Gobierno y gobernaba con los liberales anulados por su falta de poder material y cercanos a la miseria. Todos los extremos en que el miedo está de un lado y las profundas convicciones del otro, se tocaban allí, y la República era la que debía sufrir los resultados de tanta inconsecuencia y debilidad.

El General Pinto quiso retirarse para mirar de lejos la tempestad que él había formado y que no podía dejar de tener efecto después que la autoridad había pasado íntegra a las manos de los conspiradores. La Constitución tan aplaudida de 828, tan generalmente aceptada, aun por los mismos que habían atacado y hecho el ridículo del Congreso que la formó, era otra arma poderosa para arruinar nuestras libertades. Las extensas garantías que el ciudadano tenía en ella, eran el Paladium, a cuya sombra se iban a fraguar impunemente las tempestades. Los partidarios del Rey de España tenían ya a su vista la venganza por su pasada nulidad; los otros, la perspectiva de la dominación y la humillación de sus enemigos; otros, los empleos y honores, y el mayor número el agiotaje de las negociaciones públicas, los contrabandos, la creación de nuevas deudas, el sistema de corrupción, en una palabra, todo lo que hemos visto desarrollarse en el término de 23 años.

Tal era la situación política de la República cuando mi padre, como Presidente del Senado (64), fué llamado al Poder Supremo, mientras se hacía la elección constitucional del Presidente. Los que amaban la libertad no sabían adonde tender los ojos a la vista del carácter versátil, tímido e irresoluto del General Pinto. Se creía generalmente que, convencido él mismo de sus faltas, no aceptaría la Presidencia y que ocuparía aquel puesto el Vicepresidente (65). Ruiz Tagle, aunque en apariencia ligado a la causa

(64) Francisco Ramón Vicuña era Presidente de la llamada Comisión Permanente o Junta del Congreso. El 14 de julio de 1829 don Francisco Antonio Pinto, que desempeñaba la Vicepresidencia de la República desde el 5 de mayo de 1827, comunicó a esa Comisión que el estado precario de su salud le obligaba a resignar el mando y que, conforme a la Constitución, entrara a reemplazarlo el señor Vicuña.

(65) En la elección para electores de Presidente, verificada los días 15 y 16 de mayo, obtuvieron mejor situación —aunque no la mayoría requie-

de la libertad, era un aristócrata lleno de la importancia colonial que había establecido un verdadero feudalismo. Como Ministro de Hacienda y amigo de Pinto, aspiraba al poder y contaba con la influencia que le daba el mando del ejército en manos del General Prieto, que él podía llamar creatura suya, desde que con su influencia lo había levantado de la mayor humillación. Los amigos de O'Higgins, sin contar demasiado con Ruiz Tagle, que creían dominado ocultamente por Benavente y Gandarillas, sus implacables enemigos, pensaban en el General Prieto como el instrumento más adecuado a sus miras. El partido liberal, sin penetrar a fondo lo que pasaba, tenía la intuición de todo, bien sea por los antecedentes de los pretendientes o por la calidad de sus amistades y relaciones. Pinto se hizo para todos un instrumento pasivo, cuyo nombre tomaba cada uno en el sentido de su conveniencia. Todos parecían convenidos en darle los honores de la Presidencia y disputarle el poder, lo que se ve en el ansia de alcanzar la Vicepresidencia.

Los liberales, bien sea por la influencia del poder que ejercía mi padre o por los servicios y noble carácter de un tío mío (66), pusieron en él sus esperanzas para la Vicepresidencia, aunque sabían que Pinto escribía a las provincias interesándose por Ruiz Tagle. Así creían asegurar ellos el poder en sus manos, no dudando que Pinto era un iluso, cuando en realidad el miedo y debilidad eran el único móvil de cuanto hacía. El poder de los liberales no era más que la influencia de la opinión; pero, sin empleos, sin armas, sin rentas y sin la autoridad del hombre cuya política impulsaba los principios que habían proclamado, se hallaban también en el camino de la revolución para reorganizar y reconstruir su autoridad. El edificio político reposaba, no obstante, en ellos y su revolución sería pacífica y legal, para anular la conspiración de tantos hombres complotados contra la libertad y principios establecidos, tanto más temibles cuanto la administración de Hacienda, los Tribunales y el ejército estaban plagados de ellos. Pero mi padre no era el hombre que realizaría este pensamiento. Su efímero poder, que duraría pocos meses (67), sus hábitos pacíficos y su falta de energía para llevar a efecto estos sacudimientos

rida— los candidatos Francisco Antonio Pinto y Joaquín Vicuña Larraín. Este último pasó a ser el candidato de los liberales desde que descubrieron las simpatías peluconas de don Francisco Ruiz Tagle.

(66) Don Joaquín Vicuña Larraín.

(67) Don Francisco Ramón Vicuña Larraín fué Presidente accidental de la República desde el 14 de julio al 7 de diciembre de 1829.

que requerían de más tiempo y una firme resolución, traían esa postración que existe en los presentimientos antes que los hechos.

XXXIV

La atracción de la política. — Los grandes ejemplos de la infancia. — Hombres ilustres de Plutarco. — Los gobiernos despóticos y la libertad. — El ejemplo de la democracia norteamericana.

Yo tenía necesidad de emociones para vivir; la actividad de mi alma rebosaba fuera de mí y éstos son los impulsos que me arrastraban a la política. Quizá había en mi corazón un más poderoso estímulo y es la idea de la justicia, mi sensibilidad por todo lo que es bello y noble y mi amor por la libertad. Me había alimentado con grandes ejemplos desde mis tiernos años. La historia antigua me era muy familiar; los hombres ilustres de Plutarco, mis favoritos. Había comparado las tempestades de los pueblos libres con la tranquila marcha de los gobiernos despóticos y en aquellas contiendas y agitaciones veía que la humanidad había ganado tanto como se había envilecido en éstos. La historia de los pueblos modernos me había presentado las mismas convicciones y veía que a la par que se encaminaban a la libertad, sus progresos en todo sentido se desarrollaban con la misma fuerza y energía. La historia de la América del Norte, su constante felicidad, su engrandecimiento, su poder y su gloria, eran el ejemplo donde reflejaban aquellas convicciones, donde el bello ideal de mis principios políticos iba siempre a remontarse en los diarios contrastes que combatían mis esperanzas. ¿Qué era, pues, lo que me agitaba? ¿Era un exceso de actividad mental o mi amor a la libertad lo que así me impulsaba fuera de mí mismo? Yo he tenido y tengo una apariencia tranquila y apacible, pero mi pensamiento es vehemente y activo. No podré decir si la educación ha puesto en mí este contraste.

Sea lo que fuere, la ambición no es mi pasión. Si alguna vez este pensamiento me ha asaltado, el diálogo de Pirro con su ministro, en que después de mil peligrosas batallas y glorias volvería a sus pacíficos hogares, es bastante para curar al más ambicioso.

.....

.....

XXXV

La ambición de una familia. — El Obispo don Manuel Vicuña Larraín. — La inconstancia de la fortuna. — Las virtudes cívicas son crímenes que se expían.

Mi padre, en la Suprema Magistratura y un tío mío en la expectativa de sucederlo, era bastante para satisfacer la ambición de una familia. Mi tío don Manuel, en aquellos mismos momentos, era también nombrado Obispo y Vicario Apostólico de la Santa Sede. Parecía que la fortuna se complacía en llenarnos de favores, para precipitarnos después en la nulidad y en una especie de proscripción política que dura ya 23 años y que, sin duda, no ha merecido mi familia ni por sus servicios, su amor a la libertad y su moderación. Se han temido en ella estas virtudes, sus relaciones tan extensas, y éste es el crimen que hemos expiado.

La pluma me lleva a sucesos recientes cuando aún tanto me queda que decir. Vuelvo, pues, a la época de que me ocupo.

XXXVI

El Congreso a Valparaíso. — La gran cuestión de la Vicepresidencia. — El temblor. — La sacristía de un convento era la Secretaría del Congreso. — Los Vicuña contemplan su casa en ruinas. — Vuelta a Santiago. — La tempestad se acerca.

El temor de las intrigas que en la capital se fraguaban, hizo citar a Valparaíso la reunión de la primera legislatura constitucional, donde mi padre tuvo que ir como Presidente a abrir las sesiones. Pocos días después, y como Diputado, le seguí, dejando a mi Carmen con los cuidados y atenciones de madre de familia, lo que la distraería en mi ausencia.

La gran cuestión de la Vicepresidencia iba a debatirse, pues, aunque la elección estaba hecha y se sabía el número de votos que cada uno había obtenido, no habiendo mayoría absoluta, unos decían que el Congreso tenía que elegir entre los dos que tenían mayoría relativa y otros, que debía elegir entre todos los que habían obtenido votos. Lo cierto era que la disposición era obscura en su redacción y yo, para salvar mi conciencia, a pesar que la elevación de mi tío estaba de por medio, voté en blanco. Mi tío, no obstante, fué declarado Vicepresidente.

Sobrevino un temblor en que mi vida estuvo en gran peligro. En la sacristía de Santo Domingo, que era la Secretaría del Con-

greso, estaba por comisión de la Cámara traduciendo del latín, con don Ventura Marín, las bulas de mi tío (68). Había llamado a Marín en mi auxilio, pues estaba yo casi olvidado de ese idioma. Cuando vino el remezón, estábamos en este trabajo y se desprendió del templo una enorme cornisa que hundió el techo de la pieza donde estábamos y que habíamos abandonado más ligero que el viento. Fui luego a ver a mi familia y hallé a mi padre, con mi madre y hermanas, en la calle y la casa en ruinas. Atravesada sobre mi cama estaba una enorme viga que se había desprendido del techo. Allí mismo resolvimos volver a Santiago.

Las sesiones continuaron algún tiempo, sin notable interés, esperando cada uno la tempestad que sabíamos preparada y veíamos venir.

XXXVII

Elector de Presidente. — Presidente de la Comisión de Beneficencia de la Asamblea Provincial de Santiago. — El miserable estado de los hospitales. — Manejos escandalosos. — Un miembro de la Asamblea gestiona un acuerdo. — La Contaduría Mayor era el pozo de los escándalos. — Errázuriz aplaude la integridad de Pedro Félix Vicuña.

Entretanto, habían sido tantos los empleos con que en este año me honraron, que apenas podía llenarlos. Después de los que he mencionado, fui elector de Presidente y di mi voto a Pinto y a mi tío, y poco más tarde miembro de la Asamblea Provincial y Presidente de su Comisión de Beneficencia (69). Siempre he dicho que un hombre tiene tiempo para todo cuando tiene buena voluntad y en muchas ocasiones de mi vida he podido patentizar esta verdad. Asistía constantemente a las sesiones de la Asamblea y en la Comisión que presidía tuve conocimiento del miserable estado de estos establecimientos y el desorden espantoso de sus rentas. Los visité personalmente y traté de poner pronto remedio a aquellos escandalosos manejos. Insistí en que se pasaran las cuentas de

(68) El 22 de octubre la Cámara de Diputados acordó dar el pase a las bulas que instituían Obispo *in partibus* a don Manuel Vicuña Larraín.

(69) Este capítulo, en realidad, está situado cronológicamente mal en el relato.

Pedro Félix Vicuña fué elegido miembro de la Asamblea Provincial de Santiago, en las elecciones del 5 de mayo de 1829, y luego, en las elecciones para electores de Presidente, alcanzó también este cargo.

los gastos y rentas de todos ellos. El que dirigía el hospital principal, viéndose apremiado, llevó las cuentas a mi padre, quien le dijo que su revisión correspondía a la Asamblea y que las pasase a ella. Resistió, diciendo que el Gobierno le había dado el cargo y que a nadie, sino a él, rendía sus cuentas. Sabedor de esto, exigí para el Director una fuerte multa y suspensión de su empleo.

Un Diputado, miembro de la misma Asamblea, se me presentó en la noche en mi casa, criticando fuertemente mi resolución y diciéndome que así yo asesinaría al virtuoso anciano que por humanidad servía aquel cargo. Le contesté que sólo cumplía con mi deber, que sabía que las cuentas estaban listas y que no sufriría se despreciase la autoridad de la Asamblea. Tomó entonces un tono de dulzura y seducción y me habló del mismo modo. Lo que se quería era que las cuentas fuesen a la Contaduría Mayor, abismo en que debían sepultarse eternamente. Cerrado por mí el camino, se acudió a un medio más expedito, cual era el de intrigar para que la Asamblea no se reuniese más, seduciendo a algunos de sus miembros para que, faltando a las sesiones, no hubiera número con que formar Sala. Sabían ellos muy bien que la tempestad estaba cercana y que reventaría de un día a otro. Tuve la satisfacción de saber que Errázuriz manifestó que jamás había visto tanta firmeza e integridad como la mía.

XXXVIII

La revolución. — Pinto duda de la efectividad de las noticias. — Pinto dimite. — Un plan maquiavélico. — El dolor de los parlamentarios. — La humillación de Pinto. — Secretos revelados.

Estalló al fin en el sur, la revolución capitaneada por el General Prieto y la Asamblea Provincial de Concepción y el bizarro documento con que se inició fué una acta en que se reconocía la legalidad de Pinto y se anulaba la elección de Vicepresidente que el Congreso había hecho, declarando, al mismo tiempo, que no obedecería al mismo Pinto (70). Mi padre me mandó a casa del General Pinto a darle cuenta de este suceso. No pareció sobresaltarse y me dijo aún que no lo creía, a pesar que le llevaba el ofi-

(70) Reunida la Asamblea Provincial de Concepción, el 4 de octubre de 1829, para tomar conocimiento de la elección de Presidente y Vicepresidente de la República hecha por el Congreso, acordó desconocerla y negar obediencia a todas las resoluciones de ese Cuerpo.

cio del General Benavente, Gobernador de Valparaíso, que avisaba que un buque con dos días de viaje traía aquella noticia.

—Es imposible, me dijo, que se atrevan a tal movimiento. No tienen 200 hombres y sólo cuentan con un batallón de infantería, mientras que el Gobierno puede mover tres batallones y doble caballería, sin contar las milicias y fuerzas que puede levantar.

Creí que el General Pinto tenía buen espíritu y que combatiría la revolución, a pesar de la incertidumbre y debilidad que antes había manifestado.

Llegó el momento en que como Presidente Constitucional tomó las riendas del Gobierno, pero luego hizo su dimisión ante el Congreso, que no le fué admitida (71). Reinaba en todos la confusión y la duda ante los sucesos que iban a sobrevenir, pero nadie podía calcular la comunicación que al día siguiente pasó Pinto a las Cámaras. Decía en ella que aceptaría el poder si el Congreso se disolvía y convocaba otro, pues en su concepto adolecía de alguna nulidad y era preciso calmar a los discolos y descontentos (72). Se pidió segunda lectura de aquella nota, pues nunca se comprendió en seguida lo que no se espera, y mucho menos lo que arruinaba la obra en que se habían cifrado tantas esperanzas y trabajada con tan patrióticos esfuerzos. Cuando ya nadie pudo dudar del contenido de aquella comunicación, fijé la vista en mis amigos y aquella sonrisa, que es la triste y funesta expresión del alma cuando un gran sufrimiento nos sobreviene, la tenían todos. Algunos tenían sus ojos humedecidos y por el rostro del Diputado Fernández corrían abundantes lágrimas que ningún esfuerzo podía contener. Dos clases de sensaciones nos embargaban: la una pertenecía exclusivamente a la patria y a la libertad, la otra al General Pinto, que se manchaba con aquel negro borrón con que veíamos

(71) "Dígase al general don Francisco Antonio Pinto que no ha lugar a su solicitud de 28 de setiembre último y que se apersona al Congreso mañana domingo, 18 del corriente, a las 12 del día, a recibirse del cargo de Presidente de la República".

(72) El 18 de octubre no concurrió Pinto a recibir el mando, sino que envió una nueva comunicación donde consideraba ilegales los primeros actos del Congreso. La respuesta fué que debía presentarse "sin excusa alguna", a las 5 de la tarde, a jurar su cargo.

Al día siguiente, a la 1 de la tarde, Pinto prestó el juramento de estilo, y luego, el 20 de octubre, presentó la comunicación a que se refiere el texto.

Rechazado el plan por el Congreso, Pinto renunció a la Presidencia. Don Francisco Ramón Vicuña, Presidente del Senado, recibió la Presidencia Provisional de la República el 2 de noviembre.

humillado a un jefe y perdida su reputación, mostrándose como un ingrato que despreciaba los esfuerzos hechos en su favor. En el momento que se leía en la Cámara aquella comunicación, era también repartida impresa por los revolucionarios a la numerosa barra que aquel día se había reunido, lo que supone que no sólo sabían con anterioridad los secretos del Gobierno, sino que en su seno tenían inteligencias que les obtenían copias de tan importantes piezas, aun antes de ser comunicadas oficialmente. En efecto, en la casa de campo del General Borgoño se habían hecho aquellos arreglos por Benavente, Gandarillas y otros caudillos de la revolución que intentaban por otros caminos anular a Prieto, en cuyo triunfo veían la influencia de O'Higgins.

XXXIX

Se pide a Francisco Ramón Vicuña que acepte la Presidencia Provisional de la República. — La condición. — Pedro Félix Vicuña encargado de convencer a Freire. — "General: usted será la primera víctima". — "Prieto es un incapaz". — "Apagaremos la guerra civil". — El suicidio de Barnard.

En la noche de aquel día gran número de ciudadanos fué a ver a mi padre para que aceptase el mando que por la ley le venía, pero se resistió constantemente diciendo que no tenía ni la edad ni las fuerzas que se necesitaban para la empresa de devolver la calma al país. Se le hizo ver que el General Freire era su amigo y su pariente; que separado Pinto del poder —con quien Freire tenía justos resentimientos— trabajaría en restablecer el orden y anular la revolución. Mi padre contestó que creía difícil romper los compromisos que Freire pudiera tener con los revolucionarios. Se me indicó, entonces, para que a su nombre fuera yo a hablarle al siguiente día, a lo que mi padre consintió.

Estaba el General Freire almorzando con mis primas Manuela y Mercedes Caldera y el marido de ésta, don Santiago Pérez. Sin perder mucho tiempo, le expuse mi misión, pero el General me dijo:

—¿Cómo cree Ud. posible que vaya yo a combatir a hombres que vienen con la Constitución en una mano y la espada en la otra?

—Extraño, señor, que el Capitán General y el que ha mandado la República por seis años, se exprese así. ¿Cuál será la suerte de los pueblos si a un General insurreccionado se le permite juzgar así a los Gobiernos? ¿Cuál es el pretexto de la revolución?

¿No es la elección del Vicepresidente? (73) ¿No ha renunciado éste y su renuncia no ha sido admitida? ¿Qué pretexto y qué razón se alega ahora? Sea yo mal intérprete de lo que pasa, mi General, pero tengo la convicción de que Ud. será la primera víctima de este trastorno, ya que no podrá ser el hombre que realice los planes de los revolucionarios.

Pareció algo tocado por mis palabras y me dijo:

—Estas son las consecuencias del poder y confianza que han puesto en un hombre como Pinto. Yo no me mezclaré jamás en asuntos en que él tenga parte.

—Ud. lo hizo Presidente, le contesté. Así le transmitió de este modo la confianza que en Ud. se tenía, pero ahora sus amigos han abierto los ojos. La comunicación de ayer lo ha perdido y hoy mismo se le va a admitir su renuncia.

Freire quedó vacilante y visiblemente afectado. Tomaba maquinalmente su taza de té y, para no perder el efecto que habían producido mis palabras, añadí:

—El llamado a triunfar en estos momentos es Prieto. El ha hecho la revolución militar y su premio será el poder.

—No lo crea, me respondió con viveza, es un incapaz y sin opinión.

—Pero un hombre así es el que ellos necesitan...

—Estoy seguro de quitarle su ejército con 25 cazadores, con sólo ponerme a las orillas del Maule.

—No lo crea, General. El ha comprometido a los jefes y oficiales de su división y el solo movimiento contra el Gobierno le ha granjeado el crédito de todos los enemigos de éste.

Le miraba la cara y observé que se le encendía. Su mujer me hacía señas, como para animarme, y lo mismo Pérez. Yo continué así:

—Prieto se vengará de Ud. por las humillaciones que le ha hecho sufrir. El pertenece a una facción que Ud. derribó.

—Bien lo merecía, dijo.

Luego se levantó, como para poner término a nuestro diálogo. Salió al patio, a pasearse al sol con la mayor agitación. Su mujer y Pérez aplaudieron mi firmeza y mi lenguaje, diciéndome que no cediera un punto y me sostuviera en cuanto había dicho.

(73) En la sesión del Senado del 26 de octubre, don Francisco Ramón Vicuña presentó a nombre de su hermano, don Joaquín, la renuncia de éste a la Vicepresidencia de la República. Don Joaquín se hallaba en Coquimbo, desempeñando la Intendencia de esa provincia.

Se acercó al fin a la ventana y apoyándose en la reja, me dijo:
—Diga Ud. a su padre que admita la Presidencia, que yo mandaré el ejército y apagaremos la guerra civil.

Estos eran los acentos de su corazón y las inspiraciones de su patriotismo. Yo volé a la Sala de Sesiones, donde Senadores y Diputados esperaban el resultado de mi gestión. Rebosaba de alegría y creí ya salvada la República. Al llegar vi en la calle gran concurrencia de pueblo que llevaba un cadáver. Pregunté quién era y me dijeron que del infeliz Barnard (74), que se había suicidado por el estado de sus negocios. El alma se me cubrió de luto y presentí en aquella trágica escena un pronóstico funesto de la suerte de la patria. Siempre he combatido estas preocupaciones, pero nuestra naturaleza es instintivamente arrastrada a la superstición.

XL

Vicuña jura. — Las primeras órdenes de Freire. — La reputación del General Freire. — Sensación en el campo revolucionario. — Una noche de perfidia. — La gran traición. — Junta de Guerra. — Las palabras de Tupper. — Freire se retira.

Luego que transmití la respuesta de Freire, se reunieron las dos Cámaras y se tomó el juramento de estilo a mi padre, que se fué al Palacio pocos instantes después. Mandó llamar al General Freire, que le expresó toda la efusión de su patriotismo, y mi padre le dijo que se considerara propiamente el Presidente, que él no iba a obrar sino como su antiguo Ministro, y que diera las órdenes oportunas. Al instante se fué al Ministerio, y a Muñoz Bezanilla, el Subsecretario, le hizo poner algunos oficios llamando al batallón Chacabuco y al regimiento de Cazadores, y tomando algunas otras oportunas providencias, nos dejó lleno de las dulces ilusiones y con la esperanza casi cierta de que la República no sufriría el contraste de que estaba amenazada por la revolución del sur.

En aquel tiempo había llegado la reputación y opinión del General Freire a su mayor altura y apogeo; ningún chileno había alcanzado hasta aquel punto y seguramente lo merecía por la moderación de su carácter y su grande patriotismo. La sensación que causó en los revolucionarios su repentina mudanza fué la de un rayo cuyos estragos nos espantan. Se miraban aturdidos; pero

(74) Don Juan Diego Barnard, notable comerciante irlandés, que prestó útiles servicios a Chile.

sus antiguos Ministros, Benavente y Gandarillas, que conocían su candor y su falta de voluntad para obrar por sí mismo, se asociaron a don José Antonio Rodríguez Aldea, el mayor enemigo que Freire tenía, y le dieron aquella noche uno de los más bruscos asaltos en que la vileza, la mentira y la perfidia no escasearon (75). Freire se mantuvo firme y después de un combate sostenido, le decidió a admitir una de las muchas propuestas que le hicieron, la especie de que estaba bajo las inmediatas órdenes de Muñoz Besanilla, que hacía las veces de Ministro. Freire les contestó que era él quien mandaba, pero ellos adujeron que desaparecido el peligro iba a pagar muy caro esta voluntariedad suya de ahora, porque nosotros, los que le habíamos pedido con tanta insistencia su concurso, éramos sus peores enemigos y así resultaría trabajando por quienes le aborrecían. Le enseñaron también una carta, cierta o falsa, en que Prieto decía a Rodríguez no hiciera más que lo que Freire dijera.

El plan admitido por Freire fué uno de aquéllos de estudiada malicia, digno de esos tres personajes, y se reducía a una especie de dictadura en que sin Constitución, sin Cámaras ni estorbo alguno, mandara mi padre dos años la República. Aceptado este plan por mi padre y disuelto el Congreso, el General Prieto quedaría sometido. Con este mismo cebo habían lisonjeado a Pinto y puesto sobre su reputación la nota más denigrante. El General Freire fué al siguiente día a ver a mi padre para proponerle este plan, pero fué rechazada con indignación tan degradante seducción. Mi padre le dijo que ningún interés personal le había llevado a ese cargo, sino el deseo de salvar a la República de los horrores de la guerra civil, y que sin la palabra dada por Freire de acompañarlo, nunca lo habría aceptado. Le explicó en seguida que lo que buscaban los promotores de aquel plan era un trastorno general y hacer aparecer a ambos como poniendo las manos en esa obra inicua para anularlos y hundirlos después. El General Freire pidió entonces una Junta de Guerra de los jefes del ejército y mi padre accedió.

Reunióse aquella Junta, a la que mi padre expuso la situación de la República y que el Capitán General le había indicado aquella medida para evitar la guerra civil que amenazaba. El menos antiguo era el Coronel Tupper, una de aquellas figuras atléticas y

(75) Es interesante consultar a este respecto la larga carta que don José Antonio Rodríguez Aldea escribió a O'Higgins en 1831, con el título "Suscinta idea de lo que ha ocurrido en Chile" y que publicó don Benjamín Vicuña Mackenna en el apéndice de "Don Diego Portales".

hermosas, que nos recuerdan los héroes de Homero, que sin vacilar, dijo que los deberes políticos de un militar descansaban en las autoridades legales que el mismo pueblo se había dado y ellos aceptado, que no tenían planes ni propuestas que hacer, sino marchar donde el Gobierno los mandase y combatir en cualquiera parte la anarquía y el desorden. El General Freire se apropió este discurso, creyó oír una reconvención por boca de aquel guerrero y tomando su sombrero y diciendo que se le había ofendido, salió de la sala. Desde luego, la Junta de Guerra nada hizo y algunos discursos aislados que siguieron, probaron sólo la situación alarmante de los negocios públicos.

XLI

Vicuña queda solo. — Una poblada en el Consulado. — Nuevas traiciones. — El cura Meneses. — El Palacio invadido. — Vicuña resiste el tumulto. — "Sólo a la nación entregaré el poder que las leyes pusieron en mis manos". — Freire se presenta de gran uniforme. — La Junta Gubernativa. — El robo de la banda presidencial. — "Has cumplido con tu deber; ven a descansar entre los tuyos".

Mi padre, abandonado por el jefe que le había hecho aceptar el poder, determinó resistir hasta donde sus fuerzas lo ayudasen. Declaró las provincias reveladas en estado de asamblea y también a la de Santiago, pero los desastres principiaron con alarmante rapidez. Un escuadrón de Cazadores, que mandaba el Coronel Urquiza en San Fernando (76), fué seducido para la revolución por un clérigo Cardoso; el Comandante Baquedano (77), con el pretexto de salir a ejercicios con el suyo, abandonó Santiago y se encaminó al sur. Animados con estas ventajas, los revolucionarios principiaron a obrar más abiertamente y organizaron sus planes para un golpe decisivo.

Algunos pocos, en la Sala del Consulado, se habían reunido con el objeto de hacer una de aquellas antiguas pobladas que más explicaban la bondad de los Gobiernos que las toleraban, que la tiranía contra la que iban a declamar y armarse (78). Mi padre

(76) El Comandante Urquiza fué apresado en su cama por los sublevados.

(77) Don Fernando Baquedano, comandante de un escuadrón de Cazadores a caballo.

(78) Asamblea popular del 7 de noviembre.

(79) Don Pedro José Prado Montaner.

mandó al Intendente Prado (79) despejara aquella Sala, haciéndole responsable de la tranquilidad pública. El Intendente se presentó allí, pero hubo discusiones y, según se dijo entonces, ciertos arreglos privados. El Gobernador local, don Antonio Vidal, vino más tarde al Consulado con el mismo objeto y entonces ya hubo convenios explícitos, a lo que se dijo, pues se retiró a la plaza con 100 gendarmes, donde sólo estuvo pocos minutos, encaminándose con la tropa a la Chimba, para dar lugar a que unos 30 hombres decentes, que eran los reunidos, y los demás niños y pueblo, hasta completar unos 300, asaltaren el Palacio (80).

Salió al fin aquella expedición revolucionaria con el clérigo Meneses (81) a la cabeza, el mismo Meneses que fué asesor de Marcó en los días de opresión y cadalso para Chile, y se encaminó al Palacio. Sólo doce milicianos componían la guardia y cuatro o cinco de ellos, con el oficial Arce, se armaron para resistir aquel asalto, pero apresados sus compañeros y sin municiones, tuvieron que ceder al número. El Palacio fué invadido y cuando yo llegué, los más entusiastas se paseaban por la sala de gobierno con los fusiles, trofeos de su victoria, y gritando bravatas insensatas en un pandemonium que apenas se entendía. Mi padre, con el Ministro de la Guerra, Coronel Cotapos (82), se había sentado en su asiento como un antiguo romano. Estaba silencioso y nadie le decía nada en aquella orgía revolucionaria. Don Fernando Errázuriz, muy conocido por su carácter y antecedentes, le intimó a nombre del pueblo la dimisión de su autoridad, y mi padre le contestó que sólo a la nación podía entregar aquel poder que las leyes habían puesto en sus manos. No pudiendo obtener sus pretensiones, una multitud de furiosos se acercó a la mesa, calculando amedrentarlo con amenazas y gritos; pero mi padre, mostrándoles el pecho para recibir sus balas, les anunció que nada en la tierra le haría cometer una acción indigna y que no sacrificaría al miedo el cumplimiento de su deber.

Don José María Guzmán, tomándome del brazo, quiso sacarme de la sala, diciéndome que estuviera tranquilo por mi padre, que nada le sucedería. A este señor le he debido siempre un particular afecto; pero esta vez, tomando una pistola que llevaba en el bolsillo, le contesté en voz alta y delante de todos:

(80) La relación que hace Barros Arana de estos sucesos está tomada de don Manuel José Gandarillas.

(81) El Presbítero don Juan Francisco Meneses.

(82) Don José Antonio Pérez de Cotapos.

—¡Esta será la mejor garantía!

La agitación iba en tanto calmando y oí decir que el General Freire había mandado avisar que luego estaría en la sala. Esto había producido la calma y vi claramente que se renovaría el tumulto con mayor fuerza cuando Freire llegase. Tomando entonces una silla que había por delante, dije a mi padre que saliera y nos fuéramos a la secretaría, y él me siguió. Para evitar un ultraje, puse llave a la puerta y nos pusimos a comentar alegremente la borrasca sobrevenida con algunos amigos que habían llegado, entre ellos don Carlos Rodríguez, que había sacado una pistola y principiado un discurso a los revolucionarios, hasta que mi padre lo hizo silenciar y que entrase a la secretaría. Una gritería de aplausos y vivas nos anunció la llegada de Freire (83), de gran uniforme. Al llegar a la sala, el clérigo Meneses y don Agustín Larrain, de formas atléticas, lo llevaron en bolandas y lo sentaron en la silla, cuyos dos brazos se rompieron. El clérigo le dirigió un discurso sobre la gloria que le había de haberlo elevado al puesto que por tantos motivos él sólo debía ocupar y al que la opinión lo llamaba.

El General, que tenía patriotismo y que conocía a los actores de aquel drama, se sonrojó y dijo que aquél era un tumulto que no podía establecer autoridad alguna; que él aceptaba el poder para libertar la República de mayores males. Luego le asociaron a don Juan Agustín Alcalde y a Ruiz Tagle y así quedó improvisado un Gobierno.

Cuando acabé de presenciar la exaltación de aquella Junta, institución en que comúnmente se procura representar las facciones que componen un partido, eligiendo un miembro de cada una de ellas, lo que más tarde trae la anarquía, fui a dar cuenta a mi padre. Con este último acto del drama había vuelto la tranquilidad y le dije que podíamos irnos. Pocos momentos antes se había desprendido ya de sus insignias, guardando yo dentro de mi sombrero una linda banda que había costado 18 onzas de oro, la que me robaron diestramente los revolucionarios e iría probablemente a engalanar al próximo Presidente. Salimos por la Secretaría de Guerra, donde había una doble guardia de populacho. Nadie nos hizo la menor ofensa ni dijo una palabra; por el contrario, la atención y el respeto que el acrisolado patriotismo y virtud de mi padre inspiraban, se hizo allí conocer. Encontramos a mi madre rebosando de con-

(83) Don Diego Antonio Barros se encargó de ir a buscar al general Freire.

tento, pues siendo la más modesta de cuantas mujeres he conocido, los honores y empleos en su familia le causaban el mayor pesar.

—Ya has cumplido con tu deber, dijo a mi padre; en tu casa y en tu familia hallarás ahora goces y tranquilidad y cuanto hace la felicidad de un hombre.

Mi padre parecía también contento: cuando en estas crisis se salva el honor, queda una satisfacción interior.

XLII

Un olvido. — El escuadrón leal. — La contrarrevolución. — El ejército repone al Gobierno destituido. — Más traiciones. — Necesidad de energía. — El Coronel Viel. — Amenaza de secuestro del Presidente de la República.

En medio de aquella conflagración ni yo ni nadie recordó que en San Pablo estaba acuartelado el escuadrón de Húsares, que habría deshecho aquel motín, porque el Mayor Jofré (84) era un jefe de confianza que ciegamente habría obedecido la orden que se le comunicase. Una hora después estaba Jofré en casa con una orden del General Freire que él no obedecía si mi padre no lo ordenaba, pues a él era el único a quien reconocía como jefe. Mi padre contestó que él era ya un cero y que obrase como creyese más justo. Jofré se metió en su cuartel y la reacción principió desde luego.

El Intendente Prado exigió el reconocimiento de su autoridad, que los que estaban reunidos en el Consulado el día antes le habían ofrecido, pero que la Junta se negó a aceptar. Prado, sabiendo la disposición de los Húsares y contando con los gendarmes que Vidal había neutralizado el día anterior, citó a la Asamblea a una sesión. Yo fui uno de los primeros en reunirme y la Junta fué desconocida y anulada por este cuerpo. Se dieron órdenes a la guardia cívica y se reunió una fuerza considerable. El ejército que estaba en Tango, a 8 leguas de la capital, donde lo había mandado mi padre, quedó inerte; pero mi hermano Ignacio, que fué allá en la tarde, contó lo sucedido. Hicieron los jefes una Junta de Guerra y a la una de la noche llegaron los tres batallones y la artillería a Santiago, que serian en todo, 1,100 hombres, y proclamaron la legalidad del Gobierno de mi padre.

(84) Don José Erasmo Jofré

Desde el día anterior, la Junta no tenía un piquete de tropa con qué publicar un bando para hacerse reconocer y se retiraron sus miembros con el dolor de la vergüenza y el remordimiento. Lo sensible era que la reputación de un hombre como Freire sufriera aquellos golpes; ella habría servido para levantar el patriotismo, porque era verdaderamente un patriota, y cuando lo vino a intentar, ya estaba perdido.

Mi padre, junto con la Asamblea y todos los cuerpos constituidos, fueron reinstalados por el ejército, y se preparaba a la defensa cuando le empezaron a llegar avisos de una nueva defección y de conspiraciones que sin duda habría podido ahogar; pero, como ya he dicho, no era él el hombre que pudiera salvar al país. Le dije que si no tomaba presos a los jefes de la revolución, principiando por el General Freire, más valdría ceder; que la situación en que se hallaba colocado necesitaba energía y resolución, y que todas las medidas paliativas y a medias no servían para vencer el mal sino que producían el efecto opuesto. Mi padre me contestó que los muchachos como yo no veían las cosas ni los sucesos sino por un lado y que a su edad venían a verse todas las fases de ellos; que medidas violentas no traerían sino reacciones más fuertes; que con la impunidad y la moderación procuraba evitar males mayores, no dudando que se cansarían al ver la inutilidad de sus esfuerzos o que se dividirían, lo que estimaba muy posible en una reunión de revolucionarios tan heterogénea. Yo insistí, pero viendo que mi padre iba a incomodarse, guardé silencio.

El Coronel Viel, jefe del ejército, veía a Freire, a Alcalde y a Ruiz Tagle, les hacía propuestas de paz y de acomodo y venía donde mi padre con la misma idea, aunque disfrazada por el deber de la disciplina. Era uno de esos hombres débiles que sólo en medio del combate muestran energía; su carácter inconsistente le arrastraba en todas direcciones y su pasión favorita eran las transacciones, con que ha labrado sus desgracias y hecho verdaderos males al país. Mi padre tuvo aviso de estas conferencias y aun cuando nunca temió una traición de Viel, en su conducta vió los síntomas de esa flojedad que en las crisis pierde a los gobiernos. Pocas noches después tuvo aviso de que iban a apoderarse de su persona que, siempre indefensa, era fácil presa. Yo pedí una guardia que se puso en mi casa y donde vino mi padre para evitar los sustos y alarmas de mi madre.

XLIII

Una conversación íntima. — El choclón en la fonda de Rengifo. — El Presidente de la República se traslada a Valparaíso. — La traición del Ministro de Hacienda. — El ejército se pone a las órdenes de Freire. — Freire es vilmente engañado. — El ejército rechaza a Freire. — Blanco insta a Freire a faltar a su honor. — La indigna actitud de Freire reprochada por Tupper. — La muchedumbre amenaza a la tropa.

Eran las once de la noche, la luna estaba hermosa y nos paseábamos con mi padre en el patio de casa, conversando sobre la falta de seguridad y la poca fe que él tenía en cuanto lo rodeaba, cuando llegó un amigo a decirnos que en la Cañada, frente a la fonda de Rengifo, se reunía mucho pueblo, a quien se repartía licor y que a las tres de la mañana el Coronel Argüelles sacaría la artillería para apoyar una insurrección popular. Se tomó la providencia de suspender al Coronel a aquella misma hora, entregando el cuartel al Mayor Icarte, en cuyos pasos estuve yo muy diligente. Viendo la vacilación de mi padre, le propuse se fuera a Valparaíso con algunos de sus Ministros, menos el de Hacienda, que sabíamos estaba en inteligencia con los revolucionarios. Aceptó la idea y mandó llamar al Ministro Cotapos y al Subsecretario don Melchor Ramos, joven de gran capacidad y de mayores esperanzas, que murió después en la persecución. Desde la medianoche trabajamos hasta las cinco de la mañana, impartiendo órdenes y circulares, y a esa hora el Coronel Cotapos, Ramos y mi hermano Ignacio, en dos birlochos, salieron para Valparaíso acompañando a mi padre (85).

Temprano estuvo el Coronel Viel en casa y le di las órdenes que para él me habían dejado, manifestándole las razones que habían obligado a tomar aquella medida, calculándose que de Valparaíso se podría atender a todas las necesidades de la República. Me pidió unos fondos que mi padre decía entregaría el Ministro de Hacienda, a quien llevé la orden. Este, que era pariente y amigo de mi padre, se puso a llorar, pero calmándose luego me dijo que no entregaría un centavo para continuar los alborotos. Con su negativa, Viel condujo a la plaza todos los cuerpos y hubo allí una Junta de Guerra en que determinaron ponerse a las órdenes del jefe

(85) El Ministro de Hacienda, don Pedro José Prado, quedó en Santiago por algunos días. El Ministro del Interior, don José Nicolás de la Cerda, era ya anciano, no atendía el Ministerio y dejaba toda la tarea al Subsecretario Ramos. De la Cerda permaneció en Santiago.

más antiguo, que era el General Freire, sin duda hasta que se organizase otro Gobierno, o bien, dejando así a los pueblos la contienda política esperaban ver qué resultaba de la agitación con que se combatían los partidos (86).

La revolución había terminado felizmente en aquel momento —al menos no había aún una sola desgracia que lamentar— pero los consejeros del General Freire, empeñados en la idea de despopularizarlo y triunfar de todo estorbo, no siendo el menor la reputación y moderación de este jefe, le aconsejaron que al instante diera una orden a la tropa para que reconociera aquella Junta como un poder supremo y nacional, olvidándose que él había derribado una igual autoridad que el pueblo de una ciudad no podía, sin duda, tener sobre una nación entera. El General Freire no tenía la capacidad que su posición reclamaba y amigos pérfidos lo encaminaban paso a paso a su ruina, haciéndolo su instrumento en una de aquellas revoluciones sangrientas, único medio de sobreponerse a la opinión nacional que les era contraria.

El ejército entero rechazó con indignación una orden que hería su carácter y lo humillaba ante un poder que poco antes había derribado, reinstalando al Gobierno nacional que presidía mi padre. La repulsa condujo a los revolucionarios a dar otro paso, en que había más aturdimiento, y fué el que propuso el General Blanco que instó a Freire a ir a los cuarteles, donde su presencia haría levantar la tropa contra sus jefes, ofreciéndose para acompañarlo. Salió el General con todas sus insignias, entró al cuartel de San Agustín (87) y mandó tocar reunión a la tropa que sin jefes y oficiales obedecía. El Coronel Tupper llegó en aquellos momentos, en un mal caballo, y dirigiéndose al General Freire, le dijo que aquella actitud era indigna de su reputación y luego, levantando la voz, preguntó a la tropa si lo reconocían como a su jefe. Una aclamación general le respondió en toda la línea y entonces, volviéndose al General, le ordenó salir. Freire no tuvo más remedio que volver el caballo, saliendo con desaire del cuartel y solo, pues el prudente General Blanco le había dejado antes de entrar (88).

(86) El acuerdo fué: "Entregar el mando de la fuerza armada al Excmo. señor Capitán General del Ejército don Ramón Freire, como el jefe nato de mayor grado y no como Presidente de la Junta Gubernativa".

(87) En el convento de San Agustín estaban acuartelados los batallones Chacabuco y Puñeto.

(88) Sin variaciones apreciables ha referido Tupper estos hechos en su correspondencia familiar.

Aquella intentona iba apoyada por unos seis mil hombres de pueblo que, viendo la derrota del General, quisieron cargar sobre el cuartel. Tupper sacó una compañía y la mandó preparar para romper el fuego. Volviéndose Freire entonces y señalando su pecho, dijo se disparase a él y no al pueblo.

XLIV

El ejército a las órdenes de Lastra reconoce otra vez al Gobierno. — Bulnes llega a las inmediaciones de Santiago. — Imposibilidad de atacarlo. — El refuerzo de Valparaíso se entrega a los revolucionarios. — Las traiciones del General Benavente. — Benavente pide clemencia.

El General don Francisco de la Lastra fué nombrado jefe del ejército y reconocido de nuevo el Gobierno, contra el cual en ningún sentido había obrado la tropa, si no es poniéndose a las órdenes de Freire, que era el jefe ostensible de los revolucionarios de Santiago y que, desprestigiado ahora, era impotente para hacer nada en favor de la revolución.

En estos momentos llegó a las inmediaciones de Santiago el Coronel Bulnes, con dos regimientos de caballería, arma que no podía el Gobierno contrarrestar, pues sólo contaba con un escuadrón y otro se estaba improvisando, lo que siempre haría la mitad. Bulnes iba así a enseñorearse de los alrededores sin que se le pudiera atacar con la infantería. Una brigada de artillería que traía el Comandante Amunátegui de Valparaíso (89) fué asaltada por la caballería en la Cuesta de Lo Prado. Amunátegui bien pudo defenderse; pero, entrando en mensajes, los soldados, que vieron su incertidumbre, cedieron a los ofrecimientos que les hicieron los revolucionarios y lo abandonaron. El ejército que marchaba a defender la artillería, supo el desenlace antes de llegar, y se volvió a la capital.

En Valparaíso, el General Benavente (90) era el oculto motor de la revolución, en medio de mil protestas a mi padre. Por su influjo se levantó el bergantín "Aguiles", que fué traído después de un ligero combate por la fragata "Thetis" (91), en que murie-

(89) El Coronel don Gregorio Amunátegui que, cayendo en una emboscada, se resistió a plegarse a los revolucionarios y logró obtener que se reconociera derecho a capitular. La capitulación fué acordada otorgándosele el privilegio de adoptar él y su tropa el partido que les acomodase. Amunátegui, con la oficialidad y 31 soldados, se negaron a seguir a los revolucionarios.

(90) El General don José María Benavente.

(91) Fragata de guerra de S. M. Británica: Comandante A. B. Birgham.

ron siete hombres. Mi padre y mi hermano Ignacio se hallaron en él. Creyendo que mi padre haría fusilar a los autores, poco menos que muerto vino a pedir por su vida e interponer la mediación del Capitán Birgham, que había detenido el buque insurreccionado. El General Benavente obraba en combinación con el Comandante Silva (92), que tenía con Garrido (93) —español pasado— una guerrilla de 70 hombres, y se dijo entonces que de noche había ido a convenir con ellos los ataques que habían de hacer a la plaza que él mandaba. Quizás esto no fueran más que rumores, pero su inteligencia con los revolucionarios estaba tan descubierta, que él mismo se retiró, sucediéndole el Coronel Picarte, militar valiente y de honor.

XLV

La batalla de Ochagavía. — Las fuerzas contendientes. — Derrota de los revolucionarios. — Lastra acepta una tregua. — La traición en marcha. — Enérgica actitud de Tupper. — Prieto vuelve sobre sus pasos. — Don Manuel Rengifo refiere los entretelones de una maniobra. — Rodríguez Aldea. — "Diga a Prieto que no sea tonto, que se deje guiar". — "Mañana rompo mi espada y me retiro a la vida privada". — Resumen trágico de la jornada.

En Santiago, el 14 de diciembre, movió el General Lastra sus fuerzas sobre las del General Prieto, que se había incorporado a Bulnes. Traía una brigada de artillería, el batallón Carampangue y trescientos bandidos que con sus robos fueron el azote de la capital durante los días que cerca de nosotros estuvieron. De Aconcagua, don Francisco Mascayano, otro iluso como Freire, había mandado seiscientos infantes a las órdenes de Meneses, que debían ponerse a la disposición de Freire. Probablemente éste los mandó venir a la fuerza de Prieto, lo que le dió un efectivo de 1,200 infantes, 500 de caballería y la artillería. La infantería, artillería y caballería del Gobierno no pasaban de 1,200 hombres. La batalla se dió desde que salió la división, desde los callejones de la capital hasta la casa de Ochagavía, perdiendo posición sobre posición.

El hecho de que Vicuña haya utilizado un navío extranjero para perseguir y atacar a un buque nacional, fué duramente criticado en tal oportunidad.

(92) El Teniente Coronel don Pablo Silva fué enviado por los revolucionarios a Valparaíso con 150 hombres de caballería, a fines de noviembre.

(93) Don Victorino Garrido, nacido en Sevilla y que llegó a Chile en la expedición a cargo de la "Reina María Isabel".

hasta que la caballería se dispersó completamente. La tropa de Aconcagua se dispersó, el Carampangue se entregó a discreción, y en estos momentos se apareció el General Prieto pidiendo un tratado para reunir las fuerzas dispersas de caballería. Lo acompañaban Palacios, Vidaurre y sus principales oficiales. Una compañía del N.º 7 les intimó rendición, pero el Coronel Rondizzoni, los llevó donde Lastra que, afectado por las desgracias de aquel día, se prestó a todo, por las insinuaciones de Viel, cuyo carácter nunca lo desamparaba cuando se trataba de negociaciones.

Aceptada la propuesta de un convenio para que la revolución terminase definitivamente, el General Prieto dijo a Lastra que el sol estaba abrasador, que entrasen a la casa y que allí se terminaría el arreglo. Todo lo que allí había indicado Prieto era un convenio que salvase su honor, lo que también equivalía a garantizar a él y a su división. Pero tan pronto como tuvo en sus manos a Lastra, Viel y el Coronel Godoy, el batallón Carampangue, que estaba rendido en la alameda de la casa, desfiló ante los vencedores sin saber en virtud de qué orden, entró al patio y cerró la puerta. Pocos instantes después llegó un ayudante del General Prieto llamando por orden de Lastra a los Coroneles Rondizzoni y Tupper y al Comandante Castillo del batallón Chacabuco. Tupper había expresado su sospecha del movimiento hecho por el Carampangue y la cerradura de la puerta, pero la llegada de un ayudante de Prieto, cuando con Lastra estaban Viel y Godoy, le abrió los ojos para no ver sino una negra traición que sucedía en el interior de la casa.

—“Vuelva, dijo Tupper al ayudante, y dígame a su jefe que si en cinco minutos no están aquí nuestro General y los jefes que lo acompañan, haré volar en pedazos el edificio en que se ha encerrado”. Lo que habría sido muy fácil, pues Prieto había perdido también su artillería en nuestras manos, lo que hacía mayor el efecto de nuestros fuegos.

Una horrible traición, en efecto, se había realizado; una de aquellas maquinaciones viles que descubren el carácter de los que después nos han oprimido y que parecerá difícil creer después de lo que he dicho.

El mismo General Prieto desarmó a Lastra, Viel y Godoy, al momento que pisaron los umbrales de la casa. Un hermano de Prieto, ebrio completamente, decía a Lastra mil horribles insultos, y estos incautos, sobrecogidos ante tan infame atentado, se creyeron víctimas seguras y esperaban aún peores tratamientos. La

vuelta del ayudante y la enérgica amenaza de Tupper, cambió la escena.

El mismo Prieto volvió a darles las armas y decirles que todo había sido una estratagema para sacar un mejor partido. Viel se levantó entonces de la postración en que aquella iniquidad le había sometido y dió en cara a Prieto su perfidia, y lo desafió. Bulnes, que había sido subalterno de Viel, se le colgó del cuello para aplacarlo. Un tratado fué al fin arreglado, porque se decía que la caballería dispersada, saqueaba a la capital. Este tratado, hecho exclusivamente por ellos, pidiendo la devolución de las armas y prisioneros, descubre su derrota y su perfidia. Prieto nombraba en el tratado, como representante suyo, al General Freire, lo que éste no aceptaba ni comprendía, y resueltamente se negó a firmarlo, tal era el odio que le tenía. Don Manuel Rengifo, que era el mensajero de don José Antonio Rodríguez Aldea, autor de aquella infernal maniobra y que aun había de multiplicar sus perfidias, me ha contado aquella escena. Rodríguez estaba en la cocina y mandaba la redacción de los artículos con Rengifo. Cuando llegó a los poderes dados a Freire:

—“Diga Ud. a Rodríguez que yo no firmo esto por nada”.

—“Diga Ud. a Prieto que no sea tonto, que se deje guiar”.

—“A Freire por nada en el mundo”.

—“Que firme; que las circunstancias lo exigen y que todo pronto se compondrá” (94).

La pérdida del General Freire y una nueva perfidia encerraban estas últimas palabras, y Prieto firmó.

Llegué yo en estos momentos al campo y el Coronel Tupper, retorciéndose el bigote, me dijo:

—“Un tratado vergonzoso ha sido el fruto de nuestra completa victoria. Mañana rompo yo mi espada y me retiro a la vida privada”.

Luego vi a Lastra que decía solo:

—“¡Qué pícaros!”.

Estaba aún aturdido. Cuando lo vi serenarse algo, le dije que iba a mandar un mozo a mi padre, si él quería escribir.

—“Ud. sabe todo. Escríbale Ud. lo que le parezca”.

Se pasó lista a la tropa y sólo 27 muertos habían tenido, entre ellos el valiente Mayor Icarte, joven de grandes promesas, y al Subteniente Márquez, ambos de artillería.

(94) Es interesante consultar a este respecto la carta de Rodríguez Aldea a O'Higgins, ya citada, y que publicó Vicuña Mackenna en “Don Diego Portales”.

XLVI

"Dime con quien andas...". — Un pistoletazo anónimo. — Peligros a que se vió expuesto Pedro Félix Vicuña. — El puerto en medio del naufragio. — Valparaíso cae en manos de los revolucionarios y el Presidente de la República se embarca para Coquimbo. — Unas cuentas insolutas.

Yo corrí muchos riesgos aquel día. Me había juntado con dos hombres impopulares, don José María Novoa y don José Ignacio Izquierdo, que habían capitaneado las elecciones de la capital. En una carga que dieron los Cazadores a los Carabineros, derrotados éstos, se mezclaron con nosotros. Corríamos juntos por un callejón en medio de los tiros de los que nos seguían, cuando en mi oído reventó un pistoletazo, en una puerta de calle tres o cuatro cuadras fuera de la Cañada. Cuando hubimos parado los caballos, les dije:

—"Yo no tengo enemigos. A Uds. ha sido el tiro que salió del zaguán".

Izquierdo hizo indagaciones y resultó ser un joven a quien en las elecciones había dado una bofetada. Yo estuve más cerca de perecer que él, pues en la violencia con que corríamos, imposible era medir el objeto y la distancia. Luego me vi cortado por tres Cazadores desbandados, en una calle atravesada. Felizmente ellos, llenos de terror, pues acababan de ser derrotados, miraban para arriba. Yo me paré a media cuadra, no dudando ser una víctima, pues a mi espalda había muchos. Felizmente, se abrió una pequeña puerta, de donde me llamaron por mi nombre, y entré a caballo; era el puerto que alcanzaba en medio de un naufragio inevitable. Al menos hubiera sido llevado prisionero, y Prieto, que había interceptado algunas cartas mías en que no lo trataba muy bien, se habría vengado, pues su resentimiento era grande.

En Valparaíso hubo la noche antes un ataque. Mi padre se embarcó en el "Aquiles" (95) y aunque nada hubo decisivo, los sucesos de Santiago vinieron a aumentar el desaliento. Los revolucionarios se apoderaron al fin de la población y mi padre se hizo a la vela para Coquimbo, donde gobernaba un tío mío.

Yo perdí \$ 5,700 que había dado don Juan Guerrero para unos diezmos que debía, que estaban con mi garantía hasta cancelar su escritura, lo que no pude conseguir después de la batalla, obstinándose el Tesorero Vargas en no darme la cancelación, porque tenía

(95) Don Francisco Ramón Vicuña embarcó el día 8 de diciembre de 1829.

órdenes reservadas del General Freire, que se hallaba en la expectativa de ser el jefe de ambos ejércitos, según el tratado definitivo.

XLVII

El Gobierno cae prisionero en Coquimbo. — Freire da un salvo conducto para Vicuña. — Un informe oportuno. — Posibles enviados de Prieto para obtener comunicaciones importantes. — En peligro de ser asesinado. — La publicación de "La Ley y la Justicia". — Pedro Félix Vicuña llega a Coquimbo. — A vadear un río para salvar la vida. — Las atenciones de Bascuñán.

En estos mismos días llegó la noticia de que mi padre, mi hermano Ignacio y los Ministros, habían caído prisioneros en Coquimbo, donde Sainz de la Peña había levantado la artillería y se había apoderado del gobierno de la provincia. El escribió a Santiago para que dispusieran de mi padre y como en el tratado definitivo estaba ya arreglado de que ambos ejércitos se pusieran a las órdenes del General Freire y que sobre lo pasado habría un completo olvido, mandé pedir a éste un salvoconducto para mi padre y salí con él y mi hermano Santiago para Coquimbo. Al anochecer del primer día principiaba a pasar la cuesta de Tabon, cuando una mujer, llamándome, me preguntó mi nombre y al saberlo, me dijo:

—Tres hombres muy bien armados han venido hace pocos momentos a preguntar por Ud., y si pasa la cuesta los alcanza.

Añadió ella que eran hombres de siniestra figura; y más que preocupación es éste un instinto del pueblo, que no tiene más criterio para juzgar los hombres que su aspecto, error algunas veces, pero casi siempre segura regla. Esa noche casi dormimos juntos, pero apresurados por alcanzarnos, pasaron el río, que estaba invadible, muy temprano, con admiración del mismo vadeador, y llegaron en la noche a la hacienda de mi padre, Catapilco. El mayordomo, leyendo en sus caras la iniquidad, los alojó, les dió de comer y mandó reunir unos 50 hombres armados. Luego que vieron este movimiento de gentes alrededor suyo, ensillaron y salieron. Los siguió un huaso y al siguiente día llegaron por caminos desusados al río, donde se arrojaron a nado por el primer punto que tocaron, lo que suponía eran del sur, donde hay muchos hombres que viven connaturalizados con las corrientes.

Yo, paso a paso, fui sabiendo de ellos, pues iban a todo transeúnte preguntando por mí. Yo creí que serían sirvientes de Cotapos o Prado, que mi padre había llamado de Ministro de Hacienda

por quitar a Huici (96) y por arrancarlo a él de la capital, donde el espíritu de transacción era un vértigo, con tal que respetasen su empleo. Pero no fué así, y más bien creo que Prieto los mandaba a quitarme las comunicaciones que llevaba de Freire —contra el que estaban ya arreglados todos los planes de su ruina— o más bien, a asesinar me, porque una carta mía que había ido a entregar un mensajero infiel, en que descubría a mi padre todas sus maquinaciones, lo tenía muy irritado, según me había dicho un cuñado mío que con ellos se había mezclado en la revolución.

También debo advertir que yo había publicado un periódico que entonces causó mucha sensación, titulado: "La ley y la justicia" (97), donde expuse el cuadro de la revolución, las miras de sus autores, y llamaba un bandido a Prieto por lo que había hecho en las casas de Ochagavía. Mi reputación subió con esta publicación y en la misma proporción el odio que me tenían los revolucionarios, que a fuerza de intrigas procuraban levantarse de la postración en que los había puesto su pasada derrota, en que a más de la dispersión de los 600 soldados de Aconcagua, tuvieron 90 muertos fuera de los heridos.

Llegué a Coquimbo después de una terrible noche en que me seguían 50 hombres que quedaron a pie en las llanuras que se extienden desde Barraca a la punta de Coquimbo. Yo también tuve que bajarme del caballo para tomar aliento en tan precipitada marcha, y porque mi caballo estaba imposibilitado de moverse. Yo supe por el Juez, que era oculto partidario nuestro, que sería tomado en Fray Jorge o en un punto que llamaban "El vado", dos únicos pasos que tenía el río, que como nunca había crecido aquel año. Mis caballos estaban inútiles, pero como el Juez tenía la remuda de la tropa, los tomamos, fingiendo una querrela. Llevábamos seis hombres y tomé seis caballos. La tropa de 50 hombres nos esperaba en los dos puntos que he indicado, distantes como 20 cuabras del pueblo, pero yo, mi hermano Santiago, Fuenzalida y mis mozos, casi desnudos, nos metimos a vadear el río a nado. Pasamos felizmente y tomamos el camino al galope: media hora después nos seguía toda la tropa, pero en vano.

(96) Don Manuel José Huici, Ministro de Hacienda en el gobierno de don Francisco Ramón Vicuña, fué reemplazado en esa cartera por don Pedro José Prado Montaner el 9 de noviembre de 1829.

(97) "LA LEY Y LA JUSTICIA". 3 números, Imprenta Republicana, Santiago. Don Ramón Briceño en su "Estadística Bibliográfica de la Literatura Chilena", dice que este periódico fué redactado por don Bruno Larraín. Su primer número se publicó el 3 de diciembre de 1829.

A las cinco de la mañana, mientras descansaban los caballos y nos habíamos dormido, un sargento y cinco soldados nos alcanzaron. Nosotros éramos seis, como ya llevo dicho, bien armados, y de una contienda de palabras que se entabló, deduje que se nos temía, y mi tono y la resolución que expresaba de llegar a Coquimbo y no volver por nada a Barraca, les venció. El sargento, tomando un caballo del dueño de casa, mandó a Coquimbo a pedir auxilio e hizo que mi hermano Santiago saliera con el enviado. Yo fui llevado preso donde Peña, que a la vista del oficio de Freire, me hizo mil protestas sobre el respeto y consideraciones que debía a mi padre, afirmándome que lo habían calumniado al decir que lo tenía preso. Por lo que hablamos me pareció que era enemigo de Freire y que hubiera estado más satisfecho si fuera mi padre el que mandaba y no aquél. Sospecho que era o'higginista. Luego llegó Ignacio con don Francisco Bascuñán, que venía a ofrecer su fianza por mí, pero yo estaba libre. Bascuñán me llevó a su casa, donde su señora me llenó de atenciones junto con su amable hija, que debió casarse después con mi hermano Santiago, matrimonio que impidió las intrigas de don Francisco Varas.

XLVIII

Francisco Ramón Vicuña marcha preso. — Pedro Félix se une a los contrarrevolucionarios. — Elqui. — El ataque a Coquimbo. — Una tropa hambrienta y desalentada. — Sorpresa y derrota. — Aspecto de La Serena. — Un asilo que provee el cielo. — La orden de prisión. — Doble de Bascuñán.

Dormía profundamente, después de tantas malas noches pasadas, cuando se me pasó aviso que mi padre y los principales vecinos de La Serena marchaban a pie al puerto, en medio de un cuadro de tropas, porque el Intendente había recibido noticia de un levantamiento en Elqui, que debía también producirse en La Serena. Medio dormido salí casi hasta cerca de la playa, pero tuve que detenerme por fuerza del cansancio que tenía y la distancia que me llevaba. Una señora me había ofrecido, llamándome por mi nombre en la calle, un birlocho que acepté y en el que luego alcancé a mi padre, para volverme e irme a reunir con el regimiento de milicias de Elqui, que ocupó La Serena al día siguiente.

Marchamos luego al ataque del puerto (98), donde se había encerrado Peña, quien, al acercarnos, nos presentó en fila 6 piezas

(98) Don Diego Barros Arana, en el capítulo correspondiente de su "Historia General de Chile", no registra el ataque de que se habla en el texto y sí algunas escaramuzas de guerrillas de Sainz de la Peña con las fuerzas de Varela que, después de dejar La Serena, se estaban devolviendo a Elquí.

dé artillería y más de 100 fusileros, lo que paralizó nuestra línea que marchaba a un seguro triunfo. Un oficial vino en aquel momento a pedir diez mil pesos a nuestro General, que se llamaba don Ramón Varela, y un sargento apostrofaba a las bocas de los cañones y refiriéndose a las balas, gritaba:

—“¿Qué será de un cuerpo humano con una de esas bárbaras adentro?”.

Esto bastó para paralizar nuestro paso de victoria y detener toda la línea. Varela hizo inútiles esfuerzos, como también los mayores Salcedo y Solís y el ayudante Martínez, oficiales de línea, a cuyas voces se mezclaban las mías y las de mi hermano Santiago. Varela me dijo entonces que el desaliento era más producto de que en casi 24 horas la tropa no había comido y que sería bueno llevarla a almorzar. En los potreros más vecinos, se derribaron algunas pircas de piedra, se mataron como 30 vacas y cuando nos hallábamos saboreando los primeros bocados, un soldado que estaba de centinela sobre las murallas, dió un espantoso grito:

—“¡El enemigo!”.

A voz tan lúgubre siguió la más completa derrota, quedando de 700 hombres sólo 240, saltando los demás las cercas vecinas, abandonando sus caballos y con sólo sus avíos cargados.

Mandé de allí mismo, escrita a lápiz, una esquela a mi tío don Joaquín, que había escapado de Peña, para que se ocultara, asegurándole que en la noche no habría quien se opusiese a la entrada de éste en La Serena. Varela y el resto de los soldados se retiraron a la hacienda de La Compañía, al otro lado del río, y yo resolví quedarme en el pueblo. Fui a la casa de mi tío, ya de noche, y encontré que la puerta estaba cerrada. No conocía a nadie, ni el nombre de las calles, y vagaba incierto por el pueblo, cuya soledad entristecía, no viéndose un solo habitante y estando todas las puertas cerradas.

De repente se abre una ventana, oigo mi nombre y la señora de Bascuñán me suplica la favorezca aquella noche, temiendo que la saquearan, pues sabían había en su casa una gruesa suma en plata piña. El cielo nos abrió aquel asilo y entramos como favorecidos, aprestamos nuestras armas y yo pedí una cama, donde poco después dormí doce horas sin despertar una sola vez.

Peña había mandado a un oficial llamado Castellón para que me llevara preso. Era un buen viejo, según entiendo, pues aguardó que yo despertara. Cuando desperté, me intimó la orden, pero la señora me defendió, insistiendo en que había salvado los intereses

de su marido —lo que me hacía reír— y que no permitiría me llevaren preso de su casa hasta que éste no llegase. Yo deseaba irme a reunir con mi padre, Ignacio y demás amigos, y tal prisión era como un favor para mí. Bascuñán apareció en esos momentos e informado de todo, dijo a Castellón que iba a hablar con el Intendente y que lo esperase. Volvió unos momentos después para decirme:

—“Queda Ud. arrestado en mi casa, bajo mi fianza y será atendido por mi mujer como si fuera yo mismo”.

Yo insistí en mi deseo de ir a ver a mi padre y demás presos que acababan de llegar del puerto. En efecto, salí tras él, me fui a la Intendencia donde Cotapos, que era primo hermano de Bascuñán y quien me dijo que éste era nuestro verdugo y el que dirigía a Peña en cuanto contra nosotros se tramaba. Pocos momentos después entró Bascuñán a repetir sus ofrecimientos a Cotapos, quien lo recibió con una tempestad de insultos, que lo hizo huir.

XLIX

El español que debió creerse resucitado. — Cinco buques en convoy. — Freire en busca de Vicuña. — Ayciñena cuenta los sucesos de Santiago. — La situación de Freire y sus errores. — Lircay. — Viel, el de la manía de las transacciones. — Cómo pudo haber sido anulado Prieto. — Debilidad y cobardía de los chilenos que permitieron la entronización del despotismo.

Quedamos así por 15 días, en cuyo intermedio hubo una escaramuza con los restos de las milicias de Elqui (99), donde murieron 3 y cayó prisionero un español, que se puso en capilla para fusilarlo. Pero, celebrando su victoria Uriarte, que era el más caracterizado militar, en medio de los brindis del champaña, dió la orden de poner al español en libertad, quien debió creerse resucitado, justo cuando esperaba por minutos la muerte.

Recibimos al fin nuestros pasaportes y tuvimos un alegre viaje con la familia de Bascuñán, que venía a residir en Santiago. En Palo Colorado, divisamos una noche 5 buques con sus faroles, que marchaban en convoy.

Al día siguiente supimos que en ellos iba el General Freire en busca de mi padre, después de un horrible desengaño preparado por la más atroz perfidia de todos sus amigos.

(99) Esta escaramuza se produjo en Cutún, el 12 de enero de 1830.

Llegamos a Catapilco, hacienda de mi padre, donde luego vino mi hermano Aycinena y nos contó todo lo que había sucedido. Prieto se negó a entregar el Ejército (100), asaltando la Artillería y al escuadrón de Húsares, única guarnición de Santiago, después de haber colocado los tres batallones de infantería en partes que no pudieran reunirse sin que antes se interpusiera Prieto con sus fuerzas. Los amigos del General Freire habían ayudado a esta infernal maniobra, y éste no tuvo más que huir a Valparaíso, donde halló los tres batallones que espontáneamente se dirigieron a aquel punto.

El General Freire no era el hombre de la situación; sus enemigos no tenían crimen reservado para arruinar y concluir con las libertades públicas, y él todo lo medía por la legalidad y con tal moderación que no hacía más que presentar muchos flancos débiles contra la iniquidad de los que veían en él un camino expedito para usarlo en sus maquinaciones. El viaje a Coquimbo fué una falta y otra su vuelta a Maule (101), donde perdió ahogado al malogrado Fernández, su secretario. No debió salir de Valparaíso, donde podía aprovechar los recursos de aquel pueblo y la gran popularidad que en él gozaba y si hubiere sido necesario abandonarlo, sólo a Concepción debió dirigirse, donde el pueblo, espontáneamente se levantó y deshizo toda la obra de la revolución y las autoridades que la habían impulsado.

La Batalla de Lircay, del 17 de abril, puso término a la contienda. El valiente Tupper fué vilmente asesinado: el soldado rendido fué víctima del sable, impulsado por el miedo y la venganza de los jefes (102). Perecieron, entre otros, el Coronel Elizalde, el Comandante Bell y el Mayor Varela, y después de la acción, el Coronel Prast.

El General Freire llegó a Santiago; supo que el Coronel Viel, con 300 hombres de caballería, había pasado al norte y lo siguió

(100) El 18 de enero de 1830 don Ramón Freire, como General en Jefe, comunicó a Prieto que quedaba exonerado del mando del ejército del sur; pero éste, apoyado por la Junta de Gobierno, exigió y obtuvo la rendición de las pocas fuerzas con que Freire contaba en Santiago.

(101) Antes de partir a Coquimbo, el General Freire envió a los Coroneles Viel y Tupper, con 200 hombres de tropa, a preparar en Concepción la contrarrevolución.

A su vuelta de Coquimbo desembarcó en Constitución (un desembarco lleno de contrariedades), y el resto de su flotilla lo hizo cerca de Pichilemu, desde donde las tropas se dirigieron por tierra al río Maule.

(102) El Coronel Tupper, que había caído prisionero, fué salvajemente atacado a lanza y luego sableado hasta que expiró.

hasta Panquehue, donde se detuvo hasta el tratado de Cuz-Cuz, que Viel celebró con el General Aldunate.

El Comandante Uriarte, había hecho una contrarrevolución en Coquimbo y había formado una división de 500 hombres de todas armas. El General Borgoño fué a tomar el mando de estas fuerzas, pero tuvo miedo de los compromisos y se apartó. Junto con la de Viel sumaban 800 hombres para oponerse a los 500 de Aldunate, que eran de tropa inferior. Con sólo presentarse Viel, habría huído Aldunate o capitulado, pero la manía de las transacciones lo seguía en todas partes. Se publicó entonces una carta interceptada a Aldunate, en que éste avisaba su triste situación. Una victoria de Viel sobre aquella fuerza habría anulado a Prieto, pues, las provincias de Aconcagua y Valparaíso le habrían proporcionado un fuerte ejército, y entonces Freire y Borgoño habrían reaparecido. Esta vez, Viel fué disculpable, siendo extranjero (103), a la vista de la debilidad y cobardía con que los jefes chilenos huían la guerra civil para ver entrar el despotismo y la corrupción.

L

Los estragos de la revolución. — Intereses usurarios. — Destierro de Pedro Félix Vicuña. — Dos últimos bostezos de la libertad que muere. — Portales.

Así concluyó una revolución en que yo tomé parte activa y decidida. El arreglo de mis negocios, después de aquella ruda tempestad, absorbía mi tiempo. Los estragos de la revolución fueron incalculables. Una liquidación fué nuestra ocupación y un capital, reunido en cuatro años de brillantes negocios, desapareció, ya por las quiebras que sobrevinieron, ya por la baja de la plaza y principalmente por los usurarios intereses que pagamos por todos los créditos cumplidos, de 24 % al año. Mi padre nos ofreció en arriendo su hacienda, pero aun había muchos negocios pendientes, cuando un decreto de destierro contra mí me fué anunciado, al mismo tiempo que la noticia de que se suspendía si yo salía al campo. Yo quise hacer el bravo, pero mi padre me dijo que era una tontera resistir. Salí al siguiente día con él, lo que me ocasionó muchas pérdidas.

En esos días se había formado una cábala contra mí, de algunos revolucionarios a quienes hice pagar la suma de \$ 27,000

(103) Don Benjamín Viel Gometz era francés; don José Rondizzoni Cánepa, italiano, y don Fernando de Vic Tupper era inglés, nacido en la isla de Guernesey.

que debían a la aduana durante la Intendencia de don Rafael Bilbao, que había sucedido a Prado. El motor era don José Domingo Bezanilla, cuñado del Presidente don José Tomás Ovalle, quien era el más empeñado en mi destierro, a pesar de que Portales, su Ministro decía que bastaba separarme de la capital, no siendo mi delito sino algunos artículos en el "Defensor de los militares" (104) y en "Trompeta" (105), dos últimos bostezos de la libertad que moría. Algún impresor infidente llevaba los originales al mismo Gobierno, que así sabía a punto fijo quienes escribían. En el mismo día que salí yo al campo, fueron presos Mora, Gundián, el doctor P..., Escanilla y otros, que salieron desterrados al Perú. El gran respeto que tenían al Obispo, que sabían cuanto me quería, me libertaba entonces, y después una buena estrella con Portales, que antes de la revolución me tenía un odio inconcebible.

.....

Sin la amargura de algunas exigencias para pagar los restos de nuestra deuda, habría sido envidiable mi suerte; pero, a fuerza de constancia y recogiendo los esparcidos restos de nuestra fortuna, vencimos estos inconvenientes. Mi hermano Ignacio había ido poco antes a Cobija, donde teníamos un negocio de minas que nos importaba como \$ 16,000, y cuando con él fui a Valparaíso, la noticia de hallarse Carmen a la muerte, me hizo volver solo en una noche.

.....

(104) "EL DEFENSOR DE LOS MILITARES DENOMINADOS CONSTITUCIONALES". 20 números. Imprenta Republicana, Santiago.

Principió el 12 de julio de 1830 y su objeto fué defender la causa de los militares dados de baja después de la jornada de Lircay.

Don Ramón Briceño dice que fué redactado por don Pedro Godoy, don Antonio Gundián, don Ventura Blanco, don José Joaquín de Mora, don José Francisco Gana y don Pedro F. Lira.

(105) "EL TROMPETA". Periódico que principió el 11 de diciembre de 1830 y que fué redactado por don Pedro Godoy, don Pedro Lira, don Melchor José Ramos, don Ramón Cruz, don José Joaquín de Mora, don Juan Manuel Cobo y don Antonio Gundián. 14 números. Imprenta Republicana, Santiago.

LI

Un ofrecimiento de gratitud. — El joyero condenado a muerte. — Las sú-
plicas de su esposa. — El joyero salva, pero Bolívar es fusilado. — Po-
lítica económica de Portales. — La tertulia en el hogar de los Vicuña. —
A los 28 años. — La ingratitud de Prieto con O'Higgins y la actitud
de Zenteno.

No debo omitir que encontré en Coquimbo a Gutiérrez, a quien había mi padre conmutado los diez años de prisión en uno de des-
tierra a Coquimbo, donde estaba libre. El se me ofreció a tomar
parte en la contrarrevolución, a pesar de su opinión y por su sola
gratitud. Yo le dije que no se mezclara en nada.

Un oficial de milicias, joyero de profesión, el día de la revo-
lución de Urriola, mandó a la guardia hacer una descarga al par-
lamentario que había mandado el Coronel Elizalde para que se
rindiera. El delito era capital y su mujer, sabedora del resultado
que yo había obtenido, vino a verme y le dije que con el Presiden-
te yo no tenía ningún valimiento. Estaba esta infeliz en el último
mes de su embarazo, lloraba hasta hacer llorar a cuantos la veían,
y tomando una resolución digna y como inspirada, me dijo que
no se movía de mi pieza mientras no le asegurase la vida de su
marido. Estaba en extremo fatigada y se acostó en un sofá, donde
se quedó mientras fui a hacer por ella mis empeños. El Presidente
del Consejo de Guerra era Viel, cuya mujer era mi amiga y la in-
terés por aquella infeliz. Eran las doce de la noche y en el pórtico
me dijo Viel, al concluirse el Consejo:

—Su recomendado ha salvado; pero un pobre muchacho que
se llama Bolívar, ha sido condenado a muerte y pasado mañana lo
fusilan.

Se me partió el corazón calculando que mi empeño había
traído un cambio en la suerte de aquellos infelices. Di al siguiente
día algunos pasos, pero fueron infructuosos. Con salvar al joyero,
salvaba quizás a su mujer y su familia. Yo nada había hecho que
perjudicara al otro y mi sensibilidad se calmó al fin. Si mi memoria
no me engaña, se llamaba Rodríguez, y la primera espada ases-
tada en el puerto de Coquimbo contra mi hermano Ignacio y mi
padre, fué la suya.

La persecución personal se convirtió en una guerra de intere-
ses. Los minerales acopiados en Cobija, que nos proporcionaban
excelentes resultados, fundiéndolos en Catapilco, no pudimos in-
ternarlos. El Gobierno se negó decididamente a que en Chile se
explotase esta nueva producción de riqueza. Tuvimos, los prime-
ros en América, que vender nuestros minerales en bruto, sacrifican-

do las ventajas que debían resultarnos con su fundición; y dos hornos y las muestras correspondientes fueron gastos inútiles, para atestiguar la ignorancia del Gobierno o la máxima, después tan constantemente seguida, de arruinar a sus enemigos, creyendo que el dinero era el más poderoso móvil que ellos pudieran tener.

.....

Muy luego nos hicimos amar de todos nuestros vecinos, que se reunían en casa todos los domingos y días de fiesta, y los agazajos y buena comida que Carmen nos daba retenían estas tertulias hasta tarde de la noche, que muchas veces dormían en casa. El Coronel Pereira, hombre de buenas maneras y alegre, era el más exacto a estas reuniones, y don Pedro Alamos Valdivieso y Juan Fco. Morandé (106), que había sido mi discípulo, rara vez faltaban a esta sociedad con que amenizábamos las soledades del campo. Los Vial, más tarde, y su cuñado Rengifo, en las decepciones de la política y retirados a la hacienda de su padre, vinieron a aumentar el número de los que en casa se reunían. Una suerte nos era común: la proscripción política; pero ellos, recientemente caídos, no tenían ni mi filosofía ni mi hábitud pacífica que 5 años de campo me habían dado.

.....

Yo tenía entonces 28 años y mi cabeza estaba blanca como ahora: era entonces el consuelo de todos los viejos que me sacaban de ejemplo. Cuando niño fui muy rubio y las canas principiaron a los 17 años, poco distintas de mi pelo, pero a los 28 todo había cambiado completamente, aunque mi aspecto fuese el de un joven y lo mismo mi robustez y fuerza.

Algunas veces fui a dejar a Carmen a casa de su madre. Entonces me instruía de los arcanos de la política y de las revoluciones que habían fracasado. El General Zenteno fué el primero que, viendo la ingratitud de Prieto con el General O'Higgins, organizó un movimiento con el comandante Arteaga, que mandaba un cuerpo de milicias de Infantería, contando —según se dijo entonces— con toda la guarnición de la capital, siendo él Comandante General de Armas. Pero fué denunciado y suspendido de sus funciones, a falta de pruebas jurídicas (107).

(106) Contrajo matrimonio con doña Dolores Vicuña Aguirre.

(107) Conspiración de marzo de 1833. Parece que realmente Zenteno no tuvo ingerencia alguna en ella, aunque el Gobierno, que tenía interés en desprestigiarlo, lo acusó mañosamente.

LII

La revolución de "los puñales". — Cómo se resolvió. — Publicación de "Teoría de un sistema administrativo y económico para la República de Chile". — "La Paz perpetua a los chilenos". — Portales: un dictador. — Hábil política de Portales. — La única garantía de libertad que Portales toleró.

Otra revolución fué la que se llamó "de los puñales", donde había 400 conjurados (108), teniendo muy pocos la clave de todo lo que debía realizarse. Divididos en grupos, debían obrar en diferentes partes, y probablemente su victoria habría sido segura si algunos, en los instantes de obrar, no se hubieren espantado con la relación de los pormenores que sólo entonces se los revelaron. Encerrado uno de estos grupos, esperando la hora asignada, hacían gran ruido en una pieza alquilada que tenía ventana a la calle. El sereno golpeó la puerta y se hizo anunciar. "Somos perdidos", dijeron y sobre el sereno salieron todos, y uno se fué a Palacio y dió el denuncio de todo lo que sabía. Los otros grupos se disolvieron, teniendo aviso de lo que había pasado. Un oficial Godoy, detenido sin más pruebas que la precipitación con que huía, fué tomado y se volvió loco por la impresión que recibió.

El Comandante Soto, el mismo que había vendido a Prieto el movimiento de los Húsares que iban a seguir al General Freire, se allanó a asegurar a Portales y Prieto con su cuerpo y ayudar la revolución por una suma de dinero. Los vendió, como era de esperarse, después de haber recibido algunas sumas.

Yo había publicado durante mi permanencia en el campo, un cuaderno titulado "Teoría de un sistema político y económico para la República de Chile" (109) y había dado principio, con motivo de la reelección del General Prieto, sin una sombra de oposición,

(108) Con mucho colorido ha narrado don Benjamín Vicuña Mackenna esta conspiración, que debió estallar en la noche del 12 de julio de 1833, en su obra "Don Diego Portales", capítulo VII.

Fué organizada por un joven capitán, don Juan Cortés, originario de Chiloé, y que en el día señalado se encontraba enfermo. Murió al mes siguiente, el 23 de agosto, de una apostema al hígado (enfermedad de conspirador, dice Vicuña Mackenna).

(109) "TEORÍA DE UN SISTEMA ADMINISTRATIVO Y ECONOMICO PARA LA REPUBLICA DE CHILE". Un folleto de 34 páginas. 1834. Imprenta Independencia, Santiago.

a la publicación de la "Paz perpetua" (110), en que procuraba revivir nuestro antiguo entusiasmo por la libertad y levantar la República de la postración a que el despotismo la había arrastrado. Nadie entonces escribía; todos temblaban ante Portales, que era un verdadero Dictador con título de Ministro. Retirado en el campo, seguía los pasos de sus antiguos amigos que conspiraban contra él, y cuando ya no dudó de sus planes, se presenta en la capital, se hace Ministro y a todos los dispersa y anula y Prieto se hace un instrumento pasivo de cuanto él quiere.

La "Paz perpetua" excitó un gran cuidado a Portales. Creyó que era la obra de una coalición de los que había derribado con el antiguo Partido Liberal, y trató, a todo trance, de descubrir a su autor. Cuando él, supo que el sirviente de Ignacio había estado con el dueño de la imprenta, a pesar de que yo estaba en el campo, dijo que yo era el escritor y se calmaron sus temores. No obstante, cuando llegué a Santiago, el canónigo Meneses fué a decir al Obispo que yo corría gran peligro, que se sabía positivamente era yo el autor y que Portales estaba decidido a hacerme sentir su brazo. A pesar de los ruegos de mi tío, mi contestación fué la publicación de otro cuaderno, pues para mí, la amenaza produce el efecto opuesto.

Cuando se publicó el segundo cuaderno, nadie calculaba era yo el autor, y en un viaje hecho a Santiago a ver a Carmen, don Ramón Subercaseaux, que debía casarse luego con la menor de mis hermanas, me convidó a comer y al sentarnos a la mesa, llegó don José Manuel Ortúzar, un médico indolente, muy mezclado en la política de aquel entonces, el Coronel Obejero y dos o tres más. A una dijeron todos que Portales era un loco, que los perdía, que habían ido a verlo para que acusase aquella publicación que dejaba sobre el Gobierno manchas tan indelebles como la de una nulidad absoluta en todos sus actos, emanados de revoluciones militares, de violencias y atentados contra la soberanía del pueblo. Portales, después de haberlos hecho hablar uno por uno, les dijo que eran unos necios, que la acusación traería el análisis de todo lo que decía la "Paz perpetua", que el análisis traería el convencimiento y la evidencia, y que si hubiera un juez que se atreviera a negar la exactitud de cuanto allí se decía, él sería el primero en echarlo a patadas de su Tribunal. "Este es un loco", decían todos ellos delante de mí, aunque su locura era más bien cordura, pues

(110) "PAZ PERPETUA A LOS CHILENOS". Periódico que principió el 14 de marzo de 1836 y que fué redactado por don Pedro Félix Vicuña. Seis números de 15 páginas cada uno. Imprenta Independencia, Santiago.

evitaba que la opinión pública se fijase demasiado en la exposición de aquellos principios y verdades. Veía también yo, por otra parte, un fondo de justicia y que si él obraba así, discrecionalmente no quería que los Tribunales se prostituyesen, como después lo hemos visto, añadiéndose a la tiranía de entonces la corrupción judicial, única garantía que nos quedaba.

LIII

La expedición de Freire. — Portales se niega a reconocer en Vidaurre a un enemigo. — El error de Freire. — Vidaurre garantiza la vida de Freire. — Notable sentencia de la Corte Marcial. — El campo abierto a la ambición del Ministro. — Una acción de piratas. — Portales militarista. — La tempestad se avecina.

La expedición del General Freire en dos buques del Gobierno del Perú a Chiloé, alarmó al Gobierno en el doble sentido de su impopularidad y de una otra revolución (111) que el Intendente Alemparte había sofocado antes en Concepción. Los Comandantes Anguita y Vidaurre eran complicados. Portales, que había elegido a este último como instrumento de sus planes, nunca lo quiso creer cómplice y se persuadía que eran intrigas de Bulnes, que tenía en miras el suceder a Prieto y en lo que él jamás consentiría.

La expedición de Freire tuvo un mal éxito. La fragata "Monteagudo" se levantó en alta mar y se entregó en Valparaíso, donde fué diligentemente armada para asaltar a Chiloé con una fuerza de desembarco. El General, en medio del contento de ver entrar al buque que esperaba, olvidó toda precaución y al descubrir su error y verse asaltado, todo fué confusión, sin poder organizar defensa alguna, lo que habría sido muy fácil (112). Freire huyó a un buque inglés de comercio, de donde fué extraído y conducido a Valparaíso y puesto en juicio.

El Coronel Vidaurre, que estaba allí de guarnición, había asegurado la vida del General a su familia, lo que denotaba su espíritu revolucionario y los planes secretos que tenía. Pero la Corte Marcial lo absolvió en parte, mandándolo a un destierro y en sus contestaciones con el Gobierno avanzó una de aquellas grandes ideas de que la justicia sólo debe atender al orden público, desde que el origen de las autoridades que existen viene también de las revoluciones.

(111) Expedición del bergantín "Flor del Mar", preparada en el Perú por Freire y don Rafael Bilbao y que a cargo del Coronel don Pedro Barnachea fué deshecha en Santa Juana en abril de 1831. Los prisioneros fueron trasladados a Concepción, donde era Intendente el señor Alemparte.

(112) El 28 de agosto de 1836.

Portales, el azote de los militares, vió con lo que él suponía intervención del Perú, un campo extenso abierto a su ambición y al mismo tiempo un pretexto para establecer en el interior una dictadura que anulase los partidos que combatían su poder.

Hizo desde luego declarar la guerra a Cámaras prostituidas y serviles y pidió omnímodos poderes para hacer cuanto su capricho le sugiriese en el interior. Había ya precedido a esta guerra la salida del bergantín "Aguiles", al mando de Garrido, para cometer una acción de piratas, obra bien digna de él. Entrando pacíficamente en el Callao, asaltó tres buques indefensos de aquel Gobierno, y después de quemar uno, se trajo los otros, por la ofensa de haber auxiliado la expedición de Freire. Yo he sabido después que el Gobierno del Perú no tuvo la más ligera parte y que a lo más tendría secreto conocimiento de lo que se hacía, sin que se presentase un solo dato que lo condenase.

Portales, olvidándose de cuanto había hecho contra el espíritu militar, no pensaba más que en ejércitos, expediciones y guerras. El mismo había revestido la casaca y aprendía con juguetes de plomo el movimiento de las tropas, la disposición de los ejércitos para pelear, y se improvisaba General, punto que él tenía en mira como el término definitivo de su sistema de gobierno. Pero en medio de aquel movimiento guerrero y de las ejecuciones sangrientas en San Fernando, de pacíficos y buenos ciudadanos como Valenzuela, Arriagada y Barros (113), por haber querido expulsar a Irisarri, Intendente de la provincia, la tempestad resonaba sobre la cabeza de Portales.

LIV

Quillota. — El fin del Ministro. — La cobardía e impericia de quienes guiaron a Vidaurre. — Manuel Rengifo y los Vial comprometidos. — Lo que necesitaron y no tuvieron. — Cómo se formó Portales un grupo de partidarios. — El testamento de Vidaurre. — Un mensaje de Vidaurre que tardó 24 horas y que lo perdió. — Apoteosis y olvido de Portales.

En Quillota había dos batallones con 1,200 hombres a las órdenes del Coronel Vidaurre, jefe del Estado Mayor de la expedi-

(113) Don Manuel José Arriagada, don Faustino Valenzuela y don Manuel Barros fueron fusilados el 7 de abril de 1837, ejecución que produjo gran consternación en Curicó. El relato más completo sobre esta conspiración se encuentra en la segunda serie de las "Relaciones históricas" de don Benjamín Vicuña Mackenna.

ción que iba a mandar el General Blanco, y a más un regimiento de caballería. Portales fué a revistar estas fuerzas, que luego debían zarpar al Perú. El Coronel Vidaurre, después de formar su fuerza a la vista de Portales, dió la señal convenida y el famoso Ministro concluyó allí su carrera política y militar, marchando a una prisión, donde lo esperaban los grillos.

Nada prueba más los profundos odios de la facción que se había desprendido del Gobierno con Benavente, Gandarillas y Rengifo a la cabeza contra el partido liberal, que el aislamiento en que pusieron a Vidaurre que debía dar el gran golpe. Tampoco nada manifiesta más su impericia, su falta de capacidad y su cobardía, que todos los sucesos que por esta falta sobrevinieron. Rengifo y los Vial, mis vecinos, sin duda estaban al cabo de todo, por los movimientos en que yo los veía y sus viajes a Quillota, pero nunca me dijeron una palabra. Para hacer una revolución necesitaban de hombres que despertasen las ideas y la opinión y yo, en este sentido, habría podido servirles mucho, pues tenía un buen nombre y era conocido en las provincias. Pero su aislamiento venía de la idea exclusiva de continuar el mismo sistema político, lo que se descubría en "El Filopolita", órgano de sus pensamientos y de donde tomaron su denominación como facción. Su plan era derribar a Portales y sucederlo ellos, lo que suponía la más supina ignorancia de la organización social y el más completo abandono de todas las reglas de la política y del buen sentido.

Portales, levantando a los que llamábamos godos y habían servido con fanatismo la causa de Fernando VII, a la aristocracia semibárbara de la época colonial, y lisonjeando al clero, que en la época pasada había perdido su importancia, había levantado un partido que no podía dejar de serle fiel. Las preocupaciones, los privilegios y el fanatismo eran impulsados como resortes de aquella organización. Los filopolitas no tenían color político; no proclamaban las ideas que otra vez habían tenido, porque ellas eran la bandera de un otro partido, y también porque no querían retraer a los hombres de que Portales se servía y que ellos no perdían las esperanzas de arrastrar. Su base no era otra que su superioridad intelectual y el prestigio que les había granjeado tantas intrigas y maniobras para conducir al país a la situación en que se hallaba. No podían menos que perderse, y Vidaurre y 9 oficiales, subiendo a un cadalso, prueban los errores y orgullo de aquella facción, que habría triunfado si hubiera invocado el sentimiento nacional.

Vidaurre tenía honrosos y patrióticos sentimientos que están estampados en su testamento (114), que original tengo en mi poder, con lápiz y en pequeños pedazos de papel. Él había mandado llamar a Rengifo y a mí, y la carta de mi hermano Francisco, de quien se había valido, me llegó minutos después de su derrota. Sabiendo la resistencia de Valparaíso y que el batallón Valdivia había faltado a las combinaciones, yo hubiera hecho marchar a Vidaurre a Santiago, si con él hubiera valimiento, y sin duda que yo habría ido si antes recibo la carta. El me hizo escribir en los momentos de marchar a Valparaíso y el mozo se ocultó por temor de las partidas que cruzaban el camino, y tardó de Quillota 24 horas a Llay-Llay, que distaba sólo 8 leguas.

La reacción, como era de esperar, fué terrible y once inocentes fueron también inmolados en San Felipe a los manes de Portales por y Aspillaga, que murió en poco tiempo, roído de remordimiento, sin más enfermedad que el fantasma de aquel hecho horrible (115). Portales tuvo en Santiago su apoteosis, lo que prueba la humillación a que la nación había sido conducida. Pero de allí a poco fué olvidado y sus antiguos amigos hacían recaer sus faltas y violencias sobre él.

LV

La primera expedición al Perú. — Sangre derramada inútilmente. — Yungay.

— El Ministro candidato. — Don Manuel Bulnes era un ignorante. —

La ridícula intriga en que el Gobierno lo mezcló. — Dos diputados obtenidos entre innúmeras dificultades. — Maniobras y violencias electorales.

La guerra continuó. Blanco llevó una expedición cuyo resultado no podía ser otro que el que obtuvo. Pero el Gobierno necesitaba llamar afuera la atención del interior y el General Bulnes volvió al Perú, con doble fuerza, después de rechazado el Tratado de Paucarpata. La batalla contra Orbegoso, que se había levantado contra Santa Cruz, fué una violencia y una sangre inútilmente derramada: era la consecuencia de la frivolidad y pretextos de

(114) El testamento de Vidaurre lo publica Vicuña Mackenna en "Don Diego Portales".

(115) La matanza de los once guardias nacionales, en junio de 1837, fué obra del Intendente de Aconcagua don Fernando Urizar Garfias, y creemos que es su nombre el que corresponde al espacio en blanco. Con respecto a Aspillaga no hemos encontrado referencia alguna que nos conduzca a individualizarlo.

El Intendente Garfias, al recibir las noticias del motín de Quillota, preparó y envió desde San Felipe un cuerpo de mil milicianos a combatir a Vidaurre. Antes de llegar a Quillota, éstos conocieron la derrota de los sublevados

aquella guerra, en que no tenía ningún interés y donde prodigaba su sangre y sus tesoros, para sólo mantener la tiranía interior y hacer males exteriores que después de dos victorias señaladas, ninguna ventaja hemos recogido, sino el odio de un pueblo vecino, con quien debíamos cultivar las más pacíficas y amistosas relaciones.

La segunda expedición terminó la campaña del Perú en la batalla de Yungay, pues aunque Santa Cruz tenía fuerzas numerosas que oponer, Ballivian, uno de sus generales, le insurreccionó el ejército del sur.

Vuelto Bulnes, que con el valor y actividad del General Cruz había obtenido un usurpado renombre, se presentó como candidato a la Presidencia de la República, cuando uno de los Ministros la esperaba como el premio de los servicios que había prestado al Gobierno. Era éste un hombre sin talentos ni ilustración, pero apropiado para representar la ignorancia de la aristocracia que hacía la mayor fuerza del Gobierno. Con risitas y medias palabras pudo seducir a otros más ignorantes que él, pero el secreto de su importancia era no negar nada a sus amigos, que disponían de la administración y hacían Obispos, Jueces, Canónigos, Intendentes, sin despreciar las rentas nacionales que eran el blanco de negociaciones y de enormes ganancias para todos ellos. Estoy casi seguro de que ese Ministro no ha abierto en su vida un solo libro y no obstante, sus necios partidarios, lo tenían por un sabio, de lo que pronto se desengañaron.

Bulnes había sido un guerrillero y sus jefes me han dicho que jamás supo mandar un escuadrón de caballería. Cuando la revolución era Teniente Coronel. La elevación de su tío lo hizo General, en cuyo puesto habría quedado eternamente si Portales vive. Jefe del ejército al Perú y pretendiente a la Presidencia, todo también era obra de su parentesco con Prieto, porque era ignorante en todo el sentido de la palabra, sin más que la suspicacia y pillería de un araucano, tribus con quienes había pasado su juventud en íntimas relaciones.

El gobierno lo metió en una intriga ridícula, en una conspiración fraguada por él, de la que hablaré después (116). Su pensa-

y un grupo, que encabezó el sargento Triviño, se negó a continuar la marcha, aduciendo que ya no tenía objeto. Como se les intimara por la fuerza que siguieran su camino, desertaron, y once de ellos, después de varias peripecias, fueron cruelmente muertos.

(116) La proximidad de las elecciones en que se renovarían el Congreso y las Municipalidades tenía preocupado al Gobierno del General Prieto.

miento era desprestigiarlo y, en efecto, que desde entonces descubrió lo que sería en el poder. Dos oficiales degradados por sus crímenes fueron escogidos para esta maniobra con que debía anularse una fuerte oposición que se levantaba, compuesta de casi todos los antiguos partidos que, desengañados en sus esperanzas, buscaban en las ideas su base. La conspiración se atribuyó a Benavente, Toro, Aldunate (que era incapaz de nada) y a otros varios que fueron presos y la provincia de Santiago declarada en sitio. Jamás se vió más ridícula farsa, pero el terror de lo pasado produjo su efecto y cada uno se retiró a su hogar.

Las elecciones de diputados se hacían en aquellos días. Yo me había propuesto obtener los dos diputados de Quillota y mi resolución triunfó sobre miles de estorbos que se me opusieron. Formaría esta relación una historia, pero con constancia y resolución todo se allanó, y mi triunfo, el primero que en diez años se veía, me dió una grande opinión. El pueblo de Valparaíso, en aquellos

La oposición, unificada en la "Sociedad Patriótica" y combatiendo especialmente desde las columnas de "El Diablo Político", anunciaba obtener representación parlamentaria que, hasta entonces y en mérito de los métodos electorales, no había logrado en forma digna de nota.

Graves desórdenes, promovidos a raíz de un fallo absolutorio en favor de los redactores de "El Diablo Político", sentencian que el Gobierno consideró como una ofensa, llevaron a éste a decretar el estado de sitio.

El consenso casi unánime consideró la medida adoptada como una burda maniobra para realizar las elecciones bajo el imperio de la fuerza armada. El estado de sitio resultó de una denuncia formulada por el General Bulnes, según la cual se habría pretendido asesinarle y se fraguaba una conspiración para derrocar al Gobierno. Los términos de la denuncia, las condiciones en que se hacía y la circunstancia de que aparecía como ridícula por acusarse entre los conspiradores a personas que habían fallecido, produjeron la reacción ya anotada en la opinión pública.

Bulnes había conocido de esos supuestos hechos por medio de dos oficiales dados de baja por su viciosa conducta. Bisama y Bazán, el primero de los cuales se encontraba completamente ebrio cuando le formuló la denuncia.

El Gobierno ordenó instaurar proceso a los pretendidos complotados, el que se siguió dificultosamente y con accidentes muy sospechosos, siendo reducidos a prisión el Senador don Diego José Benavente, don Bernardo José de Toro y don Ramón de la Barra, todos los cuales fueron en seguida absueltos por la Corte Suprema, por no haber méritos en su contra.

Un opúsculo publicado en marzo de 1841 y que nos parece se atribuye erradamente a don Pedro Félix Vicuña, dice: "Bulnes tiene una sola falta que nadie podrá defender y es su ingerencia repentina en el Consejo de Estado, en un asunto que le era propio, y su voto por el estado de sitio para quitar las garantías a sus conciudadanos y entregarlos a un poder absoluto que nos ha traído tantas desgracias. Este pudo ser un error, a que fué arrastrado por intrigas de que quizá ha sido víctima; es una mancha a su reputación, pero no un crimen que lo aleje de ocupar la primera magistratura de su patria".

momentos, me eligió su candidato, pero las maniobras y violencias más ruines alejaron de las mesas electorales a todos los ciudadanos, y así se sobrepuso el Gobierno. Mi hermano Ignacio y don Mariano Elías Sánchez fueron los diputados de Quillota obtenidos con los votos de los milicianos, únicos que entonces se calificaban (117).

.....

.....

LVI

El mayorazgo de Azúa. — La hacienda de "El Melón". — Costumbres inveteradas de sus inquilinos. — Reformas resistidas. — El triunfo sobre los hábitos.

Habíamos arrendado, a más de las haciendas de Llay-Llay y Catapilco, el mayorazgo de Azúa, compuesto de dos grandes haciendas, Purutún y Melón, lo que ponía a nuestra disposición más de cuatro mil personas. Por falta de leñas en Llay-Llay trasladé mis hornos al Melón, donde casi toda la superficie está cubierta de espesos bosques. Aquella hacienda, casi abandonada, ni aun servía a los inquilinos, cuya pobreza y miseria se manifestaba en todo. La holgazanería era la causa principal; se huía del trabajo como de una plaga y las costumbres inveteradas podían más que las más activas y premiosas necesidades de aquellos infelices. Una pequeña plantación de cañamo era la única renta de aquellos habitantes, el que ponían en bruto cerca de sus casas y del que tascaban todas las semanas y todos los días una pequeña porción para cambiarla por vino y algunos víveres. Había allí hasta cuatro miserables bodegones que absorbían la mitad de sus rentas con los provechos que hacían. Yo llevé allí mi espíritu y principié mi reforma, pidiendo a cada familia un peón que yo pagaba y alimentaba mejor que en todas las vecindades.

"El trabajo es el creador de todas las riquezas", me decía a mí mismo; "yo cambiaré entonces la condición de estos miserables". En cada familia no faltaban cuatro o seis en estado de trabajar, pero la oposición que encontré fué formidable. Mi insistencia no fué menos firme y en tres meses tenía ya 70 trabajadores, desde 15 a 18 años; el que había alcanzado en el ocio a los 20

(117) Las elecciones se verificaron los días 29 y 30 de marzo y en ellas la oposición obtuvo nueve diputados, representación que se consideró un triunfo.

años, imposible fué arrastrarlo al trabajo, tan poderosa es la fuerza de la habitud. Siempre mejor pagados que en todas las haciendas, gozando de mil comodidades que desconocían, bien vestidos, mejor alimentados y todos hoy trabajando hasta poder reunir 400 peones, donde tanto trabajo tuve para reunir 70, prueba la exactitud de mis observaciones. Allí no menos de diez hombres levantaron un capital desde cuatro hasta veinte mil pesos y todos habían triplicado sus comodidades y felicidad. Mi nombre y el de mi hermano son bendecidos como también la bondad y caridad de Carmen. Todos ellos hacen votos por volvernos a ver a la cabeza de nuestros negocios, todos nos mandan sus pequeños regalos, todos están prontos para servirnos y la ingratitud de la fortuna o la injusticia de los hombres nos han dado esta dulce satisfacción que el hacer el bien siempre proporciona. El que más he protegido, el que levanté de una ruina y le dí a ganar más de cuarenta mil pesos, es el único que me ha sido ingrato. En la pasada contienda, mientras yo estaba en el ejército del sur, él entregó a mis enemigos como cuarenta caballos de mis hijos o míos o bien los puso en situación que ninguno pudiera escapar de la vista de ellos.

.....

LVII

La herencia de la humanidad. — Una confesión. — Un partido derrotado que mantenía su bandera. — El despotismo es un mero estorbo al avance de la civilización. — Un ensueño. — Publicación de "El Elector Chileno".

Yo habré cometido faltas y errores, pues ésta es la herencia de la misera humanidad, pero nunca deliberadamente. Sólo una vez he obrado con doblez en política, después de haber sido tantas veces víctima de perfidias y calumnias. El triunfo de una gran causa se ligaba a estos procedimientos, la justicia estaba igualmente interesada y quizá no había más camino para devolver al país la soberanía de que había sido despojado. No puedo decir que haya jamás faltado ni a mi palabra ni a mis compromisos; disimulé y dejé entrever lo que no aceptaban ni mis convicciones ni mis principios, y esto es cuanto yo hice. Luego tendré ocasión de explicar lo que aquí sólo indico.

Vuelto a Santiago, mi popularidad estaba bien establecida y mi nombre expresaba la política y los sentimientos de un partido que había sucumbido en la batalla de Lircay, pero que tenía su ban-

dera en las ideas y progresos de la humanidad. Siempre fui fiel a esta causa y en las épocas más afflictivas para la República, nunca dejé de defender sus principios, sosteniendo con valentía las convicciones de mi corazón. En nuestro siglo es éste un partido contra el que todas las combinaciones de la política no pueden triunfar y todos los esfuerzos de la tiranía a lo más llegan a entorpecerlo. El partido de las luces, de la libertad y de los progresos de la humanidad es la obra de los siglos y de la religión misma que, reglando nuestra moral, ha establecido la igualdad como base de sus principios. De esta base y sin esfuerzo se han deducido las reformas de toda clase que debían regenerar al hombre. Es un ciego quien no vea esta marcha constante y que todas las maniobras del despotismo son meros estorbos que desaparecen por su propia anarquía o por la irresistible corriente de perfeccionabilidad del género humano.

Mi convicción era ésta y en todas las vicisitudes y desgracias que ella me ha atraído, lejos de arrepentirme de haberla abrazado con tanta fe, yo no he tenido sino motivos para congratularme, aun de estas mismas desgracias que sólo me han afectado por su relación con mi numerosa familia.

.....

.....

Con estos antecedentes, desde luego, fui buscado en el movimiento electoral que entonces animaba a la República (118), que parecía haber dormido aquella época oprobiosa y despertado tras las gratas ilusiones de un ensueño que aun había de durar muchos años antes de realizarse. Yo ayudé a este movimiento y tal fué el cúmulo de preocupaciones que sobre mí recaían, que mis enfermedades desaparecieron y como nunca mi salud tomó consistencia para resistir tan enorme peso. Yo era Secretario de una Comisión Electoral y sostenía en toda la República la más activa correspondencia; escribía "El Elector" (119), periódico oficial de aquella Comisión y me había hecho el alma de aquel movimiento que, bien dirigido, habría devuelto su libertad a la República.

(118) En las elecciones para Presidente de la República en 1841, los liberales proclamaron la candidatura del General don Francisco Antonio Pinto y a ella sirvió el señor Vicuña. Los ultra-conservadores llevaron a don Joaquín Tocornal y el Gobierno apoyó a don Manuel Bulnes. Este último triunfó por amplio margen.

(119) "EL ELECTOR CHILENO". Periódico sin día fijo, redactado por don Pedro Félix Vicuña. 12 números. 1841. Imprenta liberal, Santiago.

Tabolango, enero 19 de 1853.

Señora doña
Carmen Mackenna de Vicuña.

Mi Carmen:

En estos doce días corridos desde nuestra separación, he escrito rápidamente esta confesión que tú debes conocer como yo. Hasta el día de mi destierro se completa, con el cuaderno que imprimí en el Perú (1), la relación de mi vida y de los acontecimientos de que he sido testigo o parte. Las cartas que te escribí del Perú, también publicadas (2), es la historia de mi destierro, de donde llegué a fines de 1846. La relación de los acontecimientos desde 1847 hasta el 20 de abril (de 1851) que fui a Concepción, queda pendiente, como también este último año desde que llegué del sur. Benjamín tiene mis apuntes de los sucesos del sur y tú mi diario de la campaña que siguió a aquella revolución (3).

Esta memoria es para ti y después para mis hijos. Por ahora deseo que tú sola la leas y reserves, y me apuntes las correcciones que debo hacer, pues tú has sido testigo hasta de mis más ocultos pensamientos.

No sé si habré atinado a portarme tal cual soy; pero es seguro que he procurado ser fiel.

En los sucesos políticos mucho he olvidado y la triste historia de la muerte de mi madre (4), Ignacio, mi tío, mi padre (5) y de-

(1) Pedro Félix Vicuña: VINDICACION DE LOS PRINCIPIOS E IDEAS QUE HAN SERVIDO EN CHILE DE APOYO A LA OPOSICION EN LAS ELECCIONES POPULARES DE 1846. 57 páginas. Lima, 1846.

(2) Pedro Félix Vicuña: OCHO MESES DE DESTIERRO O CARTAS SOBRE EL PERU. VI y 107 páginas. Valparaíso, 1847.

(3) Diario de los sucesos de la revolución del sur, que llevó don Pedro Félix Vicuña desde el 14 de octubre al 8 de diciembre de 1851, y que se conserva en el volumen CLXXV del Archivo de don Benjamín Vicuña Mackenna.

(4) Por considerarlo de interés y porque en el curso de este relato autobiográfico el autor se remite en varias ocasiones a sus tíos, hermanos e hijos, publicamos unos apuntes sobre la familia Vicuña que hemos extractado del interesante estudio genealógico de don Tomás Thayer Ojeda, publicado en la Revista Chilena de Historia y Geografía, con el título "LOS DE VICUNA".

Don Francisco Ramón de Vicuña y Larraín (padre de don Pedro Félix), fué hijo de don Francisco de Vicuña Hidalgo y de doña Carmen Larraín y Salas. Este matrimonio tuvo quince hijos, ocho de los cuales murieron en la infancia. Los otros seis hermanos de don Francisco Ramón fueron:

Don Manuel Vicuña y Larraín, que abrazó el sacerdocio y fué el primer Arzobispo de Santiago;

Don Matías, que murió soltero en 1801 y a quien, por tanto, no conoció el autor de estas memorias;

Doña María del Carmen, que contrajo matrimonio con don José Antonio Cañas y Aldunate;

más hermanos, y la de tu madre, me detienen la pluma hasta otra época en que con menos aflicción pueda ocuparme de tan tristes escenas.

Tu invariable.

Pedro Félix Vicuña.

Adición: Esta relación no tiene aún corrección alguna, pero otra vez arreglaré todo y añadiré lo que tú y yo recordemos cuando estemos reunidos.

Doña Josefa, que casó en primeras nupcias con el General de la Independencia, don Juan Mackenna, de quien tuvo tres hijos (una de ellos fué esposa de don Pedro Félix), y en segundas nupcias con don Fermín del Solar;

Don Rafael, que casó en 1821 con doña Juana Toro Guzmán, y

Don Joaquín, que como su hermano Francisco Ramón se dedicó también a la política, llegando a ocupar el cargo de Vicepresidente de la República en 1829, casó con doña Carmen del Solar y Marín.

Don Francisco Ramón Vicuña contrajo matrimonio con doña Mariana Aguirre Boza, y de este enlace nacieron los siguientes hijos:

Doña Isabel, que casó con don Francisco Javier Ovalle;

Don Pedro Félix, que casó con doña Carmen Mackenna y Vicuña;

Don Ignacio, que contrajo matrimonio con doña Carmen Guerrero y Varas;

Doña Dominga, con don Ramón de Undurraga;

Don Santiago, con doña Josefa Vicuña y Solar;

Don Fernando, con doña Teresa Cañas y Vicuña;

Doña Ignacia, con don Pedro Felipe Iñiguez;

Don Francisco de Paula, con doña Carmen Prado;

Doña Francisca, con don Gabriel Vicuña y Alcalde;

Don Venancio, con doña Cruz Hurtado; y

Doña Magdalena, con don Ramón Subercaseaux.

Del enlace de don Pedro Félix Vicuña Aguirre con doña Carmen Mackenna y Vicuña, nacieron:

Don Bernardo, que casó con doña Mercedes Dueñas;

Don Benjamín, que contrajo matrimonio con doña Victoria Subercaseaux Vicuña;

Don Nemesio, con doña Manuela Subercaseaux Vicuña;

Don Juan, con doña Carmen Vicuña y Cañas;

Don Eladio, con doña María Luisa Echaurren;

Don Hermenegildo, con doña Filomena Novoa;

Doña Luisa, que casó con don Ponciano Dávila;

Doña Gertrudis, que no casó;

Doña Dolores Victoria, que murió en la infancia;

Doña Lutgarda, que casó con don Javier Luis Zañartu;

Don Félix, que murió en la infancia;

Doña Dolores, que contrajo matrimonio con don Juan Morandé;

Doña Lucía, con don Pedro Valentín Urzúa, y en segundas nupcias, con don Elías Alcalde.

Doña Carmela, que no casó;

Doña Josefa, que casó con don Carlos Portales; y

Doña Clarisa, con don Onofre Aránguiz Fontecilla; y por cuyo conducto han llegado hasta nosotros estas memorias.

(5) Don Francisco Ramón Vicuña falleció el 13 de enero de 1848, y su hijo se apresuró a publicar una corta biografía suya: **RECUERDOS BIOGRAFICOS DEL Dr. D. FRANCISCO RAMON VICUÑA**, por Pedro Félix Vicuña, Santiago, 1849.